

Capitán y MARINERO

Los Langford 4



MCL

Capitán y Marinero

Serie Langford

MCL

Copyright © octubre 2025 MCL

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

Contents

Title Page
Copyright
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo
Continuará...

Título: Capitán y Marinero

© MCL, primera edición: octubre 2025

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o cualquier otro, sin la autorización previa y por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.



Prólogo

Londres, muy cerca de la casa Langford

Noviembre de 1841

—Si hubiera imaginado que eras tú todo el tiempo… ¡¡imaldita seas, Langford!!! Has jugado conmigo todo lo que has querido. Espero que te resultase divertido, también espero que tu mente malvada haya tenido suficiente para el resto de su vida. Porque jamás volverás a poner un pie en ese barco. Y me encargaré que no lo hagas en ninguno.

Joe Fuller estaba tan enfadado conmigo que me sentí estúpida por todo lo que había hecho. Ese fue el momento en el que supe que ninguna de mis acciones tenían sentido. Y que ya no estaba tan segura de nada de lo que antes creía estarlo.

Y lo más importante, ¿cómo había llegado a sentir lo que sentía por él?

Y, ¿cuándo? ¿Desde hace cuánto tiempo?

Bajé la cabeza cuando me hablaba. Un dolor se apoderó de mí y no pude responderle. De haberlo hecho, no sé si le hubiera declarado lo que sentía en ese momento, o hubiera salido mi vena más rebelde y hubiese contentado que no me arrepentía de nada en absoluto, aunque eso fuese mentira.

Lo vi caminar en dirección al carruaje que esperaba frente a nosotros mientras yo me quedé mirando a su espalda. No se me ocurriría en ese momento perseguirle a ningún lado, sabía el genio que tenía, y además, yo no podría decirle nada que me exculpase de lo que había hecho.

El viento, que se había levantado con fuerza en las últimas horas, azotaba mi rostro. Costaba mantener los ojos abiertos contra aquellas rachas heladas que parecían empeñadas en recordarme lo que acababa de perder. Y allí, de pie en medio de la calle húmeda y gris de Londres, comprendí que Joe Fuller no volvería a ver en mí lo que antes. Para él todo había cambiado.

Yo ahora solo era una impostora. Y, quizás, su peor traición.

Tres meses navegando bajo su mando, comiendo el mismo pan duro que los marineros a bordo de su barco, obedeciendo las órdenes más crueles y soportando el látigo del viento sobre cubierta… todo eso se reducía ahora a un nombre que me arrojaba como un insulto cuando lo pronunciaba: Matilda Langford.

Así terminó mi travesía como marinero.
Así empezó mi verdadero naufragio.



Capítulo 1

Tres meses antes de ser descubierta…

Una ceremonia preciosa. Eso era lo que todos veían. Mi hermano se casaba con la mujer de su vida y los invitados parecían vivir un sueño entre velas y música. Mis hermanas bailaban con sus prometidos, radiantes y felices, mientras yo… yo vigilaba cada movimiento de Joe Fuller.

Me las ingeniaba para acercarme sin llamar demasiado la atención. Por suerte, mi padre se había mostrado más útil de lo que nunca habría imaginado. Ya le había hablado de mi interés por Joe, y parecía haber decidido tomar cartas en el asunto. No se había separado en toda la noche del capitán Travis, el padre de Joe. Y en ese preciso momento venían ambos hacia donde yo me encontraba.

—Matilda, querida —dijo mi padre posando una mano en mi hombro—. Quiero presentarte al capitán Travis, un hombre de honor y gran amigo de nuestra familia.

Hice una reverencia delicada, midiendo cada gesto como si fuese la mismísima encarnación de la modestia y la elegancia.

—Es un honor conocerle, capitán.

—El honor es mío, señorita Langford —replicó el capitán Travis, inclinando la cabeza con cortesía. Su mirada se suavizó de inmediato, complacida—. Qué joven tan educada y distinguida tiene usted, Langford, debo decirle que no recordaba a ninguna de sus hijas con tantísima educación, espero que no se lo tome a mal.

—Siempre he dicho que Matilda es excepcional —intervino mi padre, sonriente—. Tal vez podría insistir a su hijo en que se digne a conocerla mejor. Estoy convencido de que se llevarían maravillosamente.

El capitán rio con gusto y asintió.

—Será un placer. Si me permiten, iré a buscarlo ahora mismo.

Se alejó con pasos decididos caminando entre los invitados, y mi corazón dio un vuelco. Sabía que Joe no iba a alegrarse precisamente de verme. Nuestras conversaciones previas habían terminado en discusiones, e incluso alguna vez habíamos estado a un paso de golpearnos. Y aun así, ahí estaba yo, aguardando como si fuese una dulce doncella ansiosa por ser cortejada.

Cuando por fin apareció, lo vi detenerse en seco al descubrir que era yo la maravillosa joven de la que su padre seguramente le había hablado. Su sorpresa era evidente. Sus ojos se clavaron en mí, primero con incredulidad… y luego con algo peor: diversión. Esa chispa arrogante que iluminaba su mirada me hizo hervir la sangre.

Mi padre, encantado, nos presentó de nuevo como si fuésemos dos desconocidos. Y después de unos minutos de conversación trivial, decidió que lo mejor sería dejarnos a solas.

—Les vendrá bien hablar un poco —dijo con una sonrisa cargada de intenciones antes de alejarse.

El silencio se alargó unos segundos, hasta que Joe se inclinó lo suficiente para que solo yo lo escuchara.

—No sé qué pretendéis tu padre y tú —murmuró con una media sonrisa—, pero te aseguro que no me das miedo. Es más… creo que podemos disfrutar juntos.

Su tono insinuante, su sonrisa canalla… todo en él me crispó de inmediato. La rabia me subió a la cabeza y, antes de pensarlo dos veces, le solté un puntapié directo en la espinilla.

Joe ahogó una maldición, tensando la mandíbula. Yo, con mi mejor expresión de inocencia, me llevé una mano al pecho.

—Lo siento… —dije con fingida torpeza—. He perdido el equilibrio. Demasiado ponche, supongo.

No había en mi disculpa ni una gota de arrepentimiento, y cuando Joe me miró furioso, sonreí, y añadí.

—Imagino que te referías a este tipo de diversión…

Joe se dobló un poco, apretando los dientes para contener una exclamación, y yo tuve que morderme el labio para no reírme. Cuando alzó la vista hacia mí, sus ojos me atravesaban… pero también había en ellos un destello de diversión.

—Vaya… —susurró, inclinándose lo suficiente para que solo yo lo escuchara—. ¿Así recibes siempre a los caballeros que intentan cortejarte? ¿Con patadas? Empiezo a entender por qué tantos huyen despavoridos.

Alcé el mentón con orgullo.

—Yo no necesito caballeros, señor Fuller. Y menos aún de los que creen que pueden conquistarme con sonrisas insolentes y frases utilizadas con cualquiera.

Él soltó una carcajada baja, que me recorrió la piel como un escalofrío. Algo que no logré identificar.

—Ah, Langford… —su voz se volvió burlona—. Eres como un potro salvaje: todos quieren domarte, y todos terminan en el suelo. Pero yo no soy como los demás.

Le lancé una mirada de advertencia, aunque sentí un cosquilleo incómodo en el estómago. No debía dejar que me

descolocara.

—Y yo no soy un potro, por si no lo has notado.

—Oh, sí que lo eres —replicó con una media sonrisa descarada—. Brava, indomable… y peligrosa para quien se atreva a acercarse demasiado.

Intenté girarme para marcharme, pero él bloqueó mi camino con un simple movimiento del brazo, sin llegar a tocarme, aunque lo bastante cerca para hacerme sentir atrapada.

—¿Qué quiere de mí, señor Fuller? —pregunté con sequedad.

Sus ojos se entrecerraron con picardía.

—Lo que quiere cualquier hombre con algo de sentido común… divertirse.

Solté un bufido, aunque la verdad era que mi corazón latía con fuerza en ese momento. Joe Fuller era un canalla insoportable, pero también un hombre al que le gustaba hablar con el corazón, aunque en ese instante me pareciera que lo disfrazaba de insolencia.

Él me miraba con descaro, como si esperara que lo empujara o le escupiera otra frase de las mías cargada de veneno. Joe siempre había buscado eso de mí: el reto, la furia, el enfrentamiento. Pero esa noche yo tenía un objetivo distinto. Esa noche, debía jugar un papel nuevo, muy a pesar de que se me olvidase en ocasiones como esa.

Así que, en lugar de enfadarme, bajé la mirada un instante y dejé que una sonrisa tímida curvara mis labios. Evidentemente pura teatralidad.

—Quizá… —dije en voz baja—, quizá me he equivocado con usted.

Vi cómo la sorpresa le cruzaba el rostro. Joe Fuller estaba acostumbrado a mis arrebatos, a mis negativas y desplantes. No a verme sonrojarme.

—¿Me he perdido algo? —preguntó, ladeando la cabeza, entre divertido y descolocado—. Hace un minuto parecías dispuesta

a clavarme un tenedor en la mano y ahora me sonríes como una colegiala.

—No soy tan cruel —susurré, inclinándome hacia él—. Y tampoco tan inmune como usted cree.

Sus ojos brillaron con esa chispa canalla que me crispaba… pero que también me servía en ese momento. Joe se creía ingenioso, irresistible, y cuanto más le hacía pensar eso, más fácil sería obtener lo que quería.

—Vaya, vaya —murmuró—. Entonces la temible Matilda Langford también sabe bajar la guardia.

—No siempre —repuse con una dulzura impostada—. Solo cuando alguien me da motivos.

Ardía de rabia por escucharme hablar así, pero era eso o nunca conseguiría lo que deseaba.

Me observó en silencio durante unos segundos, como si tratara de descifrar qué escondía detrás de mis palabras. Yo le sostuve la mirada, aparentando vulnerabilidad, aunque por dentro premeditaba cada gesto.

Necesitaba que bajara la guardia, que creyera que al fin había logrado lo que tantos daban por imposible: atraerme. Y mientras él se regodeaba en esa ilusión, yo encontraría la forma de sonsacarle información sobre aquel barco carguero del que tanto se hablaba, el que partiría de Inglaterra repleto de soldados.

—Tendré que esforzarme entonces —dijo al fin, arqueando una ceja—. Me encantaría conocer esos… motivos.

—Puede que esta noche ya haya hecho bastante —respondí, inclinando la cabeza con coquetería—. Quizá mañana me convenza de escucharle más.

Joe soltó una risa baja, de esas que parecían vibrar en el pecho.

—Nunca pensé que diría esto, Langford, pero empiezo a tener esperanzas contigo. Puedes llegar a ser un buen potro.

Al escuchar eso último reaccioné de manera impulsiva, y rápidamente levanté mi mano para abofetearle, pero cuando estaba en lo más alto y vi que él se cubría el rostro, disimulé y me recoloqué el tocado de mi pelo. Y juro que verle la cara cuando descubrió que mis intenciones no eran golpearle, fue lo más divertido de la noche.

Me llevé una copa de ponche a los labios para disimular mi agitación. Todo era un juego entre nosotros, y el mío debía ser perfecto: el de una joven que al fin se rendía al encanto del hijo del capitán Travis. Y que en realidad, lo único que buscaba era acercarme lo suficiente para robarle lo que más celosamente guardaba: los secretos del trabajo de su padre.

Y si para ello debía sonreír, coquetear y dejar que creyera que empezaba a enamorarme de él… lo haría.

Joe seguía con esa sonrisa torcida, como si no acabara de creerse lo que estaba viendo. Y no lo culpaba: durante años me había dedicado a mantenerlo a raya, a contestarle con desdén, a ridiculizar sus intentos de cortejo. Ahora, de repente, yo parecía… accesible.

—Dime la verdad, Langford —dijo, inclinándose hacia mí con el vaso de brandy en la mano—. ¿Has bebido demasiado o te has golpeado la cabeza? Porque no concibo otra explicación para que de repente me mires como si fuese… ¿cómo diría? Encantador.

Le sostuve la mirada, permitiendo que mis labios se curvaran en una sonrisa que pretendía ser tímida.

—Quizá no has sido tú el único en fingir todo este tiempo —respondí, bajando la voz para que solo él me escuchase—.

Vi cómo se apretaba su mandíbula. La broma dejó paso a una chispa de interés.

—Fingir… —repitió lentamente—. ¿Y qué demonios has fingido tú?

Me incliné hacia él con aparente nerviosismo, rozando su brazo con el mío a propósito. Todo un acto ensayado y premeditado,

aunque a él le pareció espontáneo.

—Que me era indiferente —susurré.

Joe soltó una carcajada, tan sonora que varias damas se volvieron para mirarnos. Él se inclinó un poco, alzando su copa a modo de brindis.

—¡Por Dios, Matilda! ¡Acabas de hacer que mi noche valga la pena! —sus ojos me recorrieron con descaro—. Y pensar que siempre me tachaste de canalla, de inútil, de… ¿cómo fue aquella vez? Ah, sí, de estupidez andante, de necio con ojos…

—Y lo sigo pensando —contesté con fingido fastidio, dándole un ligero empujón en el hombro—. No creas que una sonrisa basta para borrar todos tus defectos. Pero también creo que puedes esforzarte por dejarme ver que eres un hombre que se esfuerza en cambiar.

—¿Pero admites que hay algo más debajo de todo eso? —preguntó con una seriedad inesperada.

Ese era el peligro de jugar con Joe: podía pasar de la broma al corazón en un parpadeo. Por dentro, me sobresalté; por fuera, incliné la cabeza como una jovencita coqueta.

—Admito… —dije despacio— que quizá no eres tan fácil de olvidar como me gustaría.

El silencio entre nosotros se volvió diferente a lo que antes hubiera sido, aunque duró un instante yo noté el cambio en sus ojos. Joe bebió un trago largo de brandy, como si necesitara recomponerse, y luego me lanzó una mirada pícara.

—Me gusta —declaró con total descaro—. Me gusta que al fin reconozcas que tengo un efecto en ti.

—No te ilusiones demasiado —repliqué, fingiendo una risita—. No pienso caer a tus pies tan fácilmente.

—¿Tan fácilmente? —rio—. ¿Insinúas que caerás tarde o temprano?

—Eso lo decidiré yo —contesté, dándole la espalda como si me dispusiera a alejarme.

Sentí cómo me seguía, cómo sus pasos coincidían con los míos.

—Eres endiabladamente difícil, Langford —dijo con tono burlón—. Y eso es lo que más me divierte de ti.

Me giré de golpe, como si hubiera tomado una decisión repentina. Lo miré a los ojos y dejé que mi voz adquiriera un matiz más suave.

—Tal vez deberías aprender que no todo en la vida es diversión, Joe.

Él arqueó una ceja, curioso.

—¿Y qué propones tú? ¿Seriedad? ¿Compromiso? ¿Largas caminatas por el campo hablando de poesía? —ladeó la cabeza—. Porque si es así, me temo que me has confundido con tu querido hermano Julian.

Me reí, aunque por dentro apretaba los dientes. Él nunca perdía la ocasión de provocar. Y como siguiera por ese camino al final mi plan se iría al traste y se las vería con mi puño derecho.

—No, señor Fuller —repuse con calma—. Hablo de cosas reales. De lo que pasa más allá de estas paredes, de este baile, de estas luces.

Lo vi fruncir el ceño, desconcertado.

—¿A qué te refieres? Y hazme el favor de llamarme por mi nombre.

Perfecto. Estaba entrando donde yo quería.

—A que a veces te haces el bufón para no mostrar lo que en realidad sabes —susurré, como si compartiera un secreto—. Y yo lo sé, Joe. Tú no eres solo un canalla de sonrisa fácil. Hay más en ti.

Él me observó, serio por primera vez en toda la velada.

—¿Y qué crees que hay?

Mi corazón latía fuerte, pero mantuve el tono suave, insinuante.

—Conocimiento —dije, bajando la mirada con falsa timidez—. De cosas que otros ignoran… como barcos, viajes, soldados… cosas que realmente nos fascinaría saber a las jóvenes como yo.

Joe me miró en silencio, evaluándome. Yo le devolví una sonrisa ambigua, lo bastante dulce para que pensara que lo decía por admiración, pero lo bastante meditada para que supiera que había más tras mis palabras.

Joe frunció el ceño, inclinándose un poco hacia mí, como si intentara descifrar qué había querido decir con aquella insinuación.

—¿Barcos, viajes y soldados? —repitió con voz grave—. Vaya, Langford, pensaba que tu interés se limitaba a vestidos, bailes y a encontrar el modo de ridiculizarme en público.

Me forcé a sonreír con dulzura, bajando los ojos como una muchacha ruborizada. Incluso me cubrí la boca como había visto hacer a mis hermanas cuando querían parecer más femeninas.

—Quizá no me conoces tanto como crees —susurré—. Siempre he sentido curiosidad por… lo que hay más allá de estas paredes. Los hombres hablan de aventuras, de travesías, de batallas, y nosotras, las damas, solo podemos que escuchar con suerte si llega a nuestros oídos.

Él me observaba incrédulo.

—Y ahora resulta que quieres escucharme a mí —dijo alzando su copa—. Debería sentirme halagado.

—Tal vez lo estés —respondí, inclinándome un poco hacia él—. O tal vez no quieras que sepa todo lo que tú sabes. Siempre he pensado que ese miedo alberga en el interior de los hombres. Una mujer con conocimiento…

Su sonrisa canalla volvió a aparecer.

—De acuerdo, señorita Langford —aceptó, jugueteando con el borde de su vaso—. Pregunta lo que quieras. Prometo no aburrirte

demasiado.

Tomé aire. Este era el momento.

—Ese barco del que tanto se habla… —comencé con voz suave—. El que zarpará pronto cargado de soldados. ¿Cuántos hombres viajan a bordo?

Joe se echó hacia atrás con una carcajada ligera.

—Empiezas fuerte —comentó—. ¿Acaso planeas alistarte tú también? ¿O tratas de atacarlo?—sus ojos chispearon de burla antes de encogerse de hombros—. Aunque supongo que no es ningún secreto: más de doscientos. Un enjambre de uniformes que no saben si emocionarse por la aventura o temblar de miedo por lo que les espera.

Doscientos. Guardé el dato en mi mente como quien guarda una daga en el cinturón.

—Impresionante —murmuré, fingiendo asombro—. Y… ¿dónde está atracado ese barco ahora?

Por un segundo dudó, pero el orgullo pudo más que la prudencia.

—En Portsmouth —respondió con aire despreocupado—. Aunque lo vigilan con celo, como imaginarás.

Sonreí, inclinando la cabeza con inocencia.

—Oh, claro… —mi voz se suavizó aún más, como si quisiera disimular mi entusiasmo—. Y dime, Joe… ¿hay alguna mujer a bordo?

Él parpadeó. Luego soltó una carcajada tan sonora que varias parejas que bailaban cerca nos miraron con desconcierto.

—¿Mujeres? —repitió entre risas—. ¡Por Dios, Matilda, qué tontería tan grande! ¿Qué demonios harían mujeres en un barco repleto de soldados que seguramente acabarán en la guerra? ¿Preparar té mientras los cañones disparan?

Mi sangre hirvió al instante. Sentí el impulso de clavarle el tacón en el pie, de recordarle que las mujeres podían hacer mucho más que servir té, que éramos capaces de resistir tanto como cualquier soldado. Pero justo a tiempo respiré hondo y fingí una risita nerviosa. Y me juré que si no llegaba a ser soldado, sería actriz, porque se me daba realmente bien.

—Supongo que tienes razón —dije, conteniendo la rabia tras una máscara de docilidad—. Ha sido… una ocurrencia absurda.

Él aún reía, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—Eres única, Langford —dijo finalmente—. No sé qué voy a hacer contigo. A veces pienso que podrías volver loco a cualquiera… incluso a mí.

Lo miré a los ojos, fingiendo ternura, mientras por dentro me juraba que, pronto tendría que demostrarla que las mujeres también éramos capaces de hacer lo mismo que los hombres.



Capítulo 2

—Bueno, señorita Langford —dijo Joe mientras nos abríamos paso entre los últimos invitados que salían del salón—, debo admitir que su curiosidad por barcos y soldados es… sorprendente. Nunca hubiese imaginado que dentro de una cabeza de mujer se hallaba tantos intereses.

—¿Sorprendente? —pregunté con voz suave, fingiendo un leve rubor, aunque en mi interior estuviese deseando darle una buena paliza—. Quizá solo me interesa lo suficiente para entender mejor el mundo que usted habita. Además tengo entendido que pronto serás nombrado capitán. —Eso último me lo inventé para que se lo creyese un poco más de lo que ya lo estaba haciendo.

—Ah —replicó con una sonrisa ladeada—. Entonces quieres conocer mis secretos, ¿eh? ¿Qué clase de dama se interesa por mis secretos? Y no sé de dónde has sacado lo de mi nombramiento… por el momento es un secreto.

¿Era cierto? ¿Aquel estúpido, insolente, cobarde, sería pronto un capitán?

—Una que cree que hay más en un hombre que sonrisas frescas y frases canallas —susurré, acercándome un poco más.

Él se detuvo y me miró fijamente. Sus ojos oscuros brillaban con diversión, pero yo sabía que debajo de esa chispa había un plan: estaba empezando a sospechar que mi interés no era tan inocente como parecía.

—Langford… no me digas que todo esto es un juego para sonsacarme información —dijo con gravedad, aunque su tono aún conservaba diversión—. Porque si lo es, te advierto que no suelo ser tan fácil de engañar.

Ya, eso lo veremos, estúpido Fuller, pensé de inmediato.

—No estoy engañando a nadie —dije con suavidad, manteniendo la voz dulce, la postura relajada, los ojos grandes y atentos—. Solo intento aprender. Me fascina lo que usted sabe, cómo se organizan los hombres, quién manda a bordo…

Él arqueó una ceja, claramente sorprendido por mi insistencia.

—Bien —dijo al fin—. Te diré lo que puedo, pero sin que pienses que me confío a cualquiera. El barco zarpará de Portsmouth como ya sabes. El capitán al mando será mi padre… como imaginarás. Doscientos hombres, esa cifra te la di antes. Oficiales experimentados y veteranos, algunos de ellos más curtidos que yo.

¡Qué sorpresa! Más curtidos, dijo. Si no fuera así, me temo que el barco no llegaría a su destino, pensé.

—Y… los hombres —pregunté con delicadeza, casi con admiración—. ¿Todos ellos saben qué deben hacer? ¿Qué ruta tomarán?

Joe se rio bajo, negando con la cabeza.

—Saben lo que deben hacer, pero nunca sabes cómo reaccionará cada uno cuando las órdenes se pongan complicadas. Por eso es imprescindible que haya disciplina.

—Disciplina… —repetí, con un suspiro—. Debe ser complicado mantener todo bajo control todo el tiempo.

—Lo es —aceptó—. Pero créeme, hay hombres de sobra, ya sabes, de esos que se preocupan más por sus uniformes que por la batalla, y otros que se lanzan sin pensar… Así que la disciplina es la única garantía de que no nos hundiremos antes de llegar a las primeras olas.

Guardé cada palabra como si fueran secretos de estado. Luego bajé la voz, inclinándome levemente hacia él, como si compartiera un pensamiento íntimo.

—¿Y estás seguro de que no habrá mujeres a bordo? —pregunté con inocencia de nuevo, anticipando su reacción.

Joe estalló en una carcajada nuevamente tan sonora que un par de transeúntes nos miraron extrañados.

—¿Mujeres? —repitió entre risas, sacudiendo la cabeza—. ¡Por todos los santos, Matilda! ¿Qué haría una mujer en un barco que lleva hombres a la guerra?

—¿Quién cocinará? —dije. Sabiendo que aquello era para lo único que las mujeres servíamos, según los hombres.

—Los hombres pueden hacer lo mismo que las mujeres hacen, no siento igual al revés, como ya sabes.

Sentí que el calor subía a mi rostro de pura indignación. Quise replicarle con un golpe de tacón o un grito… pero respiré hondo y logré contenerme, recordando que no podía romper mi papel. O si no todo se iría al traste.

—Supongo que tiene razón —dije, bajando la cabeza, fingiendo arrepentimiento por haber ejecutado esa pregunta—. Fue una ocurrencia absurda por mi parte…

Joe se inclinó hacia mí, apoyando una mano sobre la baranda del jardín, justo al lado de mi brazo. Su proximidad era casi insoportable.

—Langford… eres preciosa —murmuró, sonriendo con esa sonrisa que tanto odiaba—. Porque no solo sabes cómo provocar, sino que además pareces disfrutarlo.

—Solo me gusta conocer a los hombres que valen la pena —susurré, jugando con un mechón de cabello mientras bajaba un poco la voz—. Y usted… parece tener secretos que merecen ser descubiertos.

Había visto tantísimas veces a mis hermanas jugar con su pelo cuando querían provocar a un hombre, que me resultaba fácil hasta la ridiculez.

—Eso me gusta —replicó, con la sonrisa canalla que siempre me desconcertaba—. Pero cuidado: algunos secretos no se comparten con damas curiosas.

—Entonces tendré que ser muy, muy cuidadosa —dije, dejando que mis ojos brillaran con un falso aire soñador—. No quiero arruinar la confianza que… bueno, que usted podría depositar en mí.

Joe soltó una carcajada de nuevo y sacudió la cabeza.

Empezaba a estar un poco harta de escuchar su risa exagerada.

—Langford, no sé si eres imposible, fascinante… o un tormento. Probablemente las tres cosas al mismo tiempo.

—Solo intento aprender lo que necesito saber —susurré, bajando la mirada como si un rubor, en este caso invisible, me ocupase el rostro, aunque por dentro estaba alerta a cada palabra sobre los hombres, oficiales y rutas del barco.

—Y vaya que lo logras —murmuró él con admiración, aunque había un brillo travieso en sus ojos que estaba deseando borrarle de un bofetón—. Pero no creas que será fácil. Si te sorprendo preguntando demasiado… bueno, entonces tendré que darte una lección. Porque me parecerás una espía.

—Entonces espero estar a la altura —dije, con una sonrisa que ocultaba mis verdaderas intenciones.

Nos detuvimos frente a mi carruaje, y él me ofreció el brazo con una inclinación exagerada, como si todo esto fuera un juego romántico.

Sonreí, aceptando el contacto, mientras por dentro repasaba mentalmente todo lo que había aprendido aquella noche. El barco, los hombres, los oficiales… y la certeza de que, aunque Joe Fuller pensara que me había rendido a sus encantos, yo era quien realmente llevaba la ventaja.

Joe me acompañó hasta la puerta del carruaje, su brazo rozaba el mío con un contacto ligero. Me incliné un poco hacia él, fingiendo esa inocente curiosidad de saber a qué huele un hombre como él, porque eso era lo que hacían todas las señoritas encandiladas de sus parejas, mientras mi mente repasaba mentalmente toda la información que había logrado sacar.

—Ha sido una conversación… fascinante, señorita Langford —dijo con esa media sonrisa que él creía que me volvía loca—. Creo que ahora entiendo mejor tus intereses.

—Espero que haya sido instructiva la conversación como lo ha sido para mí —respondí con suavidad, bajando un poco la cabeza.

Se inclinó entonces hacia mí, y antes de que pudiera reaccionar, depositó un beso sobre el dorso de mi mano. Un contacto breve, aparentemente caballeroso, pero suficiente para que un hormigueo me recorriera desde la boca del estómago hasta la punta de los dedos. Mis labios se abrieron ligeramente, y por un instante me quedé pasmada, contemplando cómo sus labios habían rozado mi piel con una firmeza delicada, como si aquel gesto encerrara algo que antes nunca había sentido.

—Joe Fuller… —susurré, conteniendo el temblor en la voz, aunque en realidad apenas podía pensar.

Él sonrió, levantando la cabeza con aire satisfecho y ese brillo en los ojos.

—Buenas noches, señorita —dijo, sin añadir más. Su mano se retiró lentamente, pero la calidez permaneció en mi piel como una marca invisible que me hacía latir el corazón con fuerza.

Yo, completamente descolocada por el simple gesto, reaccioné instintivamente: cerré la portezuela del carruaje sin decirle buenas noches. Ni una palabra, ni un gesto más allá del control rígido que intentaba imponer sobre mi cuerpo. Luego, con la compostura recuperada más rápido de lo que esperaba, golpeé tres veces el techo del carruaje, señal clara para que el cochero avanzara por el camino.

Los cascos de los caballos resonaron mientras el carruaje comenzaba a moverse, y yo me quedé apoyada contra la puerta por un instante, respirando hondo y repasando cada detalle de la interacción. Su beso había dejado un rastro eléctrico que recorría mi estómago, pero no podía permitirme más distracciones. Mi mente volvió a su propósito: obtener toda la información que Joe sabía sobre ese barco carguero y los hombres que partirían a bordo.

Mientras el carruaje se alejaba, una mezcla de confusión y excitación me acompañaba. Joe Fuller había conseguido alterarme sin siquiera intentar seducirme abiertamente. Y yo, en cambio, había logrado mi objetivo sin que él sospechara la verdadera razón de mi interés. La sonrisa que mantuve ante los invitados y mi propio corazón que todavía latía con fuerza eran la prueba de que, en aquel juego de apariencias, yo ya estaba jugando con ventaja.

Llegué a mi casa con la sensación más extraña que había tenido jamás, a pesar de que tenía todo lo que deseaba.

El carruaje se detuvo y bajé con rapidez, sin esperar a que nadie viniera a recibirme. El frío de la noche parecía un alivio tras el calor del salón y la cercanía de Joe Fuller.

Subí las escaleras con paso decidido, intentando que nadie notara lo que había pasado en el baile. Pero justo al llegar a mi

dormitorio, me encontré con Brook apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y la ceja arqueada. Muy arqueada.

—Vaya, vaya… —dijo con un suspiro exasperado—. No pensé que volverías tan tarde, Matilda.

—Brook —contesté con una sonrisa breve, intentando esquivar la tensión—. No es nada, solo un baile. Y llegué cuando debía, ni muy pronto ni muy tarde.

—¿Un baile? —repitió, frunciendo el ceño—. No me parece bien lo que haces con el joven Fuller. Es una persona, tiene sentimientos, y terminarás destrozándolo. Sabes que eso se te da bien siempre que intentas conseguir tus propósitos.

Sentí que la sangre subía a mis mejillas, aunque mantuve la compostura. Llevaba toda la noche haciéndolo, asi que no me resultó muy difícil.

—No lo veas como algo grave —dije, encogiéndome de hombros—. No le hago daño. Y si él lo siente, será su problema, no el mío.

—¡No, Matilda! —exclamó Brook, dando un paso hacia mí—. El amor no es un juego. Los sentimientos… el dolor… tú los ignoras por completo, pero los demás los sienten.

—No estoy interesada en tus emociones —repuse con voz fría, cruzándome de brazos—. Lo que para ti es importante, para mí no tiene interés. Y lo que para mí es mi vida, para ti es ridículo. Espero que entiendas que no somos iguales, ni pensamos de igual manera. Y no por ello creo que tú seas idiota.

Brook abrió la boca para replicar, pero yo no esperaba respuesta. Caminé hacia la puerta de mi dormitorio, la abrí con determinación y la cerré tras de mí con un golpe seco, dejando a mi hermana parada en el pasillo, con los ojos llenos de reproches y quizá, algo de preocupación.

Me apoyé contra la puerta, respirando hondo. La noche había sido intensa, y aunque había logrado mi objetivo con Joe Fuller, sabía que la confrontación con Brook era apenas un recordatorio de

que mis actos tenían consecuencias, aunque no fueran las que yo elegía considerar.

Me dejé caer sobre la silla junto a la ventana, contemplando la luz de la luna que entraba por los cristales. Todo estaba en su lugar: la tranquilidad de mi habitación, los papeles sobre la mesa, y el plan que empezaba a tomar forma en mi mente. Cada palabra, cada gesto de Joe Fuller esa noche, era un paso más hacia mi objetivo.

Y, sin embargo, a pesar de la estrategia y la razón, un pensamiento insistente me cruzaba la mente: Brook tenía razón en algo. Joe no era un simple peón. Tenía corazón, tenía orgullo, y si llegaba a jugar con él demasiado, podría lastimarlo. Pero ese riesgo era necesario; mis metas estaban por encima de cualquier sentimentalismo pasajero.

Me recosté, cerrando los ojos, repasando cada detalle: y los que me inundaron la mente no fueron lo que yo esperaba recordar. Su sonrisa, el beso en mi mano, la chispa en sus ojos… y el deber que tenía de no dejar que nada, ni nadie, interfiriera en lo que debía conseguir.



Capítulo 3

La mañana siguiente llegó con un frío que calaba los huesos, y yo ya estaba despierta antes de que los sirvientes se movieran por la casa. Mi mente no dejaba de dar vueltas en torno a Joe Fuller y a lo que había aprendido la noche anterior. Cada palabra, cada gesto suyo, era una pieza más de un puzle que debía completar si quería estar lista para mi plan.

Decidí empezar por lo más práctico: los mapas que había podido ojear del puerto y los libros de navegación que había conseguido en la biblioteca. Extendí el pergamino sobre la mesa y tracé mentalmente la ruta que el barco debía seguir. Sabía que necesitaba más información, y Joe Fuller era la única fuente que confiaba parcialmente en mí.

Mientras repasaba anotaciones, escuché pasos acercándose. Intenté mantener la calma, pero un destello de irritación me recorrió: Brook apareció en el marco de la puerta, cruzada de brazos y con la ceja arqueada. De nuevo.

—¿Otra vez con tus mapas y esas cosas? —preguntó con un tono que mezclaba reproche y curiosidad—. Me parece que te obsesionas demasiado con… con lo que haces con Joe. Deberías de dejarlo de una maldita vez.

—Brook… —empecé, intentando mantener la voz firme y tranquila—. No es como tú piensas. Solo estoy… interesada en aprender algunas cosas. Nada más.

—Aprender, dice —repitió con ironía—. Yo veo otra cosa, Matilda. Lo que haces con él no es correcto. Tiene sentimientos, y vas a destrozarlo. Y tú nunca pretendes solo aprender, después de aprenderlo, querrás ponerlo en práctica.

—No le hago daño a nadie —respondí encogiéndome de hombros—. Y si siente algo, será su problema, no el mío. Además, lo que hago tiene un propósito mucho más importante que cualquier sentimentalismo.

—Propósito… —Brook suspiró, exasperada—. Amor, sentimientos, dolor… tú no entiendes nada de eso. Y algún día vas a sufrir también, aunque creas que no. Estoy segura de que te espera algo terrible.

—Lo que para ti es importante, para mí no tiene interés. Ya te lo dije ayer —le dije con firmeza, dejando que mis ojos la miraran directamente.

—Y lo que para ti es tu vida, para mí es ridículo. No somos iguales ni pensamos de la misma manera. Pero no por ello crees que sea idiota —dijo Brook repitiendo las palabras que yo ayer pronuncié.

Brook me miró unos segundos más, con un brillo de frustración y tristeza en los ojos, y luego se dio la vuelta lentamente, murmurando algo que no escuché. Me dejé caer sobre la silla, volviendo a mis mapas, pero sabía que sus palabras no se irían tan fácilmente de mi cabeza.

Unos minutos después, mientras repasaba los nombres de oficiales y posibles rutas del barco, escuché la puerta de la biblioteca

abrirse suavemente. Mi corazón dio un vuelco: Joe Fuller estaba allí, con su sonrisa descarada.

—Así que la señorita Langford no pierde el tiempo —dijo inclinándose un poco, como si quisiera espiarme—. ¿Repasando mapas antes del desayuno? ¿Qué te traes entre manos, Matilda?

—No es tan interesante como parece —respondí, intentando mantener un tono ligero—. Solo… organizo mis ideas.

—¿Ideas sobre barcos y batallas? —arqueó una ceja, divertido—. Qué extraño, no es algo que yo esperaría de ti. No lo esperaría de ninguna mujer para ser franco.

—Hay mucho que uno desconoce si solo se queda en los bailes y los salones —susurré, fingiendo timidez mientras mis ojos se centraban en los mapas—. Es fascinante, aprender lo que ustedes saben.

Él se acercó un paso más, apoyando una mano sobre la mesa, muy cerca de la mía, pero sin tocarme. Esa proximidad hizo que mis mejillas se calentaran.

—Fascinante, dice —murmuró con un brillo travieso—. ¿Y qué esperas aprender exactamente?

—Todo lo que pueda ser útil —dije suavemente, tratando de mantener la calma—. Quiero entender cómo funcionan las cosas a bordo, quién da las órdenes, cómo se maneja la disciplina, incluso la ruta del barco.

Joe frunció ligeramente el ceño, y por un instante su mirada se volvió penetrante, evaluándome.

—Langford… —dijo, divertido pero alerta—. Esa no es la curiosidad de una dama común. No sé si admirarte o sospechar de ti.

—Puedes hacer ambas cosas —respondí, sonriendo con suavidad—. Pero te aseguro que mi interés es… legítimo.

—Mmmmm —murmuró, con aire pensativo—. Bien, te diré lo que sé. El barco zarpará de Portsmouth. Mi padre será el capitán al

mando, y habrá oficiales veteranos junto a él. Doscientos hombres. La disciplina será estricta, y la primera prueba para muchos será saber quién aguanta sin desmoronarse. Esto último no te lo había dicho todavía, pero estoy seguro de que en esa prueba que se realizará justo antes de zarpar, decenas de esos hombres abandonarán.

Asentí, memorizando cada palabra, cada detalle que podría servirme más adelante.

—Y… ¿Cuál es esa prueba que hará que esos hombres abandonen? —pregunté con curiosidad.

Él dijo con voz grave:

—No querrás saberlo— y se echó hacia atrás, negando con la cabeza.

—¿Latigazos?

—¡Por todos los santos, Matilda! ¿Qué demonios harían dando latigazos a los soldados? —se rio—. Será algo menos doloroso, pero necesitarán aguante para soportarlo.

Mi rostro se calentó por la indignación de no saber a qué se refería. Tuve que respirar hondo y fingir que no me interesaba, o de lo contrario tantas preguntas me hubieran dejado en muy mal lugar.

—Supongo que tienes razón —dije, con voz dulce—. No quiero saberlo.

Él se inclinó un poco hacia mí, apoyando una mano sobre mi brazo.

—Langford… eres intrigante —susurró con una sonrisa.

—Solo intento aprender de un hombre muy inteligente —dije aquello y de inmediato me pellizqué para infligirme dolor por haber reconocido que Joe Fuller era inteligente.

—Pues vas por buen camino —dijo, riendo suavemente—. Pero cuidado: no todos los secretos que descubres son inofensivos.

Su cercanía, su mirada y su voz me hicieron estremecer, pero mantuve mi fachada de joven enamorada, mientras mi mente repasaba todo lo que acababa de obtener. Cada gesto, cada palabra, cada detalle del barco y sus hombres, todo era información que me permitiría estar lista para lo que se avecinaba.

Finalmente, Joe se inclinó un poco, sonrió con esa chispa que sabía provocar y me susurró:

—Señorita Langford, nunca me imaginé contándole esta clase de cosas a una mujer, pero debo admitir que me fascina hacerlo.

Yo sonreí, fingiendo un interés que no era del todo falso, y al despedirlo con un ligero gesto, mi mente ya estaba planificando los próximos movimientos. Cada sonrisa, cada provocación, cada gesto con él era parte de un plan mucho mayor.

Al día siguiente, antes de que el sol se asomara completamente, ya estaba en mi habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho y los mapas desplegados frente a mí. La noche anterior había sido intensa, y cada palabra de Joe Fuller seguía resonando en mi cabeza. Tenía que aprovechar la ventaja que había conseguido; y la ruta era una pieza de un rompecabezas que debía completar.

Primero, me dediqué a repasar los mapas del puerto y a trazar la ruta que el barco tomaría al zarpar. Cada maniobra, cada recodo del litoral, debía ser memorizado, junto con los nombres de los oficiales y la disposición de los hombres a bordo. Ahí fue cuando me di cuenta. Solo tenía los nombres de los oficiales, no sabía nada de los soldados, o marineros, o quizá grumetes.

—Nunca se sabe cuándo podría ser útil —murmuré para mí misma, mientras repasaba los nombres de los oficiales, los veteranos más experimentados.

Y ahí fue cuando me propuse que eso era lo que necesitaba conocer ahora, los jóvenes reclutas que probablemente se perderían en la primera tormenta, o quizá abandonarían el barco antes de zarpar.

Luego, pasé al entrenamiento físico. Hice flexiones, estiramientos y pequeños ejercicios de equilibrio sobre la alfombra, imaginando que estaba a bordo del barco, que los movimientos bruscos y el vaivén del mar podían hacer que un paso en falso significara un accidente. Cada movimiento debía ser firme y preciso. Y sobre todo debía aprender a caer.

Fue en ese momento cuando escuché un pequeño golpe en la puerta. Sabía que era Brook, porque siempre estaba pendiente de mis rutinas y de lo que hacía, aunque yo intentara ocultárselo.

—Matilda… —susurró ella—. ¿Otra vez con tus mapas y tus ejercicios? Deberías descansar un poco. Esto… esto no es normal.

—No es nada fuera de lo común —respondí, girando un poco la cabeza, manteniendo el equilibrio en una pierna mientras hacía un ejercicio de estiramiento—. Solo me preparo para… lo que vendrá.

Brook resopló y después de abrir la puerta, dio un paso dentro de la habitación.

—Lo que vendrá… —repitió, con un tono que no dejaba dudas de su enfado—. Matilda, yo solo quiero que no te hagas daño. Ni a ti ni a los demás. Lo que haces con Joe Fuller… es arriesgado. No se trata solo de ti, sabes que puede lastimarse.

—Lo sé —dije con frialdad aparente, pero sin detener mi entrenamiento—. Pero lo que yo hago tiene un propósito, Brook. Lo que tú llamas sentimientos no me interesan cuando hay algo mucho más importante en juego.

—¡Propósito! —exclamó Brook, con frustración—. Amor, dolor, emociones… todo eso no desaparece porque tú decidas ignorarlo. Algún día tendrás que enfrentarte a lo que no puedes controlar.

—Lo que para ti es importante, para mí no tiene interés —repliqué, manteniendo la respiración controlada mientras hacía otro giro de equilibrio—. Y lo que para mí es mi vida, para ti es ridículo. No somos iguales, ni pensamos de la misma manera, y no por ello creo que tú seas idiota —le dije de nuevo, intentando que lo

aprendiese como si fuera lo primero en lo que debería pensar cuando me mirara.

Brook me miró unos segundos más, con los ojos llenos de preocupación, y luego se retiró, dejando un silencio denso en la habitación. Por un momento, respiré hondo, apoyando las manos sobre la mesa, repasando mentalmente todo lo que había aprendido la noche anterior con Joe Fuller.

Luego, volví a los mapas y a los libros. Hice anotaciones mentales sobre la disciplina de los soldados, la disposición de los hombres en cubierta y las posibles dificultades que podrían encontrar durante la travesía.

—Todo debe estar bajo control —murmuré—. Cada gesto, cada palabra, cada movimiento cuenta. Joe Fuller no puede sospechar, y yo debo estar lista para lo que venga.

Me senté frente a la ventana, contemplando la luz temprana del día reflejada en los cristales, y respiré hondo. Brook seguía allí afuera, observando en silencio desde el pasillo. No podía permitir que su preocupación interfiriera en mí, pero tampoco podía ignorarla del todo. Sus advertencias, aunque molestas, me recordaban que las emociones existían… pero también que yo debía mantenerme firme en mi objetivo.

—Nada ni nadie debe detenerme —susurré, cerrando los ojos un instante—. Esto es solo el comienzo.

Esa tarde, mientras revisaba una vez más los mapas, escuché pasos que no podían pertenecer a un sirviente.

—Matilda… —la voz de Joe Fuller me hizo levantar la mirada, y el corazón me dio un vuelco.

Se inclinó contra el marco de la puerta, con su sonrisa traviesa iluminando toda la habitación. Sus ojos estaban fijos en los

míos.

—Joe, ¿qué haces aquí? —dije, intentando sonar despreocupada, aunque mi pulso se aceleró—. Qué sorpresa…

—¿Sorpresa? —repitió, acercándose con pasos lentos y deliberados—. No creo que sea sorpresa, Langford. Y si es una sorpresa, imagino que será una grata sorpresa, yo sé que quieres verme… y eso me hace muy feliz.

¿De verdad estaba diciendo aquello? Estúpido y engreído.

Intenté sonreír, y mis labios se curvaron lentamente, aunque no por él, sino por la tensión de la situación. Tenía que convencerlo de que mi interés era real.

—Puede que… sí —susurré, bajando un poco la cabeza, jugueteando con un mechón de cabello—. Quizá empiezo a comprender lo encantador que puede ser alguien como tú, con tanto conocimiento por cosas interesantes.

Joe arqueó una ceja, con esa media sonrisa canalla que me empezaba a volver loca, aunque no como él creía. Dio un paso más, acortando la distancia entre nosotros.

—Al fin te atreves a decirlo en voz alta —murmuró, con voz profunda acariciando mi oído—. Porque yo ya sabía que sentías algo por mí, aunque no lo admitieras.

Mi corazón dio un salto, pero mantuve la compostura. Cada gesto debía parecer tan real como que el sol existía, cada mirada debía reflejar deseo y fascinación hacia él, aunque por dentro mi mente repasara mentalmente cada detalle del plan.

—Puede que sí… —susurré, apoyando las manos suavemente sobre su pecho—. Pero no estoy segura de qué tan grande es este… sentimiento.

Él sonrió con suficiencia y, sin más advertencia, se inclinó hacia mí. Su mano rozó mi rostro, delicadamente, y sus labios encontraron los míos. Fue un contacto cálido, firme y al mismo tiempo suave, que me hizo perder la noción de todo lo demás.

Me entregué al beso, sin reservas, dejando que él creyera que su certeza sobre mis sentimientos era correcta. Mi cuerpo respondió como esperaba, mientras mi mente mantenía la distancia suficiente para no revelar mi verdadero propósito. ¿Sí, de verdad? ¿O acaso eso solo estaba en mi cabeza tratando de justificar lo que estaba ocurriendo?

El beso se prolongó unos segundos, pero fue suficiente para que mi corazón latiera con fuerza y mi mente se agitara con preguntas que no podía responder en ese momento. Joe, satisfecho, se separó ligeramente, apoyando la frente contra la mía, con una sonrisa que hablaba de… ¿triunfo?

—Langford… —susurró—. Nunca me canso de ti.

—Yo… yo tampoco… —respondí, con un hilo de voz, dejando que mis ojos reflejaran la fascinación que él esperaba ver.

Cuando finalmente se marchó, dejando la puerta entreabierta y el recuerdo de su sonrisa apagándose por el pasillo, me quedé sola, respirando hondo. El calor que había sentido con su contacto todavía recorría mi cuerpo, pero una pregunta punzante surgió en mi mente:

¿Ese beso lo di solo para seguir con mi plan… o realmente lo deseé tanto como él?

Me apoyé contra la ventana, mirando la luz que entraba desde el patio, y el corazón ene se instante me latió con fuerza. Por primera vez creí en esas absurdas palabras que mi hermana no paraba de repetirme, y la odié.



Capítulo 4

Había pasado un día desde aquel beso, y mi mente seguía repasando cada gesto de Joe Fuller, cada palabra que había pronunciado. La oportunidad que se me presentaba no podía desaprovecharla: necesitaba acercarme más a él y, sobre todo, a su padre, el capitán Travis.

—Capitán Fuller —dije cuando llegué a la puerta de su casa, fingiendo sorpresa y alegría al mismo tiempo—. No esperaba encontrarlo en casa.

Él sonrió con ese rostro de hombre curtido con el tiempo, y a la vez con algo de caballerosidad que siempre me descolocaba, y me hizo entrar sin insistir demasiado.

—Langford… —murmuró—. Qué agradable sorpresa. ¿Qué te trae por aquí tan temprano?

—Oh… —fingí un gesto tímido—. Pues permítame decirle que me entusiasman sus conocimientos, y vine solo para que su hijo me contase cómo es la vida de un capitán, su despacho… He escuchado tanto de usted que me resulta fascinante.

Joe enseguida salió a mi encuentro al escuchar a su padre pronunciar mi apellido, y al verme allí arqueó una ceja que imaginé fue de sorpresa.

—¿De verdad admiras tanto a mi padre? —preguntó, con orgullo evidente—. Si quieres, puedo mostrarte su despacho si a él no le importa, claro —dijo mirándolo y esperando su aprobación.

—¡Me encantaría! —exclamé, con mucho entusiasmo, quizá demasiado—. Solo deseo aprender un poco, entender cómo alguien como él organiza todo, cómo mantiene la disciplina entre tantos hombres… Es… inspirador.

Joe soltó una carcajada, y al mirarlo vi algo que me recorrió como un escalofrío.

—Muy bien, Langford. Sí tanto deseas ver el humilde despacho de un capitán, que mi hijo te muestre cuanto desees. No veo que hay de malo en que una jovencita inofensiva vea los secretos de uno.

—Sígueme, solo espero que no te aburras —dijo Joe mientras subíamos por las escaleras—. Te mostraré el despacho del gran capitán Travis.

Caminamos por el pasillo y finalmente llegamos a la puerta del despacho. Joe abrió y me invitó a entrar orgulloso.

—Aquí es donde ocurre la magia —dijo, con un gesto amplio—. Cada decisión importante pasa por este escritorio.

Asentí con entusiasmo, caminando alrededor del mobiliario, tocando con delicadeza los libros y pergaminos, mientras mi mente trabajaba rápidamente, buscando cualquier indicio que me ayudara en mi objetivo.

—Es impresionante… —susurré, acercándome al escritorio—. No puedo imaginar cómo alguien puede tener tanto control sobre tantos hombres y decisiones.

—Mi padre es estricto, pero justo —explicó Joe, apoyándose contra un estante y sonriendo—. Siempre he querido que alguien

comprenda su trabajo y lo admire como yo. Me resulta increíble que por fin haya encontrado a esa persona.

—Y lo hago, de verdad —mentí en cierto modo, porque aunque admiraba a su padre, quizá no lo hacía tanto como él—. Sería un honor aprender de su rutina y sus métodos. Aunque solo sea para asignar al servicio cada tarea, o en un futuro para dirigir a los niños.

Joe pareció complacido y, sin más, me guio hacia los documentos sobre el escritorio. Fue entonces cuando mi mirada se posó sobre un listado de nombres con una fecha de citación. Mi corazón dio un vuelco: al unir esa información con todo lo que Joe me había contado sobre el barco carguero, supe que esos eran los hombres que partirían a bordo.

Mi vista se detuvo en un nombre que reconocí al instante. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda. Debía salir de allí inmediatamente y trazar un plan antes de que fuera demasiado tarde.

—Joe… —empecé, con un hilo de voz—. Siento un dolor terrible… el estómago, la cabeza… creo que no puedo seguir aquí… debo ir a casa… enseguida.

Él se acercó preocupado, tomándome suavemente del brazo:

—¿Dolor? —preguntó, alarmado—. ¿Debería llamar al doctor mejor?

Asentí rápidamente, conteniendo las palabras que podrían delatar mi estrategia.

—Sí… por favor… —dije, apoyándome en su hombro mientras salíamos del despacho—. Aunque creo que lo que necesito es descansar. Mejor llévame a casa.

Mientras Joe me acompañaba hacia la puerta y luego al carruaje, mi mente corría a mil por hora. Solo tenía dos días para actuar: cada detalle que había recogido, cada nombre y cada dato del listado debía ser memorizado y convertido en un plan que

funcionara perfectamente. No había margen de error. Tenía muy poco tiempo.

Y mientras el carruaje comenzaba a moverse, sentí una mezcla de excitación y miedo: estaba más cerca que nunca de conseguir lo que siempre había soñado, pero también sabía que un solo descuido podía arruinarlo todo.



Capítulo 5

Llegué a casa con la cabeza ardiendo de pensamientos. Apenas había conseguido despedirme de Joe sin que notara mi apremio. Fingí debilidad, incluso cerré los ojos en el carruaje para que creyera que el dolor era insoportable. La verdad era que mi cuerpo estaba sano, pero mi mente… mi mente era un torbellino.

Me encerré en mi habitación y caminé de un lado a otro, como un animal enjaulado buscando una salida. Las palabras escritas en aquel papel del capitán Travis se me grabaron a fuego: Richardson Kingston.

Richardson. Mi vecino, mi vecino que ha vivido en la segunda casa más próxima a la casa de los Langford desde que tengo memoria. Ese engreído insoportable que siempre creyó ser el favorito de todos solo porque le reían las gracias. ¡Por supuesto que reconocí su nombre en la lista! Y en cuanto lo hice, supe que debía impedir que pusiera un pie en ese barco. No por él, sino por mí. Él sería mi billete de entrada. Y juro por Dios que no me lamenté de elegirlo, era la mejor revancha que iba a cobrarme en mi vida. En

ese momento entendí esa frase de: la venganza se sirve en plato frío.

Me dejé caer sobre la cama y cerré los ojos, repasando las posibilidades. Richardson siempre había sido crédulo, confiado en exceso, incapaz de cuestionar nada si se lo decían con la suficiente seguridad. Cuántas veces, de niños, lo hice correr de un lado a otro del pueblo inventándome historias absurdas… y siempre caía. Sonreí para mis adentros. Y también me di cuenta en ese momento de que quizá sus insultos más tarde tenían motivos.

—Le haré creer que el barco zarpa desde otro puerto —murmuré para mí misma—. Si le digo que los planes cambiaron, que el capitán ha decidido mover la salida a otro lugar más seguro, Richardson lo creerá sin dudar. No necesita más pruebas que mi palabra.

Sentí un cosquilleo de triunfo. Una cosa menos. Richardson no se presentaría en el puerto correcto, y nadie lo buscaría demasiado: no era lo bastante importante como para retrasar la partida.

El verdadero problema era el siguiente: subir yo en su lugar.

Me incorporé y caminé hasta el tocador, observando mi reflejo en el espejo. No era difícil imaginar cómo podría hacerlo. Había visto a suficientes hombres sin contar con mi padre y mis hermanos como para saber que una capa, un sombrero y una voz grave podrían engañar a cualquiera, al menos durante un tiempo. Lo complicado sería mantener el papel más allá del embarque.

Apoyé las manos en el borde del mueble y respiré hondo. Entonces vi el reflejo de mi rostro y me di cuenta de que lo tenía realmente difícil. Mi piel blanca, mis pecas que gritaban el apellido Langford… mis cabellos rojizos. Maldije por lo bajo ser tan femenina.

—Un día —me dije en voz baja—. Tengo un día entero para trazar cada detalle, cada movimiento, cada excusa.

La imagen de Joe cruzó mi mente, con aquella sonrisa canalla y sus labios sobre mi mano. Cerré los ojos un instante y sacudí la

cabeza con violencia. No podía permitirme pensar en él ahora. No en cómo me había besado, ni en cómo había sentido ese maldito hormigueo en el estómago. Eso era un lujo peligroso que no podía permitirme.

Lo que necesitaba era frialdad. Precisión. Valentía.

Richardson fuera del camino. Yo en su lugar.

Y el barco zarpando con una Langford disfrazada entre sus hombres.

Abrí un cuaderno escondido bajo la almohada y empecé a escribir con rapidez, organizando cada paso que debía dar. El tiempo corría, y en ese instante me di cuenta realmente por primera vez mi destino estaba en mis propias manos. Al fin.



Capítulo 6

Corrí lo más rápido que pude por el empedrado, fingiendo que me faltaba el aliento. La verdad es que apenas había trotado unas calles, pero necesitaba que mi entrada pareciera muy dramática para que él me creyese sin dudas. Richardson ya estaba allí, con su equipaje apilado en la parte trasera del carruaje de su familia, vestido con un uniforme nuevo que yo diría que le quedaba grande. Se pavoneaba delante de su madre y su criado como si fuese ya un héroe.

—¡Richardson! —grité, agitando la mano—. ¡Richardson, por fin te encuentro! ¡Qué suerte has tenido!

Él se giró, frunciendo el ceño primero, para después ensanchar una sonrisa presuntuosa.

—Vaya, vaya… la señorita Langford —respondió—. ¿A qué debo el honor de que vengas a despedirme? No sabía que te importara tanto mi partida. Bueno, si te soy sincero siempre supe que sentías algo por mí.

Me obligué a sonreír, aunque por dentro me hervía la sangre de escuchar tanta tontería.

—Oh, créeme que sí —jadeé, acercándome como si apenas pudiera respirar—. Y más aún cuando el mismísimo capitán Travis me confió una misión que solo yo podía cumplir.

Eso captó su atención al instante. Su pecho se hinchó como un pavo real.

—¿El capitán… Travis? ¿Habló de mí?

Asentí con vehemencia.

—Y con qué admiración, Richardson. Dijo que eras uno de sus hombres más prometedores. Una suerte la tuya, de verdad. No todos cuentan con tal estima.

Él sonrió con descaro, echando una rápida mirada a su madre, que se mostraba visiblemente orgullosa.

—Bueno… no me sorprende —repuso con falsa modestia—. Siempre he sabido que estaba destinado a grandes cosas.

—Y por eso mismo me envió —continué, bajando la voz, como si compartiera un secreto muy importante—. El capitán ordenó un cambio de última hora. El barco ya no zarpará desde aquí, sino desde el puerto de Bristol. Medidas de seguridad, ya lo entenderás cuando llegues.

Richardson abrió mucho los ojos, sorprendido.

—¿Bristol? ¿Pero… por qué nadie me dijo esto?

—Porque no se fía de cualquiera —dije rápidamente—. Confía en ti, Richardson. Y me pidió que te encontrara antes de que cometieras el error de presentarte en el puerto equivocado. Imagínate la vergüenza que habrías pasado allí…

Puse cara de compasión, y él tragó saliva.

—Dios santo… sí, habría sido terrible. —Se pasó una mano por el cabello, nervioso—. Menos mal que llegaste a tiempo.

Me acerqué un poco más, bajando todavía más la voz.

—No le digas a nadie que fui yo quien te lo contó, ¿de acuerdo? Podría malinterpretarse. Diles simplemente que recibiste la orden directamente de él. Eso te dará aún más mérito.

Vi cómo su ego se inflaba todavía más. Estaba a punto de explotar de orgullo.

—Claro, claro… yo mismo lo anunciaré. Y nadie dudará de mí.

—Exactamente —dije con una sonrisa dulce, aunque por dentro me relamía de triunfo—. Eres afortunado, Richardson. No olvides que esto podría haberte costado tu puesto antes incluso de empezar.

—Jamás olvidaré este gesto, Matilda. Ya ves… al final, reconoces que soy alguien en quien confiar.

Forcé una risita.

—Sí, Richardson, alguien en quien confiar.

Él hizo una señal a su criado, que enseguida empezó a reorganizar el equipaje en el carruaje.

—¡A Bristol entonces! —exclamó, lleno de satisfacción—. Y dile al capitán Travis que estaré allí puntual.

Incliné la cabeza en un gesto elegante, como si yo fuese la portadora de un mensaje oficial y no la autora de un engaño monumental.

Cuando el carruaje se alejó, pude contener la risa nerviosa. Lo había conseguido. Richardson se marchaba directo al lugar equivocado. Una molestia menos en mi camino.

Ahora solo quedaba lo más complicado: ocupar su lugar en ese barco.

El eco de las ruedas del carruaje de Richardson aún resonaba en mis oídos. Se marchaba convencido, engreído, seguro de sí mismo… sin imaginar que acababa de ser apartado de un destino que ahora me pertenecía a mí.

Pero no bastaba con librarme de él. El verdadero desafío comenzaba ahora. ¿Cómo demonios lograría ocupar su lugar como hombre?



Capítulo 7

Regresé a mi casa, me tumbé boca arriba sobre la cama, con los brazos cruzados tras la cabeza, y dejé que las ideas fluyeran. Una tras otra, como piezas de un rompecabezas imposible.

Primera idea: sobornar al oficial que controle las listas. No parecía una locura. Con una buena suma de dinero podría hacer que el nombre de Richardson apareciera marcado como presente sin que nadie preguntara demasiado. Pero había un problema evidente: yo no disponía de tanto dinero como para cerrarle la boca a nadie. Mi padre vigilaba cada penique de nuestra fortuna, y aunque yo no tenía reparo en manipular a mis hermanos para conseguir un capricho, aquello no era un vestido ni una joya: era una coartada de vida o muerte. Además, un oficial sobornado podía convertirse en un peligroso enemigo si algún día decidía abrir la boca.
Sacudí la cabeza. No, demasiado arriesgado.

Segunda idea: presentarme simplemente con el uniforme y confiar en la confusión. Podría ponerme un sombrero, bajar la cabeza y aparentar seguridad. Si alguien preguntaba, bastaría con responder con un tono firme y seguir adelante. ¿Quién se atrevería a

interrogar demasiado a un hombre que parece tener prisa y sabe a dónde va? El inconveniente era obvio: Richardson era conocido en ciertos círculos. Conociéndole, seguramente que habría estado fanfarroneando durante semanas acerca de su alistamiento. ¿Y si alguien esperaba verle, alguien que lo conociera de vista? Si llegaban a comparar mi rostro con el suyo, el engaño terminaría en ese mismo instante.

Tercera idea: hacerme pasar por él desde el mismo día del embarque, con ayuda del caos. Los puertos eran lugares ruidosos, atestados de gritos, cajas, marineros y soldados cargando víveres. ¿Qué mejor escenario para pasar inadvertida? Si lograba interceptar al escriba o al guardia encargado de la lista justo en el momento más tumultuoso, podría aprovechar para firmar en nombre de Richardson sin levantar sospechas. Bastaría con aprender a imitar su rúbrica.

Me mordí el labio, pensativa. Sonaba viable… pero también implicaba acercarme demasiado a quienes controlaban todo. Y si fallaba, si mi letra parecía sospechosa, no tendría escapatoria.

Cuarta idea: convencer a Joe para que su padre me dejase subir a aquel barco. Se me escapó una risa amarga. Como si fuera tan sencillo. Joe Fuller jamás me dejaría subir a un barco militar, y mucho menos disfrazada de hombre. Él era un canalla, sí, pero también demasiado apegado a su deber. Ni con toda la coquetería del mundo lograría que me ayudara. En el mejor de los casos, se reiría en mi cara. En el peor… me delataría.

—No, Joe no puede enterarse —susurré con firmeza.

Quinta idea: aprovechar la ausencia de Richardson.
Sí, esa era la más astuta. Si Richardson no aparecía, alguien tendría que ocupar su lugar. ¿Y si yo me presentaba como un voluntario más, un sustituto de última hora? Podría alegar que el propio Richardson me envió en su lugar porque había enfermado, o que fue incapaz de llegar a tiempo. Nadie querría quedarse sin un hombre cuando el barco debía zarpar con prisa. Siempre hacía falta un par de brazos más. El problema era que necesitaría un nombre, una

identidad inventada… y ahí comenzaba la verdadera dificultad. Asi que valoré de nuevo la tercera idea. Hacerme pasar por Richardson.

Me giré de lado, mirando hacia la ventana. La noche se cernía sobre Londres, pesada y silenciosa. Podía sentir la presión del tiempo sobre mis hombros: solo me quedaban dos días.

¿Y si lo hacía simple? ¿Y si me apropiaba del nombre de Richardson de todas formas?
Después de todo, nadie lo vería en el puerto. Nadie sabría que había sido enviado a Bristol por mi engaño. Si yo respondía como él, si decía: sí, soy Richardson Kington, ¿quién podría negarlo?

Sonreí con malicia. Era perfecto en su sencillez. Y, por una vez, la estupidez de mi vecino jugaba a mi favor.

Me levanté de la cama de un salto, encendí una vela y me senté en el escritorio. Saqué un trozo de papel en blanco y comencé a practicar su firma. Había visto cómo la estampaba en los libros de cuentas de su padre más veces de las que él habría deseado. La recordaba bien: una R ampulosa, un trazo largo en la K, un punto demasiado grande sobre la i.

—Así —murmuré, repitiendo la rúbrica una y otra vez—. Nadie lo pondrá en duda.

Cuando al fin me aparté, mis dedos estaban manchados de tinta y mi corazón latía nervioso. Tenía un plan. Un plan imperfecto, arriesgado, quizás temerario… pero era mío.

Me quedé mirando la vela, con la mente dando vueltas. Una pregunta me atravesó con fuerza: ¿realmente era solo el ansia de aventuras lo que me impulsaba, o había algo más? La sombra de Joe volvió a asomar en mis pensamientos, con esa maldita sonrisa suya, con el recuerdo de sus labios rozando mi piel. ¿Y si mi corazón me estaba engañando, haciéndome creer que todo era por el deber, cuando en realidad se trataba de acercarme más a él?

Sacudí la cabeza con violencia.

—No. Esto no es por Joe. Esto es por mí. ¡Decidí que empuñaría un arma y lucharía por mi país incluso antes de saber

que él existía!

Pero ni siquiera yo estaba convencida de mis propias palabras.

Me miré al espejo con una mezcla de ansiedad y resolución. Tenía frente a mí las tijeras de costura que había tomado de la caja de Brook. Las manos me temblaban un poco, y el corazón parecía dispuesto a salirse del pecho.

Respiré hondo.

—Una vez lo haga, no habrá marcha atrás —me dije en voz baja.

El reflejo del espejo me devolvió la imagen de siempre: mi cabello largo, rojizo oscuro, cayendo en ondas sobre los hombros. Ese cabello que Brook se empeñaba en peinar con infinita paciencia, que Cecilia envidiaba y que Mathew, nuestro cochero, solía decir que brillaba incluso en la penumbra. Ese cabello que tantas veces me habían alabado en reuniones sociales.

Pero para mí no era más que cabello, nada más que eso.

Tomé un mechón grueso entre mis dedos, lo estiré hacia delante, y cerré las tijeras con un chasquido seco. El cabello cayó al suelo como un trozo de mí misma que se desprendía. El ruido me estremeció, y por un segundo pensé en detenerme. Pero la determinación fue más fuerte que cualquier otra cosa.

Corte tras corte, los mechones fueron amontonándose en el suelo. Algunos se quedaron pegados a mis manos, otros cayeron sobre la falda de mi vestido. Pronto el espejo me devolvió otra imagen: la de una muchacha con el pelo desigual, corto, rebelde, apenas más largo que el de un muchacho que aún no se afeita. Pasé la mano sobre la nuca, sintiendo la ligereza, la libertad.

—Ya está hecho —susurré, observando a la desconocida que me miraba desde el otro lado del cristal.

El siguiente paso era el atuendo. Me escabullí hasta la habitación de Edward con el sigilo de un ladrón. Él estaba fuera,

ocupado en alguna reunión de amigos. Abrí su baúl y rebusqué hasta dar con lo que necesitaba: camisas, chalecos y pantalones que, por suerte, no eran tan grandes como los de Julian. Edward siempre había sido más delgado, y su ropa, aunque holgada, podía servirme.

De pie frente al espejo, me quité el vestido con un movimiento rápido y me enfundé la camisa de Edward. Las mangas me quedaban algo largas, pero bastaba con remangarlas. El chaleco me ajustaba un poco el torso y ocultaba mis curvas lo suficiente. Después vinieron los pantalones. Me costó más entrar en ellos, y me sentí torpe al abotonarlos, pero una vez los tuve puestos, me descubrí sonriendo.

Era extraño. Desconcertante. Y a la vez… liberador.

Caminé unos pasos por la habitación, intentando imitar la zancada de un hombre. Bajé el tono de mi voz, probando frases absurdas:

—Buenas noches, caballero. ¿Ha visto usted al capitán?

Me reí sola, aunque el sonido me sonó nervioso.

Volví al espejo y me incliné hacia delante. Ya no era Matilda Langford. Con el cabello corto, la ropa de Edward y la expresión dura que adopté a propósito, podía ser cualquiera. Podía ser, Richardson Kington.

—Así que este eres tú —murmuré a mi reflejo—. El joven que subirá a ese barco.

Me puse un sombrero que encontré en el perchero de Edward. Me tapaba gran parte del rostro, y con la sombra que proyectaba sobre mis ojos, el engaño era casi perfecto.

Mi corazón latía muy fuerte. Tenía miedo, sí, pero también una fuerza que no recordaba haber sentido nunca. El disfraz no era solo ropa: era un escudo.

Regresé de nuevo a mi alcoba y me arrodillé en el suelo para recoger los mechones de cabello y guardarlos bajo la cama. Al

hacerlo, pensé en Joe, en su risa insolente, en la chispa que siempre parecía encender en mí. ¿Qué diría si me viera ahora? ¿Se burlaría hasta el fin de los días? ¿O se quedaría sin habla al comprender lo que estaba a punto de hacer?

Sacudí la cabeza. Joe no debía saberlo. Nadie debía saberlo. Además, ¿por qué me empeñaba en pensar en él a cada poco?

Me puse en pie, me observé una última vez en el espejo y pronuncié, con voz grave, el nombre que sellaba mi destino:

—Richardson Kington.

Y supe que, me temblara el alma o no, estaba lista para el embarque.



Capítulo 8

El puerto bullía de voces, de cascos de caballos, de carros cargados de baúles y de hombres con uniforme que gritaban órdenes sin cesar. El olor a salitre se mezclaba con el humo de las antorchas y con el hedor de la resina. El suelo, húmedo y resbaladizo, hacía difícil caminar, y los gritos de los marineros se confundían con el graznido de las gaviotas.

Me apreté más el sombrero sobre la frente. El ala proyectaba sombra sobre mis ojos, y con un gesto disimulado me subí el cuello de la camisa de Edward para cubrir parte de mi garganta.

Caminaba con pasos largos, imitando lo que había visto tantas veces en mi hermano Julian: esa seguridad arrogante.

—Nombre —gruñó un escriba sentado tras una mesa al pie de la pasarela del barco. Tenía un libro abierto, una pluma goteando tinta y los dedos manchados de negro.

Me aclaré la garganta y forcé la voz a sonar más grave.

—Richardson Kington.

El hombre levantó la vista lentamente, y sentí cómo su mirada me recorría de arriba abajo. Mi estómago se contrajo.

—¿Richardson Kington, dices? —repitió, ladeando la cabeza como si quisiera ganar tiempo para examinarme mejor.

—El mismo —respondí con sequedad, intentando no pestañear demasiado ni apartar los ojos.

El escriba frunció el ceño. Sus ojos bajaron hasta mis botas embarradas, después subieron por los pantalones que me quedaban algo sueltos hasta llegar al chaleco y la camisa. Noté cómo su mirada se detenía en mi cuello, en mi mandíbula, como si buscara alguna señal que confirmara una sospecha que yo no debía permitir que naciera.

Tragué saliva.

A mi lado, un soldado empujó a otro joven para que avanzara. El bullicio me amparaba, pero la atención del escriba seguía clavada en mí.

—¿Viaja con equipaje, Kington? —preguntó finalmente, y la forma en que pronunció mi apellido me heló la piel.

Asentí con rapidez, sin pensar demasiado.

—Sí, pero lo envió mi familia con el carro anterior —improvisé.

El hombre me escrutó otra vez, bajó la vista a la lista y deslizó un dedo manchado de tinta sobre los nombres.

—Kington… Richardson Kington… —murmuró—. Aquí está.

El aire volvió a entrar en mis pulmones con un poco menos de peso.

Pero antes de anotar mi presencia, levantó la cabeza una vez más y sus ojos se clavaron en los míos. Me observó tanto tiempo que sentí la piel arder bajo el sombrero.

—Pareces… distinto de lo que esperaba —dijo con voz baja.

Me encogí de hombros, imitando la indiferencia que había visto en cientos de hombres altivos de la alta sociedad.

—Una noche larga —respondí, dejando que la voz me saliera áspera—. No todos tienen el privilegio de dormir bien la víspera de embarcarse a quién sabe dónde.

Un silencio tenso se hizo. El escriba tamborileó con la pluma contra la mesa, sin apartar la mirada. Después, con un gesto lento, escribió mi nombre en el registro y dibujó una marca junto a él.

—Muy bien, Kington —dijo al fin, entregándome un pequeño papel sellado—. Preséntese con esto en cubierta.

Tomé el papel con mano firme, aunque por dentro me temblaba todo.

—Gracias —murmuré, y di un paso para avanzar hacia la pasarela.

Pero antes de que pudiera alejarme, el escriba volvió a hablar:

—Ah, Kington.

Me detuve en seco.

—¿Sí?

Él me miró otra vez de arriba abajo, como si no pudiera sacudirse una sospecha, y entonces esbozó una sonrisa seca.

—No olvides que aquí los débiles no duran demasiado.

Asentí, fingiendo una seguridad que estaba muy lejos de sentir, y caminé hacia el barco con el corazón golpeando tan fuerte en mi pecho que temí que todos pudieran escucharlo.

Cada paso sobre la pasarela me parecía un reto al destino. Ya estaba dentro. Y ya no había vuelta atrás.

El toque de un tambor retumbó en la cubierta y todos los nuevos reclutas fuimos empujados a formar en fila. El sol de la mañana se reflejaba sobre el agua y hería los ojos, el viento agitaba

las velas con un crujido constante que parecía el latido de una bestia gigante.

Me coloqué en el extremo de la hilera, con el papel sellado aún en el bolsillo, apretando los puños dentro de las mangas para que nadie notara el temblor de mis dedos. Las botas golpeaban la madera húmeda, los hombres carraspeaban, algunos se reían nerviosos. Yo intentaba respirar hondo, obligándome a parecer un muchacho como cualquier otro.

Un oficial gritó una orden, y el murmullo murió de inmediato.

—¡Atención! El capitán se presentará ante ustedes.

Mis entrañas se tensaron. El capitán Travis, pensé. El padre de Joe. El hombre al que había pretendido idolatrar para engatusar a su hijo. Me preparé para fingir admiración, para arquear la espalda y fingir respeto.

Entonces, el sonido de unas botas sobre la madera resonó detrás de nosotros. Un silencio reverente lo siguió. Los hombres enderezaron el torso, y yo, tragando saliva, me obligué a hacer lo mismo.

Giré un poco el rostro, esperando ver al imponente capitán Travis.

Y allí estaba, pero no era Travis.

No eran ese hombre endurecido por años de servicio.

Sino Joe Fuller.

Joe.

Joe. El hombre al que había seducido con sonrisas y con quien había compartido un beso que aún me quemaba en los labios si me atrevía a recordar. El mismo hombre al que había mirado a los ojos la noche anterior y le había hecho creer que estaba enamorada.

Me quedé helada.

Su figura erguida, impecable en el uniforme, irradiaba autoridad. Su chaqueta roja con bordes dorados brillaba al sol, y la

espada al cinto parecía parte de su cuerpo. Su rostro… ese rostro que yo conocía tan bien, ahora endurecido con la gravedad del mando. Sus ojos recorrieron la fila con la calma brava de un cazador que mide a su presa.

Sentí que la sangre me abandonaba el rostro.

—Soy el capitán Joseph Fuller —su voz resonó poderosa, sin el deje burlón al que me tenía acostumbrada—. Este navío es mi responsabilidad, y desde este momento, también lo son ustedes.

Mis rodillas casi flaquearon.

Él no podía verme. No podía reconocerme. No debía hacerlo.

Me forcé por mantener la barbilla baja, por endurecer la mandíbula como lo haría un joven soldado orgulloso. A su lado, el escriba de antes pasaba lista con un tono monótono, y cada nombre marcado parecía un golpe en mi pecho.

—Kington, Richardson.

Mi corazón dio un vuelco.

—¡Aquí! —respondí con una voz que casi no reconocí como mía.

Joe levantó la mirada hacia mí. Solo un instante. Solo un segundo. Sus ojos me atravesaron como si se tratase de una espada. Y juraría que se detuvieron demasiado tiempo en mi rostro.

Sentí un sudor frío recorrerme la espalda bajo la camisa robada de Edward.

Pero no dijo nada.

Continuó su inspección con el mismo porte altivo, hablando de disciplina, de obediencia, de honor. Palabras que parecían salir de otro hombre, no del canalla que me había susurrado insolencias en un baile.

Cuando terminó, nos ordenó retirarnos a nuestras posiciones, y el aire volvió a mis pulmones como un golpe. Caminé con el resto de los hombres, pero cada paso era una tortura.

Joe era el capitán. Joe era el hombre al mando.
Y yo estaba atrapada en su barco.

El caos de la cubierta parecía la excusa perfecta para perderme entre la multitud. Mientras los oficiales repartían órdenes y los hombres cargaban sacos y barriles, yo me deslicé hacia un rincón de la cubierta, con la cabeza baja, los pasos rápidos, y rezando para que nadie reparara en mí.

Mi corazón golpeaba tan fuerte que creía que el suelo de madera podía sentirlo. Tenía el pelo recién cortado escondido bajo un sombrero, un pañuelo oscuro rodeando mi cuello para ocultar la suavidad de mi barbilla y, sobre la piel, una capa de hollín que había frotado en mis mejillas salpicadas de pecas. No quedaba ni rastro visible de Matilda Langford… o al menos eso esperaba.

Pero la suerte siempre parecía tenerme en su contra.

Al girar para evitar a un marinero que arrastraba una caja, choqué de lleno contra un muchacho de mí misma edad. El impacto nos tiró a ambos al suelo, y la caja que él llevaba se estrelló contra la cubierta, desparramando clavos por todas partes.

—¡Mira por dónde vas, idiota! —gruñó él, agarrándome por la camisa y sacudiéndome como si yo fuera el culpable de todos sus males.

Intenté responder, pero la voz se me quebró en la garganta. Y, antes de poder incorporarme, un círculo de curiosos comenzó a cerrarse a nuestro alrededor.

Los hombres reían, gritaban, alguno pedía pelea. Yo quería desaparecer bajo las tablas.

Y entonces, el murmullo se cortó de inmediato.

Unas botas firmes resonaron contra la madera. La multitud se abrió de inmediato, y yo lo sentí antes de verlo: el peso de la autoridad, la mirada que nadie osaba desafiar.

El capitán.

Joe Fuller para mí, Joseph Fuller para el resto.

—¿Qué demonios pasa aquí? —tronó su voz.

El grumete que me sujetaba me soltó de inmediato, como si le hubieran echado agua hirviendo encima. Yo mantuve la cabeza baja, la frente sudorosa bajo el sombrero, rogando que la sombra me protegiera.

—Nada, capitán… —balbuceó el chico—. Solo un… un accidente.

Joe avanzó con sus botas tan cerca de mí que pude sentir la vibración en las tablas.

—¿Un accidente? —repitió con frialdad—. Pues a mí me parece desorden. Y en mi barco no hay lugar para el desorden.

Yo hundí más la barbilla contra el pecho. Si me miraba… si reconocía la curva de mi rostro, las pecas mal disimuladas bajo el carbón… todo estaría perdido. Y aún estábamos en el puerto, corría peligro de que me echase.

—Tú —su voz me atravesó—. Levanta la cara cuando te hablo.

Mi garganta se cerró.

—Capitán… —intenté decir, con la voz grave, áspera, y salió como un gruñido.

—He dicho que me mires —exigió, con un tono que no admitía réplica.

El silencio a mi alrededor era sofocante. Solo se escuchaba el crujido de las cuerdas y el golpeteo del viento contra las velas.

Lentamente, con manos sudorosas, aparté un poco el gorro hacia atrás y alcé la cabeza.

Nuestros ojos se encontraron.

Los suyos, azules, me recorrieron el rostro. Yo sentí que cada centímetro de mi piel gritaba mi nombre, que el hollín no servía de nada, que el pañuelo era un burdo disfraz.

Apreté los dientes, obligándome a sostenerle la mirada como lo haría un muchacho orgulloso.

Su ceja se arqueó un poco, y el silencio se estiró un segundo más. Después, su boca se curvó en una sonrisa mínima, irónica.

—Más te vale mantener los ojos arriba, muchacho —dijo al fin—. Aquí no queremos cobardes que se escondan en su propia sombra.

Asentí con brusquedad, tragando saliva.

—Sí, capitán.

Joe me sostuvo la mirada un instante más… y luego se giró para reprender al resto.

—¿Y qué miran ustedes? ¡A trabajar!

El círculo se dispersó de inmediato, y yo aproveché para agacharme, recoger un clavo y fingir estar ocupado, aunque las manos me temblaban tanto que apenas podía sujetarlo.

Había sobrevivido.

Pero no podía olvidar el modo en que me había mirado. Como si, aunque no lo supiera del todo, ya sospechara algo.

El olor a sudor y humedad impregnaba la cubierta baja, donde habían colgado las hamacas. El aire era asqueroso, y cada respiración me costaba más de lo que quería admitir. A mi alrededor, los hombres hablaban en voz alta, se empujaban y reían como si el mundo entero fuese una taberna.

Me acomodé en la hamaca más alejada, con el gorro bien calado hasta las cejas y el pañuelo cubriéndome casi hasta el mentón. Tenía que parecer indiferente, invisible, uno más.

—¡Mira, tenemos un polluelo nuevo! —rio un hombre ancho de hombros, al que le faltaban un par de dientes—. Apuesto a que no dura ni dos mareas.

Las carcajadas explotaron como cañonazos.

Otro se acercó, me dio una palmada en la espalda que casi me tira de la hamaca.

—¿Cómo te llamas, enano?

Tragué saliva, recordando el nombre que me correspondía.

—Richardson… Kington.

El grupo estalló en nuevas risotadas.

—¡Richardson! —repitió uno, imitando una voz aflautada—. Pues yo digo que este niño no sobrevive ni a la primera tormenta.

Me apreté las manos contra las rodillas, intentando no temblar.

—No soy un niño —gruñí, en el tono más grave que pude.

—Oh, claro que no —se burló el mellado—. Mirad, mirad qué valiente. Seguro que cuando vea las ratas corriendo entre sus botas va a llorar como una nena.

Las carcajadas reventaron otra vez, y yo bajé la cabeza. Tenía que soportarlo. Cada burla era un recordatorio de que debía ser convincente, aunque la humillación me ardiera en el pecho.

De pronto, un silencio extraño se extendió entre ellos. Todos dejaron de reír al unísono.

Levanté la vista.

Y ahí estaba.

El capitán Fuller.

Joe.

De pie, al otro lado del pasillo estrecho, con los brazos cruzados y la mirada clavada en mí.

—Kington —dijo, con voz firme y grave.

Mi corazón se aceleró.

—Sí, capitán… —respondí, casi sin ser escuchado.

—Conmigo. Ahora.

Los hombres alrededor soltaron un murmullo curioso, alguno incluso chistó como si esperara espectáculo. Yo bajé de la hamaca con torpeza y seguí a Joe hasta un pequeño camarote lateral. La puerta se cerró tras nosotros, y de inmediato el bullicio de la cubierta baja se apagó.

Me quedé de pie, con la mirada clavada en el suelo, el gorro echado hacia adelante, intentando parecer el grumete más insignificante del mundo.

Joe caminó alrededor mío como un depredador midiendo a su presa. Sentí su mirada recorrer mi rostro, detenerse en mi cuello cubierto por el pañuelo, bajar a mis manos, volver a mis ojos.

—Hay algo en ti que me resulta… conocido —dijo lentamente.

El aire desapareció de mis pulmones.

—No sé de qué habla, capitán.

—No te hagas el inocente. —Su tono era frío, inquisitivo—. Te he visto antes. Estoy seguro.

Me forcé a levantar un poco el mentón, imitando arrogancia juvenil.

—No, señor. Soy de… de Kent. Nunca he estado en Londres.

Él se detuvo frente a mí, tan cerca que pude oler la mezcla de sal y cuero de su chaqueta.

—Mírame a los ojos.

Mi estómago se encogió. Lentamente levanté la vista y choqué con los suyos. Esa intensidad, ese azul, ese brillo que tantas veces me había enfurecido y que, en secreto, me había hecho temblar.

Un segundo después, yo no respiraba.

Entonces, sus labios se curvaron en una sonrisa lenta.

—Tienes agallas, Kington. Eso lo admito. Pero no me engañas: aún no sé dónde te he visto… pero lo descubriré.

Sentí que las piernas me flaqueaban.

—Sí, capitán —logré decir, bajando la cabeza de nuevo.

Él me observó un instante más, y luego hizo un gesto con la mano.

—Vuelve con los demás. Y recuerda: en este barco nada permanece oculto demasiado tiempo.

Salí casi corriendo del camarote, con el corazón golpeando el interior de mi pecho. Sabía que había estado a un suspiro de ser descubierta. Y que Joe Fuller, aunque no supiera la verdad, ya había decidido vigilarme de cerca.



Capítulo 9

La hamaca era una trampa. Eso fue lo primero que pensé cuando intenté meterme en ella sin parecer un imbécil. No sabía cómo demonios hacerlo sin volcarme, y los hombres alrededor ya se reían antes de que yo siquiera lograra estirar una pierna.

—¡Mira al pajarillo, no sabe ni como subir! —rio uno que tenía la cara llena de cicatrices.

Otro golpeó la cuerda de mi hamaca y estuve a punto de caer al suelo. Las carcajadas fueron tan fuertes que me ardieron los oídos.

Apreté los dientes, fingiendo indiferencia. Me acomodé como pude, con la manta áspera cubriéndome hasta la barbilla, y los ojos fijos en el techo bajo del camarote. Tenía que resistir. Sólo eso. Resistir.

El murmullo de los hombres me envolvía: risas, ronquidos, el sonido húmedo de escupitajos cayendo en baldes. El aire era tan espeso que parecía que tragaba sal y sudor en cada respiración.

Cerré los ojos. Me repetí que era fuerte, que tenía un plan, que al amanecer todo esto seguiría siendo parte del disfraz. Pero por dentro, la niña Langford que aún era yo, quería llorar.

El amanecer trajo consigo un grito seco y metálico:

—¡Arriba, perros de agua!

El golpeteo de botas retumbó y yo casi no tuve tiempo de saltar de la hamaca antes de que alguien me la arrebatara de un tirón. Subimos todos en tropel a cubierta, donde el aire fresco me golpeó como una bofetada después de la pestilencia del interior.

El capitán —Joe Fuller— ya estaba de pie, con las manos a la espalda, mirando a la fila de hombres que nos formábamos torpemente. Su mirada recorría cada rostro, se detenía en algunos más que en otros, y cuando pasó por mí sentí un escalofrío recorrerme la espalda de nuevo.

Tendría que ir acostumbrándome a eso o moriría de un infarto antes de ser descubierta.

—Hoy veremos de qué estáis hechos —anunció—. No necesito ratones asustados ni ratas de bodega. Quiero hombres que puedan trepar, tirar y mantener el equilibrio en mitad de una tormenta.

Un murmullo recorrió la fila. Yo tragué saliva.

La primera prueba fue trepar por el mástil principal hasta alcanzar la cofa. Uno tras otro, los hombres fueron subiendo como monos, algunos más rápidos, otros resbalando y bajando entre risas ajenas. Cuando llegó mi turno, los brazos me pesaban sólo de pensar en el esfuerzo.

—¡Vamos, polluelo, muéstranos tus alas! —gritó alguien detrás.

Otro imitó un cacareo. Las carcajadas estallaron.

Me obligué a agarrar la cuerda, hundí los pies como recordaba haber visto a Julian en los juegos de escalada en la finca, y comencé a subir. El mástil ardía bajo mis manos, y cada movimiento era torpe, pero no me detuve. Si me caía, me descubrirían.

—¡Mira, aún se mueve! ¡El nene tiene uñas! —se burlaron, aunque esta vez hubo un murmullo de sorpresa porque, contra todo pronóstico, conseguí avanzar algunos metros. No llegué a la cima, pero tampoco solté la cuerda hasta que decidí bajar antes de quedar exhausta.

El capitán no apartó los ojos de mí. No dijo nada, y eso me asustó más que cualquier burla.

La segunda prueba fue de fuerza: dos grupos de hombres atados a un cabo, tirando con todas sus fuerzas como en un tira y afloja. Me tocó en el lado perdedor. Sentí cómo mis pies se arrastraban por la cubierta, los brazos me ardían, y sólo conseguí mantenerme en pie unos segundos antes de caer de rodillas.

—¡Y este es el gran Richardson! —se rieron a coro.

Yo me mordí la lengua hasta casi sangrar.

La tercera prueba me pareció un suplicio ideado por el diablo: caminar sobre la borda, una estrecha franja de madera que delimitaba la cubierta. El mar rugía abajo, y el aire húmedo me empapaba el rostro. Los hombres pasaban uno a uno, algunos haciendo equilibrios como acróbatas, otros cayendo con estrépito y siendo rescatados a carcajadas.

Cuando llegó mi turno, las rodillas me temblaban. El capitán estaba cerca, observándome con esa intensidad que me perforaba la nuca.

Un paso. Otro. El mar bajo mis pies parecía llamarme con su voz oscura. El viento me azotaba la cara y me arrancaba mechones sueltos de pelo, que tuve que esconder bajo el gorro.

—¡Cuidado, que vuela! —gritó un marinero.

El coro de risas me golpeó. Pero puse un pie delante del otro, lenta, torpemente, hasta que llegué al otro extremo. No caí.

El silencio fue breve, pero suficiente para que mi corazón latiera con un orgullo insensato.

Entonces escuché la voz grave del capitán:

—Algunos de vosotros deberíais volver a casa hoy mismo. No estáis hechos para el mar.

Y aunque no pronunció mi nombre, yo sentí que esas palabras iban dirigidas directamente a mí.

El sol caía ya alto sobre la cubierta, iluminando el caos organizado que se había formado. Los hombres agotados se alineaban para el último ejercicio: el tira y afloja definitivo que decidiría quién abandonaba el barco y quién tenía lo que se necesitaba para sobrevivir en el mar.

Mi corazón golpeaba con fuerza. Podía oír mi respiración entrecortada. Cada músculo me ardía después de la escalada y el equilibrio sobre la borda. Tenía miedo. Miedo a caer, miedo a ser descubierta, miedo a que mi plan se viniera abajo en un instante.

—¡Formen equipo! —tronó la voz del capitán Fuller.

Me giré y lo vi acercarse. Su uniforme impecable, su mirada, los hombros rectos. Cada paso que daba parecía pesar toneladas. Mi estómago se retorció: sabía que él me estaba observando con atención.

—Kington —dijo, y el mundo pareció detenerse un segundo—. Aquí. Tú y esos otros.

Mis piernas se congelaron. Lo había previsto todo, menos esto: ser elegido a mí misma, en primer lugar. Mi mente gritó: *No, no puede ser… no puedo fallar ahora…*

El grupo se posicionó, los pies firmes sobre la cubierta mojada, las manos en la cuerda. El capitán dio la orden:

—¡Tiren!

Un estruendo de músculos y esfuerzo se desató. Gritos, jadeos, y el chirrido de la cuerda tensa. Caímos al suelo más de una vez, mis dedos se resbalaban, mis brazos ardían como mis manos sangraban, y los hombres a mi alrededor se burlaban:

—¡Venga, enano, más fuerte!

—¡Tirón de muñeca, Kington!

Yo sentía que cada segundo podía ser el último. La cuerda me cortaba las palmas, y cada vez que me tambaleaba, el corazón me saltaba del pecho.

De pronto, Joe se acercó, caminando hasta ponerse junto a mí. Su presencia me heló la sangre. Pensé: *Se acabó. Ahora me reconoce. Ahora todo se arruina.*

—Mantén la cabeza alta, muchacho —dijo, sin apartar la vista de mí—. ¿Quieres caer antes que los demás?

Tragué saliva y apreté los dientes. Cada músculo gritaba, pero no podía mostrar debilidad.

—¡Tiren! —repitió, con su voz ahora cerca de mis oídos, y el sonido vibró en mi pecho.

Mi lado del grupo se movía al límite. Uno de los hombres comenzó a resbalar, y el capitán golpeó con fuerza la cubierta con la bota, haciendo que el ruido nos sobresaltara a todos.

—¡Más fuerza! —bramó—. Si alguno de ustedes falla, hoy mismo se baja del barco.

Yo no podía dejar que me descubrieran. Cada tirón era un tormento, pero también un impulso: *si caigo ahora, mi vida, mi plan, todo se acaba*.

Mis manos sangraban un poco. El brazo me dolía como si se hubiera partido, pero no solté la cuerda. Noté que Joe inclinaba un

poco la cabeza hacia mí, evaluando cada movimiento. La tensión en sus ojos me atravesaba.

—¡Casi! —gritó uno a mi lado—. ¡Que no nos ganen!

Mi lado finalmente ganó, y la cuerda se tensó hasta el límite antes de que el grupo contrario cayera sobre la cubierta, jadeando y resoplando. Los hombres derrotados se miraban entre sí, humillados, mientras algunos se llevaban la mano al rostro para ocultar la vergüenza.

Mi respiración era un fuego que me quemaba el pecho. Me inclinaba hacia delante, apoyándome sobre mis rodillas, intentando calmarme. Joe Fuller permanecía allí, al otro lado, observando con esa calma imposible de leer, la línea de su mandíbula marcada, los ojos clavados en mí…

Y entonces, algo dentro de mí se removió. No era solo el esfuerzo físico. Era la mezcla de miedo y excitación que me recorría el cuerpo: el juego del capitán, la adrenalina, el hecho de que aún no me había descubierto. Y puede que algo más.

—Bien —dijo al fin—. Parece que algunos sí tienen lo que se necesita para este barco. —Su voz bajó un poco, como si hablara para sí mismo—. Y tú, Kington… mejor que no vuelvas a bajar la guardia.

Mi corazón latía fuerte, mis piernas temblaban, y aunque respiraba con dificultad, la sensación de victoria parcial me recorrió: había sobrevivido. Por ahora.

El chillido de una gaviota me sobresaltó justo cuando un marinero me dio un empujón en el hombro.

—¡Eh, grumete! —me gritó con sorna—. El capitán quiere verte en su camarote.

Me quedé rígida. ¿El capitán? ¿A mí? El estómago me dio un vuelco tan grande que pensé que iba a vomitar en mitad de la

cubierta. Asentí con brusquedad, sin atreverme a preguntar nada, y me puse en marcha.

Caminar como un hombre… Dios, qué absurdo resultaba cuando tenía decenas de ojos sobre mí. Intenté imitar la forma en que ellos se movían: pasos largos, hombros rígidos, un leve balanceo como si la cubierta no afectara a su equilibrio. Pero cada vez que el barco crujía bajo las olas y mi cuerpo vacilaba, escuchaba risas a mis espaldas.

—Ese mocoso no dura ni una semana —murmuró uno detrás de mí.

—Ni tres días —corrigió otro, riendo.

Apreté los dientes y seguí avanzando, con las manos metidas en los bolsillos para que no se notara lo tensas que estaban. Con cada carcajada me apetecía abofetearles, pero la verdad es que ellos eran hombres, y yo una mujer. Pero en mi interior me reía de ellos mientras pensaba: *No soy un mocoso, soy Matilda Langford y ninguno de vosotros me va a descubrir.*

Cuando al fin llegué a la puerta de su camarote, me detuve un instante a respirar. El corazón me golpeaba las costillas con tanta fuerza que pensé que se escucharía al otro lado. Toqué la madera, y empujé.

La penumbra del interior estaba bañada por una luz tenue que se colaba por la escotilla. El olor a madera húmeda y sal me envolvió alejando de ese espacio ese hedor a sudor del resto de tripulación. Y allí, de pie, esperándome como si aquel espacio fuera suyo —porque lo era—, estaba él.

Joe Fuller.

Con el uniforme impecable, las manos cruzadas detrás de la espalda y esa postura que no admitía discusión. No era el hombre que yo conocía. No era el que me había sonreído con descaro bajo los candelabros de un salón ni el que me había susurrado frases retadoras al oído. No. Ese que tenía frente a mí era el capitán.

Su mirada me recorrió de arriba abajo, deteniéndose en mi barbilla cubierta por el pañuelo, en mi pelo recién cortado, en la mancha de carbón que me oscurecía la piel. Sentí que me calaba hasta los huesos.

—Cierra la puerta —ordenó.

La cerré. Y con el golpe seco de la madera contra el marco, tuve la certeza de que acababa de encerrarme en una trampa de la que quizá no saldría jamás.

—Levanta la cabeza cuando te hablo —añadió, con voz grave y autoritaria.

Me quedé helada.

El sudor me corría por la frente, las manos me ardían y el pecho me dolía con cada bocanada de aire, pero nada de eso fue tan devastador como verlo a él.

Ahí, frente a mí, de pie sobre la madera, vestido con el uniforme de capitán, era otro.

El sol arrancaba brillos metálicos de los botones dorados de su casaca, y la camisa blanca, ligeramente abierta en el cuello, dejaba entrever la piel bronceada que recordaba demasiado bien. Pero lo que realmente me inmovilizó fueron sus ojos: duros, dominantes, de un azul tan intenso que parecían atravesar todas las defensas que yo había levantado.

Me descubrí observando la línea firme de su mandíbula, la seguridad de sus movimientos, y recordé la forma en que toda la tripulación se tensaba con solo escuchar su voz. Era un hombre distinto. Un hombre aparentemente peligroso. Un hombre capaz de doblegar a cualquiera… incluso a mí en aquel momento.

Sentí un cosquilleo incómodo en el estómago, un calor que no debía estar allí. Porque yo no era Matilda Langford en ese momento. Yo era Richardson Kington, un grumete enclenque más entre tantos. Y los hombres no miraban a otros hombres como yo lo estaba mirando a él.

Tragué saliva, intentando apartar la vista, pero fue inútil. Me tenía atrapada. Y entonces, como si hubiera leído cada uno de mis pensamientos, Joe dio un paso más hacia mí.

—¿Vas a decirme realmente quién eres? —preguntó, con un tono que no admitía evasivas.

Mi cuerpo entero se paralizó. El corazón me dio un vuelco brutal.

—P… ¿Perdón, señor? —logré murmurar, con la cabeza aún inclinada, intentando mantener la voz grave, fingida.

Él no se movió. Sus ojos me ardían encima como fuego.

—No puedes engañarme, muchacho —continuó, bajando la voz, lo justo para que fuera una conversación entre nosotros dos—. No eres quien dices ser.

El mundo se detuvo. El mástil, las velas, los gritos de los demás marineros… todo se volvió un murmullo lejano. Solo existía su mirada, implacable, como una espada a punto de caer sobre mi cuello.

Me cuadré con torpeza, mis brazos temblaban de cansancio y de miedo, y levanté el rostro lo suficiente para no parecer un cobarde, pero sin atreverme a sostenerle la mirada del todo. Por dentro, mis pensamientos eran un torbellino: *Lo sabe. Me ha descubierto. Todo ha terminado. Mi plan, mi mentira, mi oportunidad…*

Y, aun así, había algo peor que el miedo devorándome por dentro: el recuerdo ardiente de sus labios sobre mi mano aquella noche, la certeza insoportable de que mi cuerpo todavía lo deseaba, aunque ahora debía odiarlo más que nunca.

El silencio en el camarote era tan denso que sentía que podía cortarse. La voz grave de Joe aún resonaba en mis oídos: *Levanta la cabeza cuando te hablo.*

No podía hacerlo. Si lo hacía… si alzaba el rostro, estaba perdida.

Tragué saliva, pero la garganta me ardía. Mis labios se movieron casi solos, y para mi horror, las palabras escaparon antes de que pudiera detenerlas.

—P… perdón, señor —dije, y la impostura de mi voz se quebró. No fue la voz ronca y grave que me había obligado a usar en cubierta, esta se parecía más a la mía, la verdadera, temblorosa y rota por el miedo.

Me mordí la lengua, demasiado tarde.

Joe frunció el ceño y dio un paso hacia mí. La penumbra no lograba suavizar sus rasgos; al contrario, los volvía más duros, más atractivos.

—Siempre lo supe —dijo con calma, pero con una firmeza que me dejó sin aliento—. Desde que te vi en cubierta supe que eras un polizón, alguien que intentaba hacerse pasar por quien no era.

El corazón me dio un vuelco tan brutal que casi me desplomé allí mismo. *No lo sabe. Dios santo, no lo sabe.*

Bajé la cabeza aún más y las palabras me salieron a borbotones, atropelladas, sin control.

—Mi nombre es… Mat —dije, con un nudo en la garganta—. Mat Grundig. Y lamento en lo más profundo haber mentido, pero mi sueño siempre fue subir a este barco, luchar al frente por mi país y hacer lo que hace un hombre.

Al terminar, me di cuenta de que me había dejado llevar demasiado por mis sentimientos, que había hablado con la emoción desnuda y eso era peligroso.

Joe ladeó la cabeza, sus ojos chispearon de interés, y se inclinó hacia mí.

—¿Lo que hace un hombre? —repitió, con un tono inquisidor—. ¿Acaso tú no lo eres?

Mi corazón se detuvo. *Idiota, Matilda, te has delatado.*

Tragué saliva, buscando a la desesperada una salida.

—Claro que lo soy —repliqué, esta vez forzando la voz grave—, pero hasta que no libre una batalla como marinero no me habré convertido en uno de verdad.

Hubo un segundo de silencio que me pareció eterno.

Y entonces, Joe sonrió.

Una sonrisa ancha y orgullosa.

Me dio un palmotazo brutal en la espalda que casi me dejó sin aire. Sentí cómo me crujían las costillas y tuve que morderme la lengua para no soltar un gemido.

—¡Así se habla, muchacho! —exclamó con entusiasmo—. Mi padre estaría orgulloso de que estuvieses aquí.

Yo casi no pude articular un torpe asentimiento, luchando por recuperar el aliento.

—Así que no se hable más —añadió él, con la autoridad de un capitán, clavándome la mirada—. Pero a partir de ahora, eres Mat. Nada de mentiras en mi navío, ¿entendido?

El dolor de su golpe aún ardía en mi espalda, pero logré enderezarme lo justo y asentir con firmeza.

—Entendido, señor —murmuré.

Por dentro, mis entrañas estaban enredadas en un torbellino: alivio por haber salvado mi secreto, miedo porque había estado a un segundo de confesarlo todo… y esa estúpida atracción que se empeñaba en hacerme mirar sus labios mientras hablaba.

Pero yo ya no era Matilda Langford. No en ese barco.
Yo era Mat. Y tendría que recordarlo cada segundo de mi vida si quería sobrevivir.



Capítulo 10

El olor a humedad y sudor impregnaba el aire del sollado. Apenas entré, comprendí que aquel lugar no estaba hecho para soñar, sino para sobrevivir. Las hamacas seguían colgando de lado a lado, balanceándose con cada quejido de la madera bajo los pies del barco. El murmullo de voces masculinas llenaba el espacio como un enjambre de abejas, mezclado con risotadas estúpidas y algún que otro insulto lanzado sin malicia solo para decir algo, como si fuera un deporte entre ellos.

Me abrí paso con torpeza, tropezando con un barril vacío y casi cayendo de bruces contra un marinero que me lanzó una mirada cargada de fastidio, y quizá odio.

—Mira por dónde vas, renacuajo —gruñó antes de seguir fumando su pipa.

Me hice pequeño, o más bien intenté parecerlo, y localicé mi hamaca. Colgaba demasiado alta para mi gusto, balanceándose como si se burlara de mi poca destreza y tamaño. Me colgué como

pude, con movimientos torpes que arrancaron carcajadas a mi alrededor nuevamente.

—¡Mirad al enano! —gritó una voz ronca y juvenil desde el otro extremo—. ¡Ni para subirse a una hamaca sirve!

La risa se extendió como un reguero de pólvora.

Un muchacho pecoso, de cabello rubio y quizá con suerte un par de años mayor que yo, se inclinó desde su hamaca para mirarme.

—Soy Tom Cooper —dijo con cierto brillo en los ojos—. Y te apuesto un penique a que no aguantas ni dos días aquí abajo.

Los demás soltaron otra andanada de carcajadas. Yo fingí sonreír, aunque el calor de la vergüenza me subía por el cuello hasta la cara tiznada de carbón.

—Ya veremos —respondí, impostando la voz grave que se me quebraba con cada palabra.

Otro marinero, más fornido, con barba rala y cicatriz en la ceja, masculló entre dientes mientras afilaba un cuchillo contra una piedra.

—Ese no llega ni al amanecer. El mar lo escupirá de vuelta antes de que aprenda a amarrar una soga.

Las risas continuaron, y yo me acurruqué en la hamaca, apretando los puños bajo la tela áspera. El balanceo me mareaba, pero peor era el peso en mi pecho.

Si ellos supieran. Si supieran quién era en realidad, no solo se reirían: me echarían al instante. Incluso me atrevería a apostar que lo harían por la borda.

Cerré los ojos con fuerza y respiré hondo, el olor a sal y a humanidad continuaba mezclándose hasta revolverme el estómago. No podía permitirme flaquear.

Voy a demostrarles que puedo con esto. Que no soy débil. Que puedo ser uno de ellos.

El murmullo fue decayendo hasta convertirse en ronquidos y respiraciones fuertes. Yo permanecí despierta, con los ojos abiertos en la oscuridad, mirando las sombras que bailaban en el techo.

Cada risa, cada burla, me ardía en la memoria. Pero también me daban fuerza. Porque si quería sobrevivir en aquel barco, no podía ser Matilda Langford. Tenía que ser Mat Grundig, y nada más.

Y aunque el miedo me arañaba las entrañas, hice un juramento silencioso en la penumbra: *No me rendiré. No abandonaré este barco. Aguantaré, aunque me cueste la vida.*

El comedor era un espacio angosto, con bancos corridos y mesas de madera que se tambaleaban con cada vaivén del barco. El aire estaba cargado de olor a estofado, humo de lámparas de aceite y sudor masculino. Apenas crucé la puerta, el murmullo se convirtió en estruendo: cucharas golpeando contra platos metálicos, voces gruesas compitiendo entre sí, carcajadas que hacían retumbar las paredes.

Me senté en un extremo, intentando no llamar la atención. El cocinero, un hombre calvo con barriga prominente, dejó frente a mí un cuenco de estofado de carne con nabos, un trozo de pan duro y una jarra de agua.

Los hombres a mi alrededor devoraban como si llevaran días sin comer, mojando el pan en el caldo hasta dejarlo deshecho y sorbiendo con un ruido que me revolvía los oídos. Yo, en cambio, probé una cucharada. El guiso estaba grasiento, con un sabor intenso a pimienta y a carne demasiado cocida. Me ardió la garganta y casi tosí, pero logré contenerme.

—¿Qué pasa, renacuajo? —dijo alguien a mi derecha—. ¿Demasiado fuerte para tu estómago?

Levanté la vista y vi a Tom Cooper, el burlón de la hamaca, sonriendo con sorna mientras se llevaba un pedazo entero de pan a

la boca. Fingí encogerme de hombros y seguí comiendo despacio, como si no me afectara.

Fue entonces cuando ocurrió.

Un hombre corpulento, de hombros tan anchos que parecían llenar el pasillo entre mesas, avanzó hacia mí. Tenía el cabello negro, lleno de grasa, y una barba espesa que le cubría casi todo el rostro. Una cicatriz le cruzaba la mandíbula hasta el cuello. Sus ojos, oscuros y pequeños, se clavaron en mí con una intensidad que me hizo bajar la vista al instante.

Se sentó frente a mí sin pedir permiso, haciendo crujir el banco bajo su peso.

—Tú… —dijo, con una voz grave y áspera que parecía rasgar su garganta—. Ya sé lo que escondes.

El estómago se me heló. Sentí la cuchara temblar entre mis dedos. *Me ha descubierto. Dios mío, me ha descubierto.*

Me mordí el interior de la mejilla, buscando palabras, pero la voz no me salía.

Él se inclinó hacia delante, tan cerca que el hedor a tabaco y ron me hizo contener la respiración.

—No te preocupes, muchacho. —Sus labios se curvaron en una sonrisa torcida—. No pienso decirle nada al capitán.

Lo miré a los ojos, desconcertada. ¿Sabía realmente quién era yo? ¿O creía otra cosa?

—¿Q… qué quieres decir? —pregunté, intentando mantener la voz grave.

El hombre soltó una carcajada ronca que atrajo la mirada de varios marineros. Luego se inclinó más, bajando la voz.

—Eres débil. Más débil que cualquiera de los que están aquí. Pero no eres tonto. Y yo sé reconocer a alguien que se ha colado donde no debería. —Su dedo grueso señaló mi cuenco, apenas probado—. Ni siquiera puedes con la comida.

Tragué saliva.

—Solo… necesito tiempo para acostumbrarme.

—Eso dices ahora, Richardson, o debería llamarte Mat... —Pronunció mi falso nombre con sorna—. Pero escucha bien: mi nombre es Duncan Hargreaves. Y no me importa que seas una mujer. Si tienes agallas para quedarte, que así sea. Pero recuerda esto… —Me dio un golpe con su dedo en lo alto del pecho, tan fuerte que casi me tira hacia atrás—. No te cruces en mi camino, o yo mismo te lanzaré por la borda.

Se levantó de golpe, arrastrando el banco con un chirrido, y regresó a su lugar entre un grupo de hombres que lo recibieron con palmadas y risas.

Yo me quedé inmóvil, con el corazón martilleando en mi interior. La cuchara seguía temblando en mi mano. Duncan sabía que era una mujer.

Y aun así, no me había delatado. Eso era lo que más me confundía.



Capítulo 11

El sol caía a plomo sobre la cubierta, secando las maderas con cierta rapidez. Los hombres, sudorosos, habían formado un corro alrededor de la mesa para la prueba de fuerza. Dos contrincantes se sentaban frente a frente, apoyaban el codo sobre la superficie y se medían en una batalla de pulsos mientras el resto rugía con apuestas, risas y guasas.

—¡Que pase el siguiente! —gritó un contramaestre, levantando una jarra de agua salada como si fuera cerveza.

Yo me quedé rígida cuando unas manos ásperas me empujaron hacia delante.

—¡El renacuajo! —aulló Tom Cooper—. ¡A ver si tiene brazos de verdad o solo huesos de gorrión!

Las carcajadas me perforaron los oídos. Mi estómago se encogió, y sentí cómo el sudor me corría por la espalda bajo la camisa robada a Edward.

—Vamos, muchacho, que no se diga —masculló alguien.

Me senté frente a un marinero alto y robusto, con los brazos tatuados hasta los nudillos. Su sonrisa era cruel, como la de un gato que juega con un ratón.

Estoy perdida.

Puse mi codo sobre la mesa, y en cuanto nuestras manos se unieron, noté la diferencia brutal de fuerza. Mis dedos parecían desaparecer entre los suyos.

—¿Listo, renacuajo? —se burló, apretando antes de tiempo.

Yo cerré los ojos, esperando la humillación inmediata.

Y entonces sentí algo.

Una mano enorme se posó en mi hombro y una voz grave dijo, con calma:

—Mi turno. Levanta ahora mismo de ahí.

Era Duncan Hargreaves, y pretendía medirse conmigo obligando a mi rival a levantarse.

El corro estalló en vítores, pensando que él iba a pulverizarme. Pero no fue así. Duncan se agachó, me miró con un brillo extraño en los ojos y, muy despacio, llevó mi mano a la posición inicial contra la suya.

—Vamos, Mat —susurró, lo bastante bajo para que nadie más oyera—. Aguanta. Haz fuerza aunque no la tengas. Yo me dejo.

Tragué saliva y apreté, aunque mis músculos apenas respondían. Y, milagrosamente, su brazo cedió. Muy despacio, con teatralidad, como si yo realmente lo estuviera venciendo.

El corro rugió, las apuestas volaron por el aire y en cuestión de segundos mi mano estampó la suya contra la madera.

—¡El renacuajo lo ha tumbado! —gritaron, entre carcajadas y asombro.

Me levanté fingiendo un tambaleo debido a la excesiva fuerza que había empleado.

Duncan guiñó un ojo y se levantó conmigo, como si no hubiera pasado nada.

—Bien jugado, muchacho —tronó su voz, y los demás lo celebraron con palmadas sobre la mesa.

Yo apenas pude agradecerle con una mirada rápida.

Había ganado alguien que nadie esperaba.

Esa misma noche, cuando el mar estaba tranquilo y la cubierta sumida en la penumbra, un marinero vino a buscarme.

—El capitán te reclama. —No esperó respuesta, solo me empujó hacia la escalera que llevaba a los camarotes.

Mi corazón empezó de nuevo a golpear con fuerza errático.

Cuando llegué, Joe Fuller estaba sentado tras su escritorio, con la chaqueta abierta y una botella de ron medio vacía sobre la mesa. La lámpara de aceite iluminaba su rostro, resaltando la sombra de su mandíbula y esa mirada suya, intensa, que no admitía discusión.

—Cierra la puerta. —Su tono fue autoritario, sin rastro de la jovialidad con la que yo lo recordaba en Inglaterra.

Obedecí.

—Siéntate —volvió a ordenarme.

Lo hice, con las piernas tensas como cuerdas. Él me sirvió un vaso de ron y otro para sí mismo.

—Bebe.

El líquido quemó mi garganta, pero no rechisté.

—¿Va a decirme por qué me ha hecho llamar, capitán? —pregunté, impostando la voz grave.

Joe me sostuvo la mirada.

—Porque necesito ojos y oídos en este barco. —Se inclinó hacia mí, apoyando el codo en la mesa—. Hay hombres que podrían

rebelarse, que podrían traer problemas. Quiero que me informes de todo lo que veas.

Me quedé helada.

—¿Por qué yo? —pregunté sin esconder mi sorpresa.

Él rio por lo bajo.

—Porque eres diferente, Mat. Te noto observador, siempre callado, como si estuvieras estudiando cada movimiento del resto para adelantarte. Y eso me gusta.

Sentí un calor extraño en la piel. Su voz, su manera de pronunciar mi falso nombre, me provocaba una inquietud que nada tenía que ver con el miedo.

—¿Y si me niego? —me atreví a desafiarle.

Su sonrisa se torció.

—Entonces me veré obligado a pensar que me ocultas algo. —Sus ojos chispearon.

El silencio cayó entre nosotros. Mis ojos, traicioneros bajaron a sus labios. Estaban húmedos por el ron, y el ángulo de la luz los hacía parecer más carnosos, más apetitosos.

Lo vi tensarse. Lo sentí también. Esa atracción brutal que nos unía desde antes, desde Inglaterra.

Me incliné un poco, sin pensarlo, y él lo notó. Sus labios se entreabrieron, como si también quisiera.

Pero entonces, de pronto, Joe se incorporó de golpe, como si acabara de despertar de un hechizo.

—¡Fuera! —rugió, apartando el vaso de un manotazo.

Me quedé paralizada.

—Capitán, yo…

—¡He dicho fuera, maldita sea! —. Había rabia en su mirada, pero también algo más… algo que me cortó la respiración.

Me levanté de golpe, con las piernas temblorosas, y escapé del camarote. Cerré la puerta detrás de mí con un estruendo, el corazón latía desbocado.

Me apoyé contra la pared del pasillo, con la garganta seca.

Lo había deseado. Lo había querido besar.

Y él también.



Capítulo 12

El aire de la noche estaba siendo el más frío de todos los que recordaba. Caminé tambaleante por la cubierta, buscando un rincón oscuro donde mi respiración dejara de sonar como un redoble de tambores.

Me apoyé contra la baranda de madera, mirando el oleaje romperse contra el casco. El reflejo de la luna se deshacía en miles de fragmentos plateados, y yo deseé, por un instante, disolverme con ellos.

¿Qué demonios me pasa?

Había ido allí con un propósito: infiltrarme, cumplir una sueño. Cada paso que daba debía estar medido. Pero en ese camarote… frente a él… había olvidado todo. Su voz, su mirada, su cercanía… había deseado que me besara, y casi me atrevo a hacerlo.

—¿No deberías estar durmiendo, Mat? —La voz grave me sacó del trance.

Me giré y allí estaba Duncan Hargreaves, con una manta sobre los hombros y una expresión tranquila. Sus pasos pesados

hicieron crujir la cubierta al acercarse.

—No podía dormir —murmuré, bajando la vista.

Se apoyó junto a mí, en silencio. Su presencia ocupaba el espacio como un árbol enorme que te resguarda sin pedir nada a cambio.

—A veces el mar no deja dormir —dijo al fin, encogiéndose de hombros—. Demasiada agua bajo los pies, demasiado ruido en la cabeza.

Sonreí sin querer.

—Pues debo decirte que tú pareces esa clase de hombre que suele dormir bien.

Él soltó una carcajada baja.

—Yo ronco hasta de pie, muchacho. Pero cuando el estómago me gruñe, me despierto. —Me tendió un trozo de pan endurecido que había sacado de no sé dónde—. Anda, come algo.

Lo acepté, sorprendida por el gesto.

—Gracias, Duncan.

Él me observó mientras masticaba con dificultad el mendrugo. Sus ojos, pequeños pero cálidos, parecían leer más de lo que yo quería mostrar.

—Tienes cara de haber visto un fantasma —comentó.

El pan casi se me atraganta. Me limpié la boca con el dorso de la mano.

—Solo estoy cansada.

Él asintió, sin presionar.

—Cansado… —me corrigió—, y con algo más rondándote por dentro. —Su tono era suave, no acusador—. Escucha, Mat, sé que los demás te toman por un muchacho débil. Se ríen, te ponen a prueba. Pero yo veo otra cosa. Tienes más agallas de las que aparentas. A la vista está que siendo lo que eres te has atrevido a subir a este barco.

Sentí un nudo en la garganta. No podía decirle la verdad sobre Joe, pero esas palabras me calaron hondo.

—¿Por qué me dices eso? —pregunté casi en un susurro.

—Porque todos necesitamos a alguien que nos recuerde lo que valemos cuando se nos olvida —respondió, con la simpleza de quien dice que el cielo es azul.

No pude evitarlo: mis ojos se humedecieron. Giré la cara, rezando porque no lo notara.

Él, por suerte, fingió no ver nada.

—Anda, acaba ese pan. Mañana volverán a buscar excusas para reírse de ti, y más vale que tengas fuerzas para callarles la boca otra vez. —Me dio una palmada en el hombro, fuerte pero amistosa, que casi me desequilibró.

Sonreí, esta vez de verdad.

—Gracias, Duncan.

—Para eso estamos los camaradas —dijo, y se alejó hacia su hamaca con pasos lentos, como si fuera un gigante cansado.

Me quedé sola, mirando otra vez el mar, con el corazón un poco más tranquilo. Y por primera vez desde que había subido a ese barco, sentí que no estaba tan sola en esa locura.



Capítulo 13

—¡Tormenta al noroeste! ¡Se acerca deprisa!

Todos levantamos la vista al cielo, y lo que vi me heló la sangre. Una franja oscura, densa como tinta, avanzaba con violencia, tragándose el azul y apagando la luz del sol. Las gaviotas volaban en dirección contraria al barco, graznando con un desespero que parecía presagio de muerte.

El viento empezó a sacudir las velas, hinchándolas hasta hacer crujir las jarcias. El mar, antes inquieto, se levantó de golpe en olas altas, furiosas, que golpeaban el casco con un estrépito que hacía temblar hasta las tablas bajo mis pies.

—¡Todos a sus puestos! —rugió el capitán Joe Fuller, con su voz firme e imponente, que aun así se perdía entre el ulular del viento.

El barco se inclinó bruscamente hacia estribor, y los hombres corrían de un lado a otro, trepando por los cabos, intentando recoger velas que flameaban con un sonido desgarrador. Yo también

corrí, mi corazón latía con fuerza, las manos me resbalaban en las sogas húmedas.

Entonces ocurrió algo inesperado.

Escuché un golpe seco, un crujido aterrador, y vi cómo una de las vergas menores se soltaba con violencia. Joe intentó sujetar el cable, pero el mástil giró y lo golpeó de lleno en la sien. Su cuerpo cayó contra la cubierta con un estruendo sordo.

—¡El capitán! —gritó alguien.

Me paralicé. Por un instante, el tiempo se detuvo. Joe yacía inconsciente, la tormenta rugía alrededor, y el barco parecía a punto de ser engullido por el mar.

Si no hago algo ahora, nos vamos todos al fondo.

Tragué saliva y corrí hacia el centro de la cubierta.

—¡Escuchadme! —grité, con una voz que ni yo reconocí.

Algunos hombres se giraron hacia mí, empapados con los ojos desorbitados por el miedo. Otros seguían corriendo sin rumbo.

—¡Si no recogemos esas velas ahora, nos hundiremos en menos de una hora! ¡Vosotros dos! —señalé a Tom Cooper y a un marinero alto de cabello rojizo—. ¡Trepad y plegad la vela mayor antes de que el viento la arranque!

Me obedecieron sin pensarlo, subiendo como ratas por los cabos.

—¡Vosotros! —grité a un grupo que forcejeaba con un cabo enredado—. ¡No tiréis todos a la vez, id alternando! ¡Si no, se romperá!

Algunos me miraron con desconfianza. Uno de ellos, un bruto de cara surcada por cicatrices, escupió al suelo.

—¿Y quién demonios te crees tú para dar órdenes, renacuajo?

—¡Soy el único que piensa ahora mismo! —repliqué con rabia—. ¡Si no hacéis lo que os digo, todos moriremos aquí, y

entonces veré qué valen vuestras malditas risas!

El silencio fue breve, apenas un segundo, pero bastó. Duncan apareció a mi lado, sujetando una soga empapada, y asintió con firmeza.

—El muchacho tiene razón —tronó con su voz grave—. ¡Hacedle caso!

Eso bastó para que otros se movieran. Los hombres empezaron a obedecer, a correr de un lado a otro siguiendo mis órdenes improvisadas. Uno subía, otro tensaba, dos más aseguraban la escota. Yo no tenía la fuerza para mover una vela, pero tenía los ojos y la cabeza clara.

—¡Ahora, a babor! —grité—. ¡El viento viene de allí, si no corregimos el rumbo nos pondrá de costado! ¡Enderezad el timón!

El timonel me miró con duda, pero Duncan le lanzó una mirada que no admitía réplica. La rueda chirrió cuando giró, y el barco se estremeció como una bestia herida.

Las olas nos azotaban sin piedad, el agua me golpeaba el rostro, pero dentro de mí, contra todo pronóstico, había calma. Era como si cada instrucción me naciera sola, instintiva. Como si en ese instante, yo no fuera Matilda Langford disfrazada de muchacho, sino un verdadero marino al mando.

El tiempo se volvió confuso. No sé cuánto duró la tormenta, quizá minutos, quizá horas. Pero de pronto, las velas estaban aseguradas, el timón respondía, y aunque el mar seguía rugiendo, el barco resistía.

Me giré, jadeando, y vi a Joe en la cubierta, aún inconsciente, atendido por dos marineros. Mi corazón dio un vuelco al verlo en aquel estado.

Yo había tomado su lugar.

Y, contra toda lógica, los hombres me habían obedecido.

Cuando la tormenta cedió y el mar, aunque aún embravecido, permitió que los hombres respiraran de nuevo, vi al capitán Fuller

ponerse en pie. Tenía una venda que le rodeaba la cabeza, la camisa empapada y el gesto de piedra. Caminó firme por la cubierta como si nada pudiera quebrarlo.

Se detuvo frente a mí. Yo aún jadeaba, con las manos enrojecidas por las sogas, y el cabello chorreando bajo el sombrero. Lo miré de reojo, esperando… tal vez un reconocimiento.

—En mi barco nadie da órdenes excepto yo —dijo con voz grave, sin levantarla pero sonó dura.

Me quedé helada. Había salvado la situación, los hombres lo sabían… y aun así, él no iba a darme mérito alguno.

—Capitán… —balbuceé, pero él me cortó con un gesto seco.

—Si crees que tu ingenio te hace más listo que el resto, te equivocas. Aquí se obedece, no se improvisa ni se juega a ser capitán.

Sus ojos, oscuros y fríos, me atravesaban. Yo apreté los labios, tragué saliva y asentí. No podía delatarme, no podía titubear.

—Entendido, señor.

Él se inclinó un poco hacia mí, lo suficiente para que solo yo lo escuchara yo, y dijo:

—Esta noche, en mi camarote.

No era una invitación. Era una orden.



Capítulo 14

La puerta del camarote se cerró a mi espalda con un golpe seco. El sonido de la tormenta aún rugía tras los muros de madera, como un eco lejano que me recordaba lo cerca que habíamos estado de naufragar. Joe Fuller estaba allí, de pie, con el uniforme aún húmedo y pegado a su cuerpo, la camisa blanca abierta en el cuello, revelaba un trozo de piel bronceada que parecía arder incluso bajo la luz mortecina de la lámpara. No era el Joe bromista que yo conocía, ese joven algo descarado que solía arrancar sonrisas fáciles en los salones de la alta sociedad. No, este era un hombre endurecido, con la mirada acerada y los labios apretados en una línea que me estremeció más que la propia tormenta.

—Siéntate, Mat —ordenó, con voz baja, grave, cargada de esa autoridad que hacía que los marineros se cuadraran sin replicar.

Obedecí, aunque el corazón me golpeaba con fuerza en el interior de mi cuerpo. Me hundí en la silla frente a su mesa, consciente de que mis manos temblaban, y para disimularlo me las llevé a las rodillas. El capitán cogió una botella de ron, la descorchó

de un tirón y vertió el líquido en dos vasos. El líquido ambarino brilló como fuego bajo la luz, y cuando me tendió el mío, sus dedos rozaron los míos apenas un instante. Sentí aquel contacto como si me hubiera quemado.

Él no apartó la vista. Yo tampoco.

Bebí para ocultar el temblor de mi respiración. El ron ardió en mi garganta, pero no fue nada comparado con el incendio que me provocaba su cercanía. Me miraba de un modo extraño, como si quisiera arrancar de mí un secreto, como si mi disfraz no fuera más que un juego infantil a punto de descubrirse.

—Tienes lengua rápida, Mat —dijo, inclinándose sobre la mesa. El vaso en su mano descansó apenas a centímetros del mío—. Y ojos demasiado despiertos para alguien que dice ser un simple polizón con sueños de navegar en este barco.

Intenté sostener su mirada, aunque mis pensamientos estaban desbocados. Ese brillo en sus ojos… ¿era desconfianza? ¿O deseo? No podía estar segura, pero me asaltó un miedo nuevo: que descubriera quién era yo no por mis palabras, sino por lo que revelaban mis labios, mis mejillas encendidas, la forma en que me devoraba con los ojos.

Me mordí el labio inferior sin darme cuenta. Error. Vi cómo sus pupilas se dilataban, cómo su mandíbula se tensaba, y de pronto fue él quien desvió la mirada, como si luchara consigo mismo.

—¿Por qué yo? —me atreví a preguntar, y mi voz salió más suave de lo que pretendía—. ¿Por qué me haces llamar aquí?

Sus labios se curvaron en una sonrisa amarga. Se incorporó un poco más, rodeándome con su sombra. Podía oler la sal en su piel, el ron en su aliento, la fuerza en cada músculo de su cuerpo.

—Porque necesito ojos que vean más de lo que aparentan. Y tú… —se detuvo, como si pensara cada palabra— tú me recuerdas demasiado a alguien de quien no logro acordarme.

Me quedé helada. El silencio entre nosotros era tan denso que podía cortarse. Y sin embargo, mi mirada se fue, traidora, hacia

su boca. La línea firme de sus labios, la manera en que se humedecieron apenas un instante antes de que él se inclinara aún más sobre mí. Lo deseaba. ¡Dios, lo deseaba con una intensidad que me partía en dos!

Él también lo sintió. Lo vi en la forma en que contuvo el aire, en cómo sus dedos se crisparon sobre la mesa, a escasos centímetros de los míos. Bastaba un movimiento, un gesto mínimo, y nuestros labios se habrían encontrado.

Pero entonces, como si se odiara por siquiera considerarlo, se apartó de golpe. El vaso se volcó con el movimiento brusco y el ron se derramó sobre los mapas extendidos.

—¡Maldita sea! —gruñó, dándose la vuelta de espaldas a mí. Su voz sonaba rota, cargada de una rabia que no entendí hasta que lo vi llevarse la mano al rostro, como si quisiera arrancarse el deseo de encima—. Lárgate, Mat.

Me quedé helada en la silla. ¿Acababa de rechazarme? ¿O de salvarme?

—Capitán… yo… —intenté hablar, pero su voz me cortó de inmediato.

—¡He dicho que te marches!

Me levanté de golpe, tambaleándome, y crucé el camarote como si huyera de un incendio. Mis mejillas ardían, mi respiración era un caos, y cuando crucé el umbral apenas podía pensar. Cerré la puerta tras de mí, apoyé la espalda en la madera y me llevé una mano al pecho, como si pudiera contener el huracán que Joe Fuller había desatado en mí.

Nunca había estado tan cerca de perderme. Ni de encontrarme.



Capítulo 15

El amanecer llegó pesado y oscuro, como si el cielo no hubiera descansado en toda la noche. El mar desprendía un olor extraño; las velas, todavía húmedas por la tormenta anterior, colgaban pesadas, casi vencidas. Matilda —o *Mat*, como todos la conocían a bordo— subió a cubierta con los músculos doloridos y la garganta áspera por el salitre. El aire le parecía denso, cargado de una amenaza extraña.

El vigía, un hombre huesudo con la voz cascada por el ron, rompió el silencio con un grito que heló a todos.

—¡Botes a babor! —señaló con el catalejo, la mano le temblaba visiblemente—. ¡Seis! ¡Seis botes vienen hacia nosotros!

Los marineros interrumpieron sus tareas. Algunos dejaron caer sogas, otros se santiguaron a toda prisa. Matilda corrió hacia la popa, entre empujones, hasta que sus ojos distinguieron lo que el vigía había visto: seis embarcaciones bajas, deslizándose sobre las olas con una rapidez inquietante. Las luces que titilaban en sus proas eran francesas. Nadie lo dudaba.

El estómago de Matilda se encogió. Algo no cuadraba.

¿Cómo habían llegado tan cerca sin que nadie los divisara antes?

Duncan apareció a su lado, ese gigante de brazos fuertes y sonrisa inquietante que tantas veces la había salvado de las burlas. Pero ahora no sonreía. Su rostro tenía un rictus extraño, casi sereno, como si ya supiera lo que iba a ocurrir.

Matilda lo miró de reojo, con el corazón acelerado.

—¿Qué demonios…? —murmuró.

Duncan no respondió. Ni siquiera fingió sorpresa. Se limitó a escupir al mar, como quien acepta una partida perdida.

Matilda lo agarró del brazo con brusquedad.

—¿Quiénes son?

—Franceses —dijo él, sin titubeo.

—Eso ya lo sé. —Sus ojos se clavaron en los suyos, intentando atravesar aquella máscara de calma forzada—. ¿Por qué no pareces sorprendido?

Duncan alzó la vista hacia los botes. Luego volvió a mirarla.

—No te preocupes, chaval. Si haces lo que te digo, saldrás con vida.

Aquella frase le perforó el pecho como un arpón. Lo soltó de golpe.

—¿Qué has hecho?

Duncan respiró hondo, sus labios se apretaron en una línea dura.

—Lo que tenía que hacer para no acabar en el fondo del mar —susurró lo suficiente para que lo escuchase débilmente por encima del rugido de las olas.

Matilda quiso gritar, golpearle, denunciarle allí mismo. Pero antes de que pudiera reaccionar, uno de los franceses gritó algo en su lengua. El viento arrastró las palabras hasta ella con claridad escalofriante:

—Hundidlo con todos dentro. ¡Que no quede nadie vivo!

El mundo se le tambaleó bajo los pies. La sangre se le heló en las venas. *No era un abordaje para robarles. Era una ejecución.*

Duncan debió leer el pánico en su rostro, porque se inclinó hacia ella.

—Escúchame bien, Mat. Si me delatas, mueres con ellos. Si finges que estás conmigo, puede que vivas.

Matilda tragó saliva, luchando contra el temblor en sus manos. Su primer impulso fue correr hacia el camarote del capitán Joe Fuller, alertar a los marineros que estaban siendo atacados desde dentro, levantar un grito de guerra. Pero entonces se dio cuenta: Duncan la delataría como mujer, y eso sería su fin inmediato. Porque ya nadie la escucharía.

Respiró hondo. Cerró los puños.
No era la primera vez que mentía. Y empezaba a sospechar que era mejor en ello de lo que había querido admitir jamás.

Alzó la barbilla, y con un tono de voz firme, casi convincente, dijo:

—De acuerdo, Duncan. Estoy contigo.

Él la observó en silencio, como un lobo evaluando si su presa decía la verdad. Al final, asintió satisfecho.

—Buena elección.

Pero por dentro, Matilda ardía.



Capítulo 16

El cielo se oscureció aún más, como si quisiera sumarse a la traición que acababa de escuchar. Los seis botes se acercaban, cortando las olas. Desde cubierta, los marineros gritaban órdenes, algunos corrían a preparar cañones, otros se limitaban a maldecir. Joe Fuller apareció en la cubierta, su silueta seguía erguida, la chaqueta roja de capitán se ondeaba con el viento. Su voz retumbó como un trueno.

—¡A sus posiciones! ¡Que nadie abandone su puesto!

Matilda sintió un vuelco en el estómago. Él no sabía. Ni sospechaba que la verdadera amenaza no venía solo del mar, sino desde el interior del propio barco. Duncan, a su lado, se inclinó hacia ella con una calma que la sacaba de quicio.

—Abran fuego antes de que puedan reaccionar —dijo él con naturalidad—. Lo mejor es no esperar.

Matilda lo fulminó con la mirada.
—¿Y qué estás esperando? ¿por qué no terminas de dar la orden?

Duncan le clavó sus ojos serenos, y bajó la voz.

—Solo espero que estén más cerca para asegurarme. Y no vuelvas a atreverte a dirigirte a mí o te arrepentirás. Te libras por la situación que estamos viviendo, de otra manera estarías detenido en las bodegas.

Matilda apretó los dientes. Si supiera… Si supiera que aquel hombre que tenía frente a él era en realidad Matilda Langford, una mujer disfrazada, ¿seguiría hablándole así?

El estrépito de un cañonazo lejano la devolvió a la realidad. Los franceses habían disparado. El agua salpicó en la cubierta cuando una bala de cañón cayó a unos metros del casco. Joe Fuller rugió, autoritario.

—¡Preparen las piezas! ¡Carguen pólvora, ahora!

El barco entero se llenó de movimiento. El choque de metales, el olor a pólvora, las voces de los marineros que obedecían a su capitán. Duncan se inclinó hacia Matilda e hizo sonar su voz en palabras un susurro cargadas de peligro en medio de aquel caos.

—Si quieres seguir vivo, haz lo que yo te diga cuando llegue el momento.

Matilda tragó saliva, intentando controlar el temblor de su respiración. Fingió asentir, con una mueca de aparente complicidad.

—Lo haré.

En su interior, la decisión ya estaba tomada: haría el papel que Duncan esperaba de ella, lo justo para sobrevivir… y luego lo aplastaría.

Un muchacho joven, casi un niño, pasó corriendo con la mecha en alto. Matilda lo detuvo del brazo.

—¿Cómo te llamas?

—William, señor —respondió, con los ojos bien abiertos por miedo.

Matilda apretó su hombro con firmeza, intentando darle seguridad que ella misma no tenía.

—Mantén la calma, William. Haz lo que dice el capitán y todo saldrá bien.

Él asintió y siguió corriendo. Matilda se quedó observando cómo la tripulación se preparaba, mientras los franceses se acercaban más y más. El aire era tan denso que casi podía morderse.

Duncan se cruzó de brazos, como si fuera un espectador privilegiado.

—Tienes madera, muchacho. Tal vez no seas tan inútil después de todo.

Matilda fingió una media sonrisa, pero por dentro hervía. *Sí, tengo madera. Y sabrás de qué cuando descubras de lo que soy capaz.*

El segundo cañonazo francés sacudió la cubierta. Los hombres gritaron. El barco se estremeció como un animal herido. Joe Fuller desenvainó su sable y señaló hacia los botes.

—¡Hoy no caeremos, maldita sea! ¡A cubierto y fuego a discreción!

La batalla estaba a punto de comenzar, y Matilda entendió que en esa cubierta se estaban jugando la vida del barco entero.

El rugido del cañón francés retumbó tan cerca que sentí el suelo levantarse bajo mis pies. El aire se llenó de humo y astillas de madera que cortaban la piel como cuchillas diminutas. El *Resolute* —ese era el nombre del navío que me había robado la paz— crujió con un gemido grave, como si toda su armazón supiera lo que estaba a punto de ocurrir.

—¡Al abordaje! —gritaron voces extranjeras desde los botes, justo antes de que los garfios de hierro se clavaran en nuestra borda.

El caos estalló de golpe. Hombres armados con sables y mosquetes saltaron sobre la cubierta como una plaga de langostas. El olor de la pólvora quemada me llenó los pulmones, mezclado con

sudor y sangre. Todo era confusión: choques de acero, gritos de dolor, órdenes gritadas por encima del fragor de la batalla.

Duncan estaba a mi lado, sereno como siempre, con esa calma que solo podía provenir de alguien que ya lo tenía todo planeado.

—Mantente cerca de mí, Mat. No hay necesidad de arriesgarse inútilmente —dijo, desenfundando su cuchillo.

Lo miré, fingiendo esa obediencia que él esperaba de mí. Pero en mi interior, algo ardía. No iba a ser un peón de su juego.

De pronto, un francés corpulento me embistió con un sable en alto. Apenas tuve tiempo de reaccionar; levanté mi brazo instintivamente y recibí el golpe en la tela de mi manga, la que se desgarró en diagonal. El acero me rozó la piel, dejándome una línea ardiente.

—¡Vamos, muchacho! —rugió Joe Fuller, apareciendo como un relámpago a mi derecha. Su sable brilló en el aire y apartó al enemigo de un tajo limpio. Sus ojos se clavaron en mí, llenos de fuego y autoridad—. ¡No te quedes quieto, pelea!

Asentí con torpeza, tragándome el temblor. No podía dejar que me descubriera ahora. No podía dejar que mi debilidad femenina saliera a la luz en medio de aquella carnicería.

El estrépito de los cañonazos seguía, cada vez más cerca, y la cubierta se teñía de rojo. Duncan aprovechó la confusión para arrimarse de nuevo a mí, bajando la voz entre los gritos.

—Es ahora cuando debes elegir, Mat. Con ellos morirás, conmigo vivirás.

Me miró con esa seguridad venenosa, como si la decisión estuviera ya tomada.

Lo observé, y de pronto lo entendí todo. No era la primera vez que mentía; había engañado a Richardson, había engañado al propio Joe, me había engañado incluso a mí misma. Mentir era lo

único que me estaba manteniendo con vida. Y si tenía que usar ese arma contra Duncan, lo haría sin temblar.

Me forcé a asentir, con un gesto rápido.

—De acuerdo. Estoy contigo.

Él sonrió, satisfecho.

—Así me gusta.

Pero en cuanto apartó la vista, mis ojos buscaron al capitán. Joe Fuller luchaba como un demonio, sable en mano, la chaqueta la tenía toda desgarrada y la camisa manchada de sudor. Se movía con furia, con esa entrega que lo hacía parecer un hombre completamente distinto al que conocí en Londres. Y, contra mi voluntad, mi corazón se apretó de una manera que nada tenía que ver con el miedo.

Un marinero cayó a mis pies, sangrando. Lo agarré de los hombros.

—¡Resiste! —grité, aunque no sabía si me escuchaba.

Otro francés saltó hacia mí, y antes de que pudiera reaccionar, alguien me apartó de un empujón. Era William, el grumete. Su rostro estaba pálido, pero la determinación lo hacía parecer más alto.

—¡Cuidado, Mat!

El enemigo lo golpeó con el mango del mosquete, derribándolo. Sin pensar, tomé el cuchillo que llevaba oculto en la bota y me lancé sobre el francés. No recuerdo bien cómo lo hice; solo recuerdo la sangre caliente en mis manos y el jadeo que se me escapó al ver al hombre caer.

Duncan volvió a mirarme, esta vez con una mezcla de sorpresa y deleite.

—Tienes agallas, chaval. Te servirá cuando todo esto acabe.

Pero yo ya había tomado mi decisión. Fingiría. Fingiría hasta el último segundo, hasta que se diera la orden de hundirnos. Y

entonces, jugaría mi carta.

El choque de aceros seguía retumbando a mi alrededor. El mar rugía contra el casco, el humo cubría el cielo como una manta negra. Y en medio de ese infierno, comprendí que mi papel había cambiado: ya no era Matilda Langford disfrazada de grumete, ni siquiera Mat Grundig. Era algo más peligroso. Era una mujer con un secreto y un plan que llevar a cabo.

Y el momento de revelarlo llegaría antes de lo que nadie esperaba.

La cubierta del *Resolute* parecía un cementerio de hombres exhaustos. Yo caminaba entre ellos con el corazón encogido, sabiendo que tenía poco tiempo antes de que todo se derrumbara.

Había visto demasiado: las conversaciones de Duncan con los franceses, las órdenes claras de hundirnos cuando estuviéramos cerca de la costa. Y aunque había fingido aceptar su protección, por dentro hervía. No iba a dejar que nos mataran a todos.

Lo busqué con la mirada. El capitán Fuller estaba de pie junto al timón, su silueta recortada contra la bruma de la madrugada. La chaqueta le ondeaba con el viento, manchada de sangre seca. Estaba serio, el hombre que jamás pensé que sería cuando lo conocí en Londres. Y aun así, cuando nuestros ojos se cruzaron, sentí ese estremecimiento ridículo en el estómago.

Reuní valor y avancé.

—Capitán… —mi voz se quebró. Tragué saliva y hablé más bajo, para que nadie más escuchara—. Necesito hablar con usted. Es urgente.

Él me miró con desconfianza, como si ya supiera que algo no encajaba.

¿Qué pasa ahora, Grundig? —preguntó, seco—. Como ves no tengo tiempo, todavía tenemos franceses que tratan de hundirnos.

Respiré hondo.

—Es Duncan. No es quien cree. Ha estado hablando con los franceses… planean hundirnos, capitán. ¡Van a hundirnos con todos los hombres a bordo!

El silencio que siguió me heló la sangre. Joe me sostuvo la mirada por bastante rato, con esa intensidad que parecía atravesar hasta los huesos. Y luego, se rio sin humor.

—Claro. ¿Y debo creerte? ¿A ti?

Sentí un puñetazo en el pecho.

—Le digo la verdad. Lo escuché con mis propios oídos.

Él dio un paso hacia mí, y bajó la voz.

—Lo he visto, Mat. Siempre andas con Duncan. Comiendo con él, riendo con él, cubriéndoos en cada prueba. Para mí eres igual que él: un rebelde.

Me quedé sin aire.

—No… no es así.

—Entonces dime —me retó, inclinándose tanto que pude sentir el calor de su aliento—: ¿por qué debería confiar en ti y no en mis propios hombres?

Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. ¿Qué podía decir? ¿Que en realidad era Matilda Langford y que todo era un disfraz? No. Eso sería mi fin.

—Porque… —intenté— porque no quiero morir aquí.

Sus ojos chispearon, furiosos.

—Nadie quiere morir en el mar, muchacho.

Se dio media vuelta bruscamente, como si mi presencia le resultara insoportable.

—Regresa a tus deberes. No me hagas perder el tiempo con tus cuentos.

Me quedé allí, de pie, paralizada, mientras mi corazón se rompía en silencio. Quería gritarle quién era en realidad, quería

sacudirlo y obligarlo a creerme. Pero no podía.

Detrás de mí, escuché la voz de Duncan, grave y complacida.

—¿Qué quería el capitán de ti, Mat? —preguntó acercándose a mí.

Me forcé a sonreír también, aunque por dentro me estaba desmoronando.

—Nada. Solo darme otra de sus charlas.

Él me dio una palmada en el hombro, satisfecho.

—Ya te dije que conmigo estarías a salvo. No olvides de qué lado estás cuando llegue el momento.

Lo miré, fingiendo lealtad.
Pero en mi interior, solo una frase retumbaba una y otra vez: *Joe Fuller no me cree. Y si no lo convenzo a tiempo, moriremos todos.*



Capítulo 17

Los franceses ya habían tomado posiciones cerca del casco, y los hombres a bordo estaban tensos, listos para obedecer, pero al borde del pánico. Yo corría de un lado a otro, intentando gritar instrucciones, pero Joe Fuller no me escuchaba. Su mirada estaba fija en mí, dura, desconfiada, como si cada palabra que dijera fuera una mentira.

—¡Capitán! —grité, con la voz desgarrada por el esfuerzo—. ¡Debe hacerme caso! ¡Si no hacemos algo ahora, este barco se hunde y morirán todos!

Él frunció el ceño y cruzó los brazos.
—¡Basta, Grundig! —rugió—. No me vengas con cuentos. No hay tiempo para tus fantasías ni para que me grites órdenes.

Mi corazón se aceleró. Lo que me había costado fingir, ahora se me escapaba de las manos. Los hombres miraban expectantes, y yo sabía que cualquier retraso podía ser fatal. Mi mente giraba a toda velocidad. No podía permitirme más dudas.

—¡No es una fantasía! —exclamé, adelantándome—. ¡Soy Matilda Langford! ¡Y estoy diciendo la verdad! —mi voz temblaba, pero cada palabra llevaba el peso de mi vida y la de todos los que estaban a bordo—. ¡Duncan planea entregarnos a los franceses! ¡Usted debe detenerlo ahora!

Un silencio cortante me envolvió. Las olas golpeaban el casco como si la guerra ya hubiese llegado, y los hombres contenían la respiración. Joe Fuller me miró, incrédulo, y en su rostro se dibujó una mezcla de furia, sorpresa y… desconcierto.

—¿Qué…? —balbuceó—. ¿Matilda… Langford?

Asentí, sin poder retroceder ni una pulgada.

—Sí, soy yo. Pero ahora no es momento de discutir sobre quién soy. Cada segundo cuenta. ¡Si no actuamos, nos hundirán y nos matarán!

Él dio un paso hacia mí, con la mandíbula apretada y los ojos llenos de intensidad. Yo podía ver cómo luchaba contra su incredulidad, contra la sorpresa, y cómo cada fibra de su cuerpo se tensaba intentando mantener el control.

—¿Estás segura? —preguntó, con un hilo de voz grave que casi no reconocí como suyo.

—Más que nunca —respondí, y por un instante, nuestro mundo se redujo a la cubierta, al viento, al peligro que nos rodeaba—. Si no confías en mí, todos moriremos, incluido tú, Joe.

El capitán Fuller tragó saliva, y en ese instante lo vi: la decisión pendía de un hilo. Miró a Duncan, que estaba algo más alejado, confiado en que su plan no había sido descubierto. Luego me miró a mí, con una mezcla de rabia y respeto creciente.

—Muy bien… Langford —dijo, con la voz más firme que antes—. Hazlo bien. Me harás ganar mi confianza… o nos hundiremos.

Mi pecho se aligeró un poco, pero sabía que esto era solo el inicio. Ahora todos sabían quién era. No había vuelta atrás.

—¡Escuchen todos! —grité, tomando la voz que debía imponer autoridad—. ¡Duncan es un traidor! ¡Debemos detenerlo ahora mismo!

Los hombres me miraron con sorpresa, pero algunos reconocieron mi determinación y empezaron a actuar. Joe Fuller, por su parte, me lanzó una mirada que decía más de lo que las palabras podían expresar: sorpresa, admiración… y algo que yo nunca había esperado sentir en cubierta: atracción y respeto hacia la mujer que acababa de revelar su verdad ante todos, poniendo su vida en juego.

El caos seguía a nuestro alrededor, pero por primera vez, sentí que tenía el control, que había elegido el camino correcto, y que, aunque peligrosa, había logrado que el capitán y la tripulación me escucharan.



Capítulo 18

El clamor del viento y el crujido de la madera eran un preludio del combate que se avecinaba. Los franceses no habían tenido tiempo de reaccionar a mi grito de advertencia. Algunos ya estaban abordo ocultados por Duncan, que se habían atrincherado en la bodega, creyendo que nadie sospechaba de ellos. Pero yo los había visto.

—Capitán, debemos atraparlos antes de que intenten incendiar la pólvora —le susurré a Fuller, con el corazón en la garganta.

Él asintió, con el rostro endurecido como el hierro.

—Matilda, no puedo dejarte que hagas nada, eres una mujer.

—No empecemos con eso Joe, no creo que pueda sostenerse ese discurso después de verme en este barco.

Vi a Joe maldecir entre dientes.

—Entonces veamos de qué eres capaz, Langford.

Un grupo de hombres se adelantó, armados con sogas, cuchillos y lo primero que encontraron. Bajamos a la bodega, el aire

viciado olía a sal y pólvora, la oscuridad solo rota por la luz temblorosa que se colaba por pequeños orificios situados en el techo. El silencio era pesado, hasta que una voz francesa rugió:

—¡A por ellos!

El choque fue brutal, breve y despiadado. El retumbar de golpes, los gritos ahogados y el estruendo de madera rota llenaron el espacio. Yo apenas tuve tiempo de apartar un brazo enemigo que intentaba asestarme una estocada; uno de los marineros ingleses lo redujo por detrás. No era una lucha ordenada, sino un caos donde la desesperación rugía.

En cuestión de minutos, los franceses fueron derribados. Los pocos que intentaron resistir fueron golpeados contra el suelo, maniatados con sogas y arrastrados hacia cubierta. El aire olía a sudor y sangre, pero la amenaza estaba sofocada.

Arriba, el verdadero enfrentamiento aguardaba. Duncan, atado, pero erguido y con los brazos cruzados por detrás de su espada, nos esperaba como si la cubierta fuera su trono.

—Sabía que lo descubrirías, Joe —dijo con sorna, escupiéndole al suelo frente a los pies—. Pero no pensé que una mujer fuera quien te abriera los ojos.

La mirada de Fuller ardía de rabia. Caminó hacia él con pasos firmes, como un depredador al acecho. Yo lo seguí, con el estómago encogido, sintiendo que todo pendía de un hilo.

—Te equivocas, Duncan —replicó el capitán con voz ronca y gélida—. No solo es una mujer quien me abrió los ojos, es un marinero más capaz e inteligente que cualquiera de los que estamos aquí, incluido tú.

El traidor forcejeó para deshacerse el nudo que apretaba sus manos, y Joe Fuller ardiendo de rabia por haber acabado con varios de los hombres que navegaban en su barco, sacó un cuchillo de su cinturón y lo acercó a la garganta de Duncan.

—¡No! —grité, instintivamente, temiendo por la vida del hombre que hasta hacía poco había sido mi único aliado.

Joe giró la cabeza hacia mí, y vi un destello de fuego en sus ojos, un brillo de lucha interna. Luego empujó a Duncan al suelo con desprecio.

—Llévenselo a las celdas —ordenó a los marineros—. Que sienta la humedad de la bodega antes de que se enfrente a la justicia.

Cuando todo acabó, me quedé de pie, temblando, con la ropa pegada al cuerpo por el sudor y la humedad, incapaz de sostenerle la mirada al capitán. Había visto mi mentira desnudada, mi identidad expuesta, y lo peor: había visto que mi palabra apenas había bastado para salvarlos. Bajé la cabeza, avergonzada, mientras él me observaba en silencio, con un gesto impenetrable.

Horas después, cuando la calma regresó y los prisioneros estaban asegurados, Joe Fuller me llamó a su camarote. Su voz fue seca, firme, sin lugar a matices.

—Langford… —pronunció mi apellido como si le pesara en los labios—. Regresaremos a Londres. Te dejaré en tierra.

No hubo reproches, no hubo preguntas. Solo esa orden inamovible. Yo asentí, incapaz de responder, y salí con el corazón desgarrado.

Cuatro días siguieron de travesía, interminables. El barco surcaba las aguas saladas con un silencio que me oprimía el pecho. Él no me dirigió la palabra ni una sola vez, ni siquiera una mirada. Pasaba junto a mí como si fuera invisible, sus pasos resonaban como golpes de martillo en mi conciencia.

Yo apenas podía dormir, atormentada por la angustia de haberlo decepcionado, por la rabia que lo devoraba, y por ese deseo imposible que me consumía cada vez que recordaba el instante en que casi nos habíamos besado.

El mar se extendía infinito, pero en el espacio reducido de aquel barco yo sentía que estábamos más lejos que nunca.



Capítulo 19

Pasaron cuatro días. Cuatro eternos días en los que apenas me atreví a salir de la pequeña estancia que me habían asignado después de que todo estallara. Comía lo justo, hablaba lo mínimo con los marineros y evitaba a toda costa encontrarme con él.

El capitán Joe Fuller. El hombre al que había engañado, confundido y que, sin embargo parecía dominar mi vida.

No podía soportar su mirada. La primera vez que intenté cruzarme con él en cubierta, noté cómo sus ojos azules me atravesaban con un desprecio que jamás había sentido antes. Giré en redondo y me escondí. Y así lo hice hasta el último día de travesía.

Los hombres me miraban de reojo, algunos con curiosidad, otros con desdén. Duncan había sido reducido, la amenaza sofocada, pero mi mentira seguía estando allí, como un mal augurio sobre mí. Nadie se atrevía a preguntarme nada. Y yo tampoco tenía respuestas.

El viento golpeaba las velas, el mar rugía y yo permanecía encogida en silencio, sabiendo que pronto volvería a pisar tierra firme… pero con la certeza de que nunca volvería a ser la misma Matilda Langford que había subido a ese barco.

El amanecer en el puerto de Londres me recibió con un olor espeso a salitre y carbón. El barco crujió al atracar, y los marineros se apresuraron a soltar cabos y preparar la descarga. Yo me quedé en la cubierta, apretando los puños, mirando al muelle que se extendía delante de mí como si fuese un mundo completamente distinto al que había dejado atrás hacía apenas unas semanas.

Joe Fuller apareció a mi lado sin que me diera tiempo a huir. Vestía aún con su chaqueta roja de capitán, el rostro endurecido, la mandíbula tensa. Ni una sola palabra salió de sus labios.

Descendimos por la pasarela juntos, aunque un abismo se abría entre nosotros. Yo con la cabeza gacha, temiendo cada mirada, cada murmullo, cada paso que me acercaba de nuevo a casa.

El bullicio del puerto era ensordecedor: carretas cargadas de barriles, pescadores gritando precios, estibadores sudorosos que empujaban cajas y sacos. El suelo estaba húmedo y resbaladizo, y el olor a pescado se mezclaba con el humo del carbón.

Caminamos hasta que el gentío comenzó a dispersarse. Entonces, al fin, él se detuvo.
Sentí su sombra alzarse sobre mí.

—Regresaremos pronto a Londres —dijo al fin, con voz seca, sin mirarme—. Allí te dejaré en tierra.

No añadió nada más. No hubo reproches, ni preguntas, ni siquiera una mirada. Y aquello dolió más que cualquier insulto o castigo.

Asentí en silencio, incapaz de replicar, incapaz de pedir perdón otra vez. Me limité a seguir caminando tras él, tragándome el

nudo que me quemaba la garganta.

Cuatro días de silencio. Cuatro días de rabia contenida. Y ahora, con cada paso que me alejaba del barco, sentía que el suelo se abría bajo mis pies, preparado para engullirme.

Porque había revelado demasiado. Porque había sentido demasiado. Y porque el capitán Joe Fuller… ya no era solo el hombre al que había engañado. Era el hombre que había conseguido desarmarme.

Y en ese momento, sin saberlo aún, el destino me aguardaba con un golpe mucho más devastador: el que cambiaría no solo mi vida, sino también la de toda mi familia.

Entonces en mitad de la calle, Joe se giró y me miró a los ojos.

—Si hubiera imaginado que eras tú todo este tiempo… ¡maldita seas, Langford! —Joe Fuller escupió mi apellido como si le quemara la lengua—. Has jugado conmigo cuanto has querido. Espero que te resultara divertido. También espero que tu mente malvada haya tenido suficiente para el resto de su vida. Porque jamás volverás a poner un pie en ese barco.

Me quedé helada. Su voz era filo puro, y sus ojos me atravesaban con un desprecio que jamás había visto en nadie. Ni siquiera en mi padre cuando descubría alguna de mis travesuras infantiles. Aquello era odio. Odio de verdad.

Tragué saliva, sin poder moverme, sin atreverme a decir palabra. Su furia era tan grande que incluso el bullicio del puerto me pareció desvanecerse a mi alrededor.

Él se apartó de mí con un ademán brusco, como si el simple hecho de compartir el mismo aire fuese insoportable. Me dio la espalda, subió a su carro y desapareció sin mirar atrás.

Mis rodillas temblaron. Si no hubiera estado rodeada de marineros y carretas, me habría dejado caer allí mismo, sobre los tablones húmedos del muelle. Pero no. No podía mostrar debilidad. No podía allí.

Respiré hondo y empecé a caminar.

Cada paso fue un suplicio. Los transeúntes me miraban de reojo, como si supieran que no encajaba, que algo en mí estaba fuera de lugar.

Me tomó horas llegar a la casa Langford. Horas en las que no dejé de pensar en su rostro. En cómo me había mirado. En cómo había escupido mi apellido.

Y cuando, por fin, la familiar fachada apareció ante mis ojos, el corazón me golpeó con fuerza. No sabía si sentía alivio o pánico.

Las luces estaban encendidas. Demasiadas. El sonido de voces me llegó desde dentro, entrecortado, apremiante.

Abrí la puerta sin anunciarme y lo primero que escuché fue el grito de mi hermana Cecilia:

—¡Matilda! —su voz quebrada resonó como un disparo—. ¡Dios bendito, dónde estabas!

En un segundo tuve a toda mi familia alrededor. Brook con el ceño fruncido, Julian dando pasos largos de un lado a otro, Edward golpeando con el puño el marco de la chimenea, nuestra cocinera Isabel llorando en un rincón con un pañuelo hecho trizas entre las manos.

Todos hablaban a la vez. Todos querían respuestas.

Yo… no tenía ninguna.



Capítulo 20

Sentí el calor del hogar envolviéndome, el contraste con el frío del puerto aún pegado a mi piel. Y por primera vez desde que todo empezó, deseé poder borrar el pasado, volver a ser la muchacha que se sentaba a leer en su cuarto, lejos de tormentas, espías y capitanes que odiaban hasta mi sombra.

—Estoy aquí —fue lo único que acerté a decir, con voz ronca, y apenas lo suficiente alta para asemejarse a un murmullo.

Y en aquel instante comprendí que lo peor no había pasado todavía.

El aire en el vestíbulo era como si la tormenta se hubiera colado dentro de aquellas paredes. Apenas crucé el umbral, las miradas me atravesaron. Vi los rostros tensos de mis hermanos, los ojos rojos y la furia en Julian. Pero fue la figura de mi padre la que me heló. Alto, imponente, con los brazos cruzados sobre el pecho, aguardaba en silencio.

Di un paso, y luego otro. Mis botas resonaron demasiado fuerte contra el mármol. El sombrero que llevaba calado hasta las

cejas parecía pesarme una tonelada.

—Matilda —la voz de mi padre fue grave, serena, pero más temible que un grito—. Acércate.

Obedecí. El temblor en mis manos se volvió imposible de ocultar. Cuando estuve frente a él, alzó su brazo y, sin decir palabra, me quitó el sombrero de un tirón.

Un silencio denso cayó sobre todos. Mi melena ya no existía. Apenas unos mechones rebeldes, desiguales, caían sobre mi frente. El rostro de Brook palideció; Edward ahogó un juramento.

No había marcha atrás.

—Yo… —mi voz se quebró al instante, y las lágrimas me nublaron la vista—. Yo solo quería… ¡perdón, padre!

Caí de rodillas ante él, sin importarme la dignidad ni el decoro.

—Tenía que hacerlo —continué, entre sollozos—. Tenía que sentirlo por mí misma. Tenía que comprobar que ese no era un mundo para jovencitas inexpertas. No bastaba con que me lo repitierais todos los días, no bastaba con escuchar advertencias… yo necesitaba vivirlo. ¡Necesitaba verlo con mis propios ojos!

Mi padre no se movió. Su sombra me cubría entera.

—Me disfracé, me hice pasar por un muchacho —la confesión salió atropellada, incontenible—. Subí a un barco, viví entre marineros, dormí en hamacas, trabajé como ellos… sufrí como ellos. Y ahora sé. Sé que no pertenezco a ese mundo. Pero también sé que… —mi garganta se cerró un instante— que no me arrepiento de haberlo intentado.

Julian dio un paso hacia mí, con sus manos crispadas a los costados.

—¿Has perdido la razón, Matilda? —su voz vibró con indignación—. ¿Sabes lo que podía haberte pasado?

—¡Lo sé! —grité, levantando la vista empapada de lágrimas—. Sé que pude haber muerto. Sé que pude haber sido

descubierta, ridiculizada, incluso… —me mordí el labio—. Pero también sé que salí con vida.

Mi padre, al fin, se inclinó ligeramente hacia mí. Su rostro era severo, duro como tallado en piedra.

—Y, dime, hija —su voz bajó, y empezó lento, como un cuchillo que se clava despacio—, ¿valió la pena deshonrar tu apellido para satisfacer tu capricho?

El golpe de esas palabras me partió en dos. Bajé la cabeza, incapaz de sostener su mirada.

—No fue un capricho —susurré—. Fue… mi vida. Necesitaba saber qué había más allá de lo que se esperaba de mí. Necesitaba comprobarlo yo misma.

El silencio volvió a instalarse, pesado, esta vez más cruel. Podía sentir a todos mis hermanos respirando detrás de mí, esperando la sentencia de nuestro padre.

Me quedé quieta, arrodillada, con el corazón retumbando dentro de mí.

Y entonces comprendí que, nada volvería a ser igual.

—Te marcharás a Bath con tu tía. —Las palabras de mi padre no sonaron como una orden; sonaron como una sentencia que ya había sido dictada mil veces en su cabeza.

Me quedé inmóvil, notando cada sílaba como un golpe. A mi alrededor las voces se apagaron, como si el cuarto entero hubiese contenido la respiración para escuchar su sentencia.

—¿Bath? —farfulló Cecilia, desesperada—. Pero, padre, ¿no hay otra cosa que podamos…?

Él ni siquiera la miró. Sus ojos estaban fijos en mí, duros y agotados.

—No hay otra cosa. —Su voz fue fría, sin rastro de ira; era peor: era decepción absoluta—. Ha puesto a esta casa en vergüenza. He perdido la confianza en ella, Te marcharás. Para siempre. —Eso último me lo dijo a mí.

La frase —para siempre— me atravesó como un hierro caliente. El mundo, de pronto, se llenó de ruido lejano; la chimenea crepitaba, la plata tintineaba en la mesa de servicio, pero ninguno de esos sonidos me llegaba con claridad.

—Al menos no tendremos que lamentar una muerte —añadió, y su tono se volvió aún más cortante, como si quisiera ahorrarse cualquier indulgencia—. Pero te aseguro que, para mí, es como si hubieras desaparecido para siempre.

Las manos se me helaron. No pude contener el latido que se clavaba en mi garganta: *desaparecida*. Aquella palabra resonó en mi pecho con un eco terrible. Como si en vez de hija, yo fuese una sombra que él deseaba borrar.

Sentí los ojos arder. Quise defenderme, contarle todo, suplicar que comprendiera que no fue por frivolidad sino por necesidad, por hambre de saber quién era. Quise decirle que había salvado vidas, que había tomado decisiones y que no me arrepentía… pero las palabras se me ahogaron en la boca porque delante de sus manos cruzadas, de su mirada implacable, cualquier defensa sonaba ridícula.

—No te irás sola —dijo Julian de pronto con voz dura—. Yo te acompañaré.

Mi hermano mayor dio un paso hacia mí, pero mi padre alzó la mano y detuvo el movimiento como quien silencia una tempestad.

—Es suficiente —sentenció—. Julian, no. Esto es algo que resolveré yo. Tú harás lo que te diga. Cecilia, prepara las maletas. Edward, ve a ordenar que avisen a vuestra tía en Bath. Una nota breve: Matilda regresa como esperabas que sucediera.

Mi padre sabía que pronunciando aquellas palabras me haría daño, porque mi tía y yo nunca hemos tenido ni una pizca de conexión.

La casa se movió como si la corriente de un río bravo la arrastrase. Mi familia alrededor, funcionando en piloto automático, ejecutando órdenes que me arrancaban de la vida que conocía. No

repararon —o no quisieron reparar— en cómo me temblaban las rodillas.

Di un paso atrás. El suelo me pareció extraño bajo los pies, como si no fuese mi casa sino una escena de teatro que yo no había estudiado y de la que iba a ser expulsada. No podía mirar a nadie. Suspiré, intentando forzar una calma que no tenía.

—Padre… por favor… —y ya no supe qué pedir. Perdón, comprensión, castigo, volver atrás.

Él cerró los ojos un instante, y en ese parpadeo vi asomar algo que me clavó otra vez la daga: una mezcla de pena y dolor. Cuando habló, su voz fue más suave, más mortal aún porque tenía compasión dentro y la negaba.

—Te irás a Bath con tu tía hasta que la deshonra de esta casa encuentre un modo de… mitigarse. —Pronunció mitigarse como quien pretende ablandar una roca—. No quiero cartas, no quiero noticias. Ve y aprende a ser aquello que piensan que debes ser.

La sensación fue física: el aire me faltó. No quiero cartas, no quiero noticias. Como si mi existencia fuese un error que debía permanecer oculto.

No pude más. Di media vuelta y corrí escaleras arriba con los puños prietos. La casa me seguía con alaridos lejanos —preguntas, palabras, el tumulto de quien intenta recomponer lo irreparable. Solo sentí el cada vez más cercano latido en mis oídos y la urgencia de escapar a la soledad de mi cuarto.

La puerta se cerró con un golpe seco detrás de mí. Me dejé caer sobre la cama sin cuidar las formas; la tela áspera de las mantas me golpeó el rostro. Respiré hondo y entonces, sin freno, las lágrimas brotaron con violencia.

Me abalancé sobre el colchón y golpeé con furia el lugar donde mi cabeza solía reposar: puñetazos sordos que no querían hacer daño a nadie sino a la idea de mí misma que había fallado a todos. Cada golpe resonó en la madera y en mi costado, como si quisiera sacar la culpa de mi interior.

—¡Lo he estropeado todo! —gruñí entre sollozos, rematando con otro puñetazo —. ¡Lo he estropeado todo!

Las lágrimas empaparon la almohada, y la almohada se desgarró de mi desesperación. No había consuelo posible en aquel cuarto: los muros parecían estrecharse, el techo bajar, y el aire se volvía espeso. Había perdido la confianza de mi padre. Había sido desterrada como una cosa inútil.

Me revolví en la cama, golpeando de nuevo, hasta que el cansancio y la rabia me dejaron sin fuerzas. El silencio que siguió fue absoluto, pero no era paz: era vacío, un hueco frío que me rodeaba.

Allí, en aquel colchón hundido por mis propias manos, comprendí con una claridad que dolía que mi vida se había partido en dos. Y la parte que quedaba fuera de la casa, lejos de su calor protector, sería con la que tendría que aprender a sobrevivir.

Brook no tardó ni un segundo en venir. Oí las pisadas atropelladas subir la escalera y, antes de que pudiera recomponer mis pensamientos, la puerta de mi alcoba se abrió de par en par y ella entró como un torbellino: el cabello revuelto, las mejillas enrojecidas, los ojos llenos de temor.

—¡Matilda! —exclamó, dejando escapar la respiración como si hubiera corrido una milla—. ¿Qué ha pasado allí? ¿Estás bien?

Levanté la cabeza con los ojos hinchados, la almohada pegada a la cara por las lágrimas recientes. La luz de la tarde entraba por la ventana, dibujando sombras sobre las tablas del suelo. La imagen de ella allí, toda preocupación, me traspasó un poco menos de lo que esperaba; estaba demasiado calada por la vergüenza y el dolor.

—No —respondí con voz rota—. No estoy bien.

Brook se acercó, se arrodilló en el borde de la cama y me miró con esa mezcla de enfado y ternura que siempre tenía hacia mí cuando me veía débil. Sus dedos juguetearon con el borde de la manta como si buscara las palabras.

—¿Solo tú sales perjudicada…? —preguntó, con cautela, intentando no sonar brutal.

Atiné a incorporarme un poco, limpiarme las mejillas con el dorso de la mano. Le devolví la mirada, y por un instante la casa entera pareció alejarse; sólo existíamos nosotras dos en esa pequeña burbuja de madera que era mi alcoba.

—Lo he estropeado todo —dije, y la frase se me atragantó—. Es más… el mal me persigue. Siento que hay una maldición encima de mí, una que jamás podré quitarme.

Brook frunció el ceño. No estaba acostumbrada a oírme hablar así, con esa mezcla de culpa y fatalismo.

—¿Te descubrió? —preguntó al fin, clavando los ojos en los míos.

Negué con la cabeza y volví a hundirme en la almohada un instante, como si el acto de negar me costara el doble de esfuerzo.

—No me descubrió, me descubrí —murmuré—. Y ahora me odia. No quiere verme jamás.

Brook se quedó un segundo en silencio, y luego repuso, con su habitual mezcla de lógica práctica y esa ironía que la hacía tan humana:

—¿Y eso es malo? —dijo, casi incrédula—. Tú solo lo querías para sacar información, ¿verdad? Tenías un plan, un objetivo. ¿No era así?

Una risa amarga me salió, sin humor. Me incorporé un poco más y la miré de frente, con los ojos brillando de una verdad que no podía ni quería ocultar ya.

—Ya no —contesté, y la voz salió más firme de lo que yo me sentía—. Creo que no fue nunca solo eso. Me he enamorado de Joe Fuller. —Las palabras salieron sin pensarlas, tampoco dudé en confesarle a mi hermana lo que sentía aunque me arriesgara a ser humillada por decir la verdad—. Amo a ese hombre por encima de mi vida.

Brook abrió la boca como si quisiera soltar una réplica rápida, quizá un reproche, quizá consuelo; en lugar de eso, sus facciones se suavizaron. La dureza de hermana protectora dio paso a algo más parecido a la comprensión; no sabía si venía del cariño o del puro asombro.

—¿A… él? —musitó—. Matilda…

Asentí, sin poder añadir más. La idea de que él me odiara me hacía sentir vacía, como si alguien me apretara por dentro.

—Y solo pensar que me odia… —continué, con la voz quebrada— me hace la vida insoportable. Me mata cada instante. No puedo respirar cuando imagino que sus ojos me rechazan. No puedo soportar pensar que la única persona que… que importaba en ese lugar me desprecia ahora.

Brook me observó. Luego, con la serenidad que solo una hermana puede tener cuando todo se derrumba, posó una mano sobre la mía.

—No voy a decirte que dejes de sentirlo —susurró—. Pero tampoco te voy a decir que te rindas. Lo que hiciste fue temerario, Matilda. Peligroso incluso. Pero también fue valiente. Si hay alguien que puede entender lo que se siente por ese hombre, soy yo. Y si sigues viva para contarlo, es porque hiciste algo bien, aunque te duela ahora.

Su intento de consuelo sonó a esperanza. Le apreté la mano sin fuerza, sintiendo que la humedad de mis lágrimas aún empañaba mi mirada.

—¿Y ahora? —pregunté, con la voz temblorosa—. ¿Qué hago, Brook? Me mandan lejos, ya has escuchado a padre decir que no quiere noticias… y Joe me odia.

Ella apretó los labios, pensando, y después clavó los ojos en mí con una firmeza nueva.

—Primero, no te vas a esconder más en esa cama. Segundo, te vas a recomponer y vas a aceptar irte a Bath a ver a la tía como

nuestro padre ha dicho. Tercero, , hablaremos del plan. Porque no vas a dejar que esto te defina.

La sensación de que, a pesar de todo, alguien me tendía la mano me quebró y me alivió a la vez. Asentí con un hilo de voz. Al fin y al cabo, ella no podía saber lo que ardía dentro de mí: el amor, la culpa, el vértigo de haber perdido no solo la confianza de mi padre sino la de aquel hombre al que hubiera dado todo.

Brook se quedó a mi lado hasta que mis sollozos se sofocaron en un susurro, y luego, como si tuviera miedo de que la calma fuera solo otra ilusión, me besó la frente con ternura.

—Duerme ahora —dijo—. Mañana haremos el equipaje.

Me dejé caer contra la almohada con la certeza de que nada sería igual, pero con una pequeña llama dentro que me decía que, si sobrevivía al silencio de Joe Fuller y al desprecio de mi padre, aún podría intentar continuar con mi vida.



Capítulo 21

La mansión de los Fuller se alzaba solemne al final del camino empedrado. Brook sintió que cada piedra bajo sus zapatos era un peso añadido en el pecho, pero no se detuvo hasta alcanzar la puerta. Con un nudo en la garganta, levantó la aldaba y golpeó tres veces.

No tuvo que esperar demasiado. La puerta se abrió y apareció un hombre alto, de porte recio, con el cabello ya plateado en las sienes y la mirada viva pese a los años. Vestía aún el uniforme azul oscuro, aunque sin la chaqueta cerrada, como quien se resiste a abandonar la costumbre del mar.

—¿Señorita Langford? —preguntó con un deje de sorpresa—. ¿Qué la trae hasta aquí?

Brook hizo una reverencia torpe, sintiendo que las palabras se le enredaban en la boca.

—¿Capitán Travis? —saludó, con un hilo de voz con algo de dudas—. Vengo a… necesito respuestas. Sobre mi hermana Matilda.

El capitán arqueó una ceja y, para su sorpresa, soltó una carcajada breve, sonora.

—¿Respuestas? —repitió, con tono divertido—. ¿Y qué respuestas pretende hallar aquí?

Brook respiró hondo, aferrando las faldas de su vestido con fuerza.

—Lo que ocurrió en alta mar. Sé que ella… —trató de ser valiente, aunque su voz tembló—, que subió a bordo de su barco.

Por un instante, Travis se quedó inmóvil. Luego, inclinó la cabeza hacia atrás y soltó una risa ronca, casi incrédula.

—¡Una mujer en mi barco! —exclamó—. ¿De veras está diciendo eso? ¿Su joven hermana entre tanto hombre pestilente? ¡Por Dios, señorita, espero que sean invenciones suyas! Porque de no serlo… no quiero ni imaginar cómo debió pasarlo la pobre muchacha allá arriba.

Brook, desconcertada, dio un paso hacia él.

—¿No estaba usted allí? —preguntó con rapidez.

La sonrisa del capitán se borró poco a poco. Su semblante se ensombreció y, con un suspiro cansado, negó despacio.

—No, señorita. Yo no pude. —Llevó una mano a su propio pecho, como si aún le doliera el recuerdo—. Sufrí un infarto antes de zarpar. Fue mi hijo quien tomó el mando. Más experto de lo que yo jamás podría haber esperado.

Las palabras golpearon a Brook con la fuerza de una ola. Sintió que el suelo se le movía bajo los pies. Joe. Joe Fuller. Él había estado al mando… y Matilda bajo sus órdenes.

Un calor incómodo subió a sus mejillas. Tragó saliva, deseando desaparecer.

—No… no lo sabía —balbuceó, dando un paso atrás—. He cometido una gran imprudencia viniendo aquí. No debí importunarle, capitán. Usted necesita descanso, y no a una estúpida como yo.

Él, con un gesto afable, giró hacia el interior de la casa.

—Haremos llamar a mi hijo —anunció—. Si su hermana estuvo allí, él sabrá qué ocurrió en realidad.

—¡No! —exclamó Brook, más fuerte de lo que pretendía. Al ver su propio atrevimiento, bajó la voz—. No, por favor. No hace falta. He molestado ya demasiado.

El capitán Travis la miró con sorpresa, quizá también con un destello de sospecha, pero no insistió.

Brook hizo una reverencia apresurada, giró sobre sus talones y, antes de que nadie pudiera detenerla, salió corriendo de regreso al camino. La brisa del mar le azotó el rostro, pero no logró enfriar la certeza que la atravesaba ahora: Joe Fuller había sido el capitán de Matilda. Y Matilda, su subordinada.

El despacho olía a madera y a tabaco. Yo estaba de pie apoyado ligeramente sobre una de las paredes, las manos continuaban cerradas en puños, y mantenía la mirada fija en el suelo como si allí pudiera encontrar una respuesta que no llegaba. El silencio me ahogaba hasta que, incapaz de contenerme, golpeé la pared con tal fuerza que el marco de un cuadro tembló.

—¡Esa mujer es insoportable! —escupí con la respiración agitada—. Insolente, malcriada, cabezota… ¡nunca obedece a nadie! Hace lo que quiere, cuando quiere y como quiere. No escucha, no mide las consecuencias de sus actos, y encima tiene esa maldita costumbre de… de mirarte como si todo el mundo estuviese equivocado y solo ella tuviese razón.

Mi padre, sentado tras la mesa, no apartaba los ojos de mí. No me interrumpió, aunque yo sentí que mi rabia no encontraba final.

—Es terca, orgullosa —seguí, paseándome de un lado a otro—, caprichosa, siempre empeñada en salirse con la suya. Y lo

peor de todo es que lo consigue. Se oculta tras ese rostro angelical, esa sonrisa que desarma, pero en realidad es… es…

Las palabras se me atascaron en la garganta. Yo mismo me sorprendí incapaz de terminar la frase. Y entonces percibí la mirada de mi padre. Sí, se había agrandado, casi iluminada por una certeza que yo no estaba dispuesto a aceptar.

—Es la mujer perfecta para ti —dijo en voz baja, pero con una seguridad que me cortó la respiración.

—¿Qué? —solté, como si me hubiese abofeteado.

El capitán Travis entrelazó las manos sobre el escritorio, con su expresión más seria que nunca.

—No sé qué ocurrió en mi barco mientras yo estaba postrado, pero sé reconocer las señales, Joe. Esa joven Langford te ha atravesado de parte a parte.

Yo quise negarlo, quise reírme, pero lo único que salió de mi boca fue un murmullo ronco:

—Sí… ella es… —Me llevé la mano al cabello, revolviéndolo con furia—. Ella es la mujer que consigue alterar mi rumbo, la única capaz de inclinar mi brújula y llevarme a la deriva más inhóspita.

El silencio volvió a llenar la sala, pesado, cortante. Mi padre se levantó con calma, rodeó el escritorio y se detuvo frente a mí. Puso una mano firme sobre mi hombro, con ese gesto que siempre había significado más orden que cariño.

—Entonces ve a decírselo —ordenó, aunque su voz sonó como un consejo paternal—. No pierdas el tiempo, Joe. Esas mujeres no se encuentran dos veces en la vida.

Se alejó hacia la ventana, dándome la espalda. Yo me quedé allí, con el corazón en guerra, la mente enredada en mil pensamientos, sin saber si aún estaba a tiempo… o si Matilda Langford ya me había dejado atrás para siempre.



Capítulo 22

La noche estaba húmeda y el aire arrastraba ese olor que se mete en la piel y no se va nunca. Caminaba con paso firme, aunque cada zancada era un campo de batalla entre la razón y el deseo. Maldita, Matilda Langford. Era testaruda como nadie, orgullosa, imprudente… y, aun así, la deseaba como nunca había deseado a una mujer.

Me repetía que solo iba a la casa de los Langford para zanjarlo todo, para dejar claro que entre nosotros no había nada que decir. Pero lo cierto era que mi corazón golpeaba en el pecho con la esperanza de verla, de escuchar su voz aunque fuera para maldecirme.

La mansión se alzó ante mí, poderosa y con las ventanas apenas iluminadas. Llamé con fuerza a la puerta, y no fue un criado quien salió, sino Brook Langford. Llevaba el cabello suelto y la expresión de quien ya esperaba la visita.

Me sonrió.

—Capitán Fuller —me saludó, inclinando un poco la cabeza.

—Señorita Brook —respondí, retirándome el sombrero con cortesía—. He venido a hablar con su hermana.

Brook soltó una risa breve, pareció contenta de escuchar aquello que dije.

—¿Hablar con Matilda? Será un milagro que lo consiga.

La miré fijamente, con el ceño fruncido.

—¿Está en casa?

—Sí, está aquí —respondió con un suspiro largo—. Pero no crea que va a sacar mucho de ella. Le advertí desde el primer instante que era irresponsable, que subirse a ese barco suyo era una locura. Le dije que no lo hiciera, que no insistiera. Pero cuando algo se le mete en la cabeza… es como hablar con la pared.

Brook cruzó los brazos y su tono se endureció.

—Es cabezota, orgullosa, caprichosa. Siempre lo ha sido. Y ahora ya ha arrastrado a todos a este caos. ¿Lo ve? No hacía falta que viniera. Mi padre ya lo sabe todo y sospecho que encerrará a Matilda en casa de mi tía en Bath, al menos hasta que cumpla los treinta.

Mi mandíbula se tensó.

—Encerrarla como a una niña malcriada no va a cambiar lo que hizo —repliqué, con más brusquedad de la que pretendía.

Brook entrecerró los ojos, examinándome con cuidado.

—Entonces, ¿qué sugiere? ¿por qué ha venido, capitán? ¿A decirle lo mismo que yo acabo de decirle? Porque le aseguro que Matilda no escucha razones de nadie. Ni de usted, ni de mí, ni siquiera de nuestro padre.

No supe qué contestar. Me quedé mirándola, con la certeza de que tenía razón. Matilda era imposible de manejar. Pero también era imposible de olvidar.

—He venido porque no puedo marcharme sin verla —admití al fin, y mi voz bajó hasta convertirse en ronca.

El rostro de Brook se suavizó un instante, como si hubiese encontrado algo que no esperaba en mí. Pero enseguida negó con la cabeza.

—Créame, capitán, no merece la pena.

Yo no respondí. Mis ojos se desviaron hacia la escalera interior, convencido de que, tras una de esas puertas cerradas, estaba Matilda. Y maldita sea, tenía que verla, aunque fuera para odiarla un poco más… o para descubrir que ya no podía odiarla en absoluto.

El silencio que continuó tras las palabras de Brook fue denso. Iba a responder cuando un carraspeo seco resonó detrás de ella. Brook se giró de inmediato, bajando la mirada.

El señor Langford apareció desde la penumbra del salón. Alto, con el porte todavía firme pese a los años, se apoyaba en el marco de la puerta como si ya hubiera escuchado lo suficiente.

—Capitán Fuller —dijo con un tono grave, más formal que frío—. Imagino el motivo de su visita.

Yo asentí, cuadrando los hombros.

—Sí, señor Langford. He venido a ver a su hija.

Él avanzó un paso, y en ese gesto se notaba el peso de la responsabilidad.

—Antes de que hable con ella, quiero expresarle algo. —Su mirada se clavó en mí, seria—. Lo que Matilda hizo fue una imprudencia imperdonable, lo sé. Y lamento profundamente que lo arrastrara a usted y a su tripulación a semejante… disparate.

Yo fruncí el ceño, pero me mantuve en silencio.

—Le pido —continuó él, con voz firme— que no denuncie lo ocurrido, que no lleve este asunto más lejos. Mi hija ya ha recibido su castigo, y créame cuando le digo que el resto de su vida no será sencillo.

Hubo un instante de silencio. Sentí que Brook contenía la respiración a mi lado.

—Denunciarla… —dije al fin, con una risa breve y seca que me salió del pecho—. Señor Langford, ni siquiera ha pasado por mi mente.

Él arqueó una ceja, sorprendido.

—Al contrario —proseguí, bajando un poco la voz—. Lo único que deseo es verla. No para recriminarle nada, ni para castigarla. Sino… para pedirle perdón.

La incredulidad cruzó los ojos del señor Langford.

—¿Perdón? —repitió con dureza, como si la palabra le resultara absurda en mis labios.

Inspiré hondo y clavé mi mirada en la suya.

—Cuando la descubrí en mi barco, la traté con palabras que no merecía. Estaba furioso, engañado, con la tripulación en riesgo y con la certeza de que había sido utilizado. No fui justo. Ni con ella, ni conmigo mismo. —Tragué saliva, la garganta me estaba ardiendo—. Necesito decirle eso mirándola a los ojos.

Brook me observó en silencio, con un brillo extraño en sus pupilas, como si estuviera descubriendo en mí algo que no esperaba. El señor Langford, en cambio, se mantuvo imperturbable durante unos segundos, evaluándome.

Finalmente, habló:

—Le advierto que Matilda no está en condiciones de recibirlo como usted espera.

—No espero nada —le interrumpí, con más vehemencia de la que pretendía—. Solo quiero poder decirle verdad.

El señor Langford me sostuvo la mirada un largo rato. Después, suspiró y asintió con gravedad.

—Muy bien. Pero no olvide, capitán, que si le permito verla es porque confío en que sus intenciones son honorables.

—Lo son —respondí sin vacilar, aunque por dentro ardía con sentimientos que no sabía si podría seguir ocultando.

Brook caminó junto a Joe hasta el recibidor. Sus pasos resonaban sobre la madera encerada, demasiado formales para la urgencia que me quemaba por dentro. Ella, con las manos entrelazadas, habló en voz baja:

—Capitán, se lo ruego… no la juzgue con demasiada severidad. Matilda siempre ha tenido la cabeza llena de ideas imposibles, y cuando algo se le mete en la cabeza, es como hablar con la pared.

—No se preocupe —respondí sin mirarla, ajustándome la chaqueta—. No he venido a juzgarla.

Brook se detuvo junto a la puerta, y antes de abrirla, me sostuvo la mirada con un gesto protector que dejaba claro su papel de hermana mayor.

—Si finalmente Matilda acepta verle… procure recordar que, a pesar de todo, sigue siendo una jovencita que no sabe lo que hace.



Capítulo 23

Brook entró en una alcoba y simuló preguntarle a Matilda si recibiría a Joe Fuller, y a los pocos segundos salió para comunicarle que no deseaba ver a nadie. Asi que el capitán tuvo que abandonar la casa.

El aire fresco de la noche me golpeó de lleno, y comencé a alejarme calle abajo.

Desde la ventana de la alcoba, Matilda había visto la escena. Su corazón se agitó al reconocer su silueta. ¡Joe! El impulso fue más fuerte que el orgullo y el miedo juntos. Echó a correr por el pasillo, bajó las escaleras con los pies descalzos y empujó la puerta de la casa.

—¡Joe! —gritó en la penumbra de la calle.

Pero ya era tarde. La figura del capitán Fuller se alejaba, recortada contra los faroles, hasta perderse en la esquina.

Se quedó en el umbral, con la respiración agitada, hasta que una voz grave la sobresaltó.

—¿Qué demonios haces corriendo así por la casa? —era su padre, que había bajado detrás de ella.

Matilda giró hacia él, con el rostro encendido, los ojos todavía fijos en el lugar por donde Joe había desaparecido. No respondió.

El señor Langford la observó en silencio unos segundos. Después, cruzó los brazos sobre el pecho.

—Al final va a ser verdad lo que me dijiste tiempo atrás… —su tono fue cortante, pero cargado de una certeza que la atravesó—. Que quieres casarte con ese hombre.

El corazón de Matilda se detuvo.

—Padre… —susurró, con un temblor en la voz.

Pero no lo negó. No podía. Porque en ese instante comprendió que lo que alguna vez había sido un juego, un plan audaz para aprovecharse de Joe Fuller, se había convertido en algo real. Dolorosamente real.

El señor Langford la observó con una mezcla de enojo y decepción.

—Espero, muchacha, que seas consciente de la magnitud de tus actos. Lo que has hecho no solo ha puesto en peligro tu nombre, sino también el de tu familia. Y lo peor de todo es que ahora ya no sé si lo hiciste por capricho o porque de verdad… —apretó los labios—, porque de verdad sientes algo por él.

Matilda bajó la mirada, incapaz de responder. El arrepentimiento la desbordaba. Sí, lo que quería de Joe ya lo había logrado en alta mar: su atención, su furia, su respeto ganado a la fuerza. Pero lo había perdido al mismo tiempo. Y ahora lo amaba. Lo amaba con la fuerza de quien sabe que ha destruido cualquier oportunidad. Pero no le dijo nada a su padre.

Matilda cerró la puerta de su alcoba tras ella y apoyó la espalda contra la madera. El aire le quemaba en los pulmones, la

cabeza bullía por todas las palabras que llevaba guardando. No podía con aquello sola. Buscó a su hermana.

Encontró a Brook en la sala de costura, junto a la ventana. La luz del candil le iluminaba el rostro, sereno y pensativo, mientras cosía distraídamente. Matilda se lanzó hacia ella.

—Brook… —su voz se quebró—. Tenías razón. Siempre la tuviste.

Brook alzó la vista, arqueando una ceja.

—¿De qué hablas?

Matilda se dejó caer de rodillas junto a ella, sujetándole las manos con desesperación.

—De que algún día me alcanzarían los sentimientos, y que no podría ocultarlos. Me advertiste que esto pasaría, y yo no quise escucharte. Fui una necia, una irresponsable.

Brook no respondió. Solo enhebró la aguja de nuevo, con movimientos pausados.

—Me he enamorado de Joe Fuller —confesó Matilda de golpe, sintiendo que se le escapaba el aliento con esas palabras—. Y lo he arruinado todo. Fui estúpida, orgullosa, caprichosa… y lo único que he conseguido es que me odie.

El hilo se tensó entre los dedos de Brook, pero ella no levantó la cabeza.

—¿Y eso te sorprende? —preguntó con frialdad.

—No, no me sorprende. Me destruye. —Matilda apretó más sus manos—. No puedes imaginar cómo me siento cuando está cerca. Es como si el aire pesara distinto, como si todo mi cuerpo supiera antes que mi mente que él está en la misma habitación. No puedo pensar, no puedo respirar. Siento… —su voz tembló—, siento que sin él no soy yo.

Brook soltó un leve resoplido, aún sin mirarla.

—Vaya. Eso suena bastante incómodo.

—Brook, por favor —imploró Matilda, con lágrimas en los ojos—. Dime que no soy la única que ha sentido esto alguna vez. Dime que no estoy loca.

El silencio duró unos segundos que a Matilda le parecieron eternos. Al fin, Brook dejó la aguja sobre la mesa y giró hacia ella. La observó con detenimiento: con el rostro enrojecido, las lágrimas brotando, la respiración agitada. Y, sin poder evitarlo, su seriedad se quebró.

Se inclinó hacia Matilda y la abrazó con fuerza.

—Sabía que dentro de ese cuerpecito testarudo crecería un corazón blando y sensible —murmuró contra su cabello—. Solo me preguntaba cuánto tardarías en darte cuenta.

Matilda se aferró a ella como una niña, sollozando sin contención.

—Lo amo, Brook… y lo he perdido.

Brook le acarició la espalda en silencio, dejando que su hermana descargara todo ese peso. Porque, aunque no lo dijera en voz alta, entendía perfectamente lo que era amar hasta doler. Pese a todo lo que le había dicho Matilda, no dijo que Joe había estado allí para pedirle perdón. Y la dejó que continuase pensando que había ido para contarle de primera mano a su padre de lo que había sido capaz.



Capítulo 24

A la mañana siguiente, el señor Langford se encontraba en su despacho, revisando unos documentos sin demasiado interés cuando el mayordomo entró con paso solemne y le tendió una carta con el sello de la familia Fuller.

—De parte del capitán Travis, mi señor.

El señor Langford arqueó una ceja, tomó el sobre y lo abrió con calma. Sus ojos recorrieron la invitación: un elegante anuncio de una velada en honor al ascenso de Joe Fuller, ahora capitán de navío por mérito propio, y la inminente reanudación del viaje en dos meses.

La sonrisa se dibujó lentamente en su rostro, no tanto por la invitación en sí, sino por lo que leía entre líneas.

—Otro hombre condenado a vivir por el futuro de su hijo… —murmuró, con una chispa de ironía en la mirada.

En ese momento Brook entró sin anunciarse, con un libro bajo el brazo, y se detuvo al verlo sonreír con aquella carta entre las manos.

—¿Qué ocurre, padre? —preguntó con cautela.

Él alzó la vista, todavía con ese brillo extraño en los ojos.

—Tu hermana ha puesto mi paciencia a prueba de maneras que jamás hubiera imaginado. Pensé enviarla con tu tía a Bath, donde nada podría tentar su voluntad testaruda. Y sin embargo… —alzó la carta—, este papel me da motivos para pensarlo dos veces.

Brook lo miró con recelo.

—¿Y qué dice esa carta que parece tan poderosa?

El señor Langford carraspeó y leyó en voz alta un fragmento:

—El capitán Travis Fuller y su hijo, recientemente ascendido a capitán de navío, se complacen en invitar a las más honorables familias de Kent a una velada en celebración de esta feliz ocasión.

Luego dejó el papel sobre el escritorio y entrelazó las manos.

—Una fiesta, Brook. Una simple excusa para reunir a la buena sociedad… y quizá, solo quizá, para que un Fuller y una Langford se vean de nuevo.

Brook apretó los labios, pero no pudo evitar fruncir el ceño.

—¿Quiere decir que piensa dejar que Matilda asista?

—Pienso… —replicó él despacio— que he sido duro con ella, y tal vez tenga derecho a equivocarse una última vez. Si su afecto por ese hombre es verdadero, como me temo, debe comprobarlo ella misma. Si no lo es, Bath la recibirá con los brazos abiertos y no se hablará más del asunto.

—¿Una única oportunidad? —susurró Brook, como si quisiera asegurarse de haberlo escuchado bien.

El señor Langford asintió, con el gesto serio.

—Una sola. El amor no puede vivirse bajo rejas. Pero tampoco puedo permitir que vuelva a deshonrarnos con sus imprudencias.

Brook lo observó unos segundos, y en silencio, bajó la mirada hacia la carta. Pensó en su hermana, en cómo la había encontrado

llorando días atrás, y un pequeño destello de esperanza encendió sus ojos.

Brook irrumpió en la habitación sin llamar, como siempre hacía, y encontró a Matilda sentada en el alféizar de la ventana, con la barbilla apoyada en la mano y la mirada perdida en el jardín.

—No pongas esa cara tan lúgubre —anunció Brook, agitando un sobre lacrado—. Traigo noticias que harán que hasta tú sonrías.

Matilda parpadeó, desconfiada.

—¿Qué ocurre ahora? ¿Otra prohibición? ¿Me mandan a Bath mañana mismo?

—Nada de eso —replicó Brook, inflando el pecho—. Esta noche iremos a la casa de los Fuller. Hay una velada en honor a Joe, ya sabes… nuevo capitán.

El rostro de Matilda se iluminó al instante, sus labios se entreabrieron y el corazón se le disparó en el pecho. Pero apenas un segundo después, la sonrisa se borró y su expresión se ensombreció de nuevo.

—No, no… no puede ser. Brook, es un error. Él me odia. Me lo dijo con toda la furia que un hombre puede reunir. Si me ve, será como abrir otra herida.

Brook rodó los ojos con toda la paciencia de hermana mayor que ya se agotaba.

—¿Y desde cuándo huyes de una herida? Si algo he aprendido de ti, es que cuando te caes diez veces, te levantas once.

—Esto no es una caída, Brook, es… es un abismo. —Matilda se apartó de la ventana y empezó a caminar por la habitación, con las manos crispadas—. Si lo miro a los ojos y veo de nuevo ese desprecio, me romperé en mil pedazos.

Brook la observó en silencio unos instantes, hasta que su voz se suavizó.

—O tal vez veas otra cosa. Tal vez descubras que la furia era solo una careta. ¿De verdad piensas que se habría molestado tanto si no le importaras?

Matilda se detuvo, apretando los labios.

—No lo sé. No sé nada. Solo sé que lo amo y que me odia. Y que presentarme allí es… es sufrir en vano.

Brook se levantó y se acercó a ella, poniéndole las manos en los hombros.

—Escúchame bien, testaruda. Esta es tu oportunidad. Si vas, puede que duela, sí. Pero si no lo haces, jamás lo sabrás. ¿Quieres vivir el resto de tu vida preguntándote qué habría pasado si hubieses tenido el valor de aparecer?

Matilda bajó la cabeza, incapaz de responder.

Brook sonrió de medio lado y, como quien remata un argumento irrefutable, añadió:
—Además, sería un crimen perder la ocasión de estrenar tu vestido azul celeste. Ese que tanto le gusta a papá, y que… casualmente, resalta el color de tus ojos cuando brillan.

Matilda soltó una risa breve, aunque teñida de nervios.

—Ese vestido está en el fondo del armario desde hace meses.

—Pues hoy saldrá de allí. Y respecto a tu pelo… —Brook ladeó la cabeza, evaluando el desastre de mechones cortos y rebeldes que apenas alcanzaban los hombros—. Bueno, siempre podemos echarle la culpa a la última moda parisina.

—¿Y quién va a creer eso? —protestó Matilda, llevándose ambas manos al cabello como si quisiera esconderlo.

Brook sonrió con picardía.

—Créeme, cuando entres con ese vestido azul y esa sonrisa tuya nadie reparará en tu pelo. Y mucho menos el capitán Joe Fuller.

Matilda la miró con un nudo en el pecho que era el fruto de la mezcla de miedo y esperanza que sentía dentro.

—Si termino hecha pedazos, será tu culpa.

—Perfecto. —Brook le guiñó un ojo—. Y si terminas feliz, también me llevaré el mérito.



Capítulo 25

Los Fuller habían adornado su salón con guirnaldas de lazos azules y rojos, y cada rincón brillaba bajo la luz de los candelabros. Los invitados iban y venían, con copas en las manos y sonrisas en los labios, pero yo apenas podía respirar.

Desde el instante en que crucé la puerta con mi padre y mis hermanos, noté cómo las miradas se clavaban en mí como agujas. Un murmullo recorrió la sala, primero débil, después más alto, hasta convertirse en un río imparable de comentarios.

—¿Has visto su cabello?

—Dicen que lo cortó ella misma… en alta mar.

—¿Y no es cierto que se disfrazó de hombre para subir al barco del capitán?

—Otra Langford descontrolada…

—¡Una Langford disfrazada de grumete! Qué escándalo…

Las palabras me golpeaban con la fuerza de un látigo. Mi vestido azul celeste, que tanto había amado una vez, no lograba ocultar la vergüenza que ardía en mis mejillas reflejando el color de mi rostro. Ni siquiera Brook, que me sostenía del brazo con firmeza, podía impedir que la angustia me invadiera.

Vete, me susurraba una voz interior. Vete antes de que sea demasiado tarde. Antes de que él te mire como todos los demás lo están haciendo.

No lo pensé dos veces. Di media vuelta, buscando la salida, el aire fresco, cualquier cosa que me librara de aquellas miradas inquisidoras. Ya estaba casi en el umbral cuando una mano fuerte se cerró alrededor de mi muñeca.

Me detuve en seco.

La fuerza de aquel contacto era inconfundible. Giré despacio, temblando de pies a cabeza. Y allí estaba él.

Joe Fuller.

Vestido de capitán, con la chaqueta roja perfectamente abotonada, el brillo dorado de las hombreras y esa presencia imponente que lo volvía el centro de toda la sala. Su rostro, endurecido por el mando y la disciplina, parecía ser de piedra. Y aun así, cuando sus ojos se encontraron con los míos, algo en su mirada se quebró.

Fue un instante, apenas un latido, pero lo sentí con la fuerza de un trueno. Como si toda la sala desapareciera y solo quedáramos él y yo, unidos por esa chispa imposible de contener. Imposible de ignorar.

El murmullo de los invitados se desvaneció, los candelabros dejaron de brillar, y lo único real fue la calidez de sus dedos

rodeando mi muñeca y el fuego que me recorrió entera, desde la piel hasta el alma.

Yo, que había venido dispuesta a sufrir, a esconderme, a huir. Yo, que había llorado hasta desfallecer por sentirme indigna de él. Yo, que apenas me sostenía en pie. De pronto lo miraba y ya no quedaba vergüenza, ni rumores, ni castigos posibles.

Solo quedaba él.

Joe no dijo nada. No necesitó hacerlo. Su respiración entrecortada, la tensión en su mandíbula, la manera en que sus ojos recorrían mi rostro con una mezcla de furia y deseo, todo hablaba por él.

Y yo tampoco hablé. Porque cualquier palabra habría destruido la magia brutal de ese momento.

Sentí que el universo entero contenía la respiración, esperando a ver qué ocurriría entre nosotros dos.

Joe apretó con más fuerza mi muñeca, como si temiera que pudiera desvanecerme ante sus ojos. Su voz, cuando al fin habló, sonó más ronca que nunca:

—¿De verdad pensabas que podrías entrar en esta casa, en mi vida, y marcharte como si nada hubiera pasado?

No fui capaz de responder. Tenía la boca entreabierta, el corazón desbocado, la garganta cerrada.

Él inclinó el rostro hacia mí; lo suficiente para que su aliento rozara mi mejilla, lo suficiente para hacerme temblar. Sus ojos me atravesaron.

—Maldita seas, Langford —susurró con rabia—. No sé si quiero besarte hasta perder el sentido o apartarte de mí para siempre.

Me quedé helada. El murmullo de la sala volvió de golpe, como un oleaje que me arrastraba. Yo quería decirle que lo amaba, que me había equivocado, que lo necesitaba… pero las palabras se quedaron atrapadas en mi pecho.

Entonces él soltó mi muñeca con brusquedad, como si el contacto le quemara, y añadió con la dureza de un capitán que daba una orden irrevocable:

—No vuelvas a huir de mí.

Y se alejó lo suficiente de mí como para no caer en la tentación de besarme.

De pronto la voz de mi hermana se escuchó.

—¡Ah, aquí estáis! —exclamó Cecilia, apareciendo de repente, con su sonrisa distraída y los ojos vagando por encima nuestra—. Matilda, papá te está buscando, y… ¡Oh, señor Fuller, buenas noches!

El silencio tenso se resquebrajó, pero Joe no apartó la mirada de mis ojos. Ni siquiera fingió cortesía con Cecilia.

—Disculpe, señorita Cecilia —dijo con brusquedad más tarde—. Su hermana y yo tenemos un asunto pendiente.

—¿Ah, sí? —preguntó Cecilia con inocencia, encogiéndose de hombros—. Bueno, entonces no interrumpo. Seguro que papá entenderá.

Y se fue como había venido, ajena a todo.

Joe tiró suavemente de mí hacia él, inclinándose para que solo yo lo escuchara.

—Conmigo —ordenó en un susurro que no admitía réplica.

Yo apenas tuve tiempo de reaccionar. Lo seguí, casi arrastrada por la intensidad de su gesto, cruzando el pasillo mientras las miradas nos perseguían. Tres puertas más allá, Joe abrió sin titubear la del despacho de su padre y me hizo entrar.

El portazo resonó con fuerza a sus espaldas, sellando aquel instante como un si pretendiese ser un secreto.

No tuve tiempo de reaccionar. Un instante antes estaba a punto de huir del salón, ahogada por las miradas y los murmullos venenosos sobre mi cabello cortado y mis locuras de muchacha. Y

de pronto, aquella mano fuerte se cerraba en torno a mi muñeca con una determinación que me dejó sin aliento de nuevo.

—No vas a irte a ninguna parte —susurró Joe Fuller, y su voz grave pareció retumbar en lo más hondo de mi pecho.

—¿Qué estás haciendo, Joe? —pregunté, con un hilo de voz.

—Lo que debí hacer desde que pusiste un pie en mi barco —respondió él.

El silencio que siguió fue insoportable. Matilda bajó la mirada hacia el suelo, notando el ardor en sus mejillas. Se abrazó a sí misma, como si quisiera protegerse. Al fin, respiró hondo y se obligó a hablar.

—Perdón. —La palabra salió entrecortada, casi fue un gemido—. Perdón por todo, Joe. Por haberme colado en tu barco, por mentirte, por arrastrarte a este desastre.

Joe la miró.

—¿Crees que un simple perdón borra lo que hiciste? ¿Que basta con fingir un arrepentimiento para que olvide el riesgo al que expusiste a todos? —preguntó con dureza, aunque sus ojos brillaban con una furia distinta, una furia que ardía demasiado cerca de la pasión. Después de unos segundos continuó hablando, pero esta vez distinto—. Si te hubiese ocurrido algo allí arriba, si te hubiese perdido…

Matilda alzó el rostro con lágrimas en los ojos.

—No, claro que no pretendo que me perdones porque te lo pida. Lo sé. He sido una insensata, una malcriada, como todos dicen. Pero no lo hice para burlarme de ti ni de nadie. Lo hice porque… —Su voz se rompió, y tuvo que llevarse la mano al pecho para contenerse—. Porque quería pertenecer a ese mundo. Al tuyo.

Joe frunció el ceño, desconcertado.

—¿Mi mundo?

—Sí. —Ella dio un paso hacia él, temblando—. Siempre me han dicho lo que puedo y no puedo hacer, dónde debo estar, cómo

debo comportarme. He vivido rodeada de normas, de paredes, de expectativas… Y entonces vi la oportunidad de demostrarme que era capaz de algo más. Quise probarme a mí misma que podía ser valiente, que podía… ser parte de un mundo donde las mujeres nunca somos admitidas.

Se quedó callada, temiendo su reacción. Joe la observaba en silencio, con la mandíbula marcada y los puños cerrados. El aire entre ellos parecía cargado de electricidad.

—¿Y lo lograste? —preguntó al fin, con voz baja.

Matilda titubeó.

—No… —susurró—. Lo único que logré fue que me descubrieras. Y que me odiaras.

Las lágrimas se desbordaron por sus mejillas. Joe dio un paso hacia ella, tan cerca que Matilda sintió el calor de su cuerpo, el olor de sus ropas, del cuero, de algo que lo rodeaba y que parecía inseparable a él.

—Te equivocas —dijo con voz ronca—. No te odio, Matilda.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, sin atreverse a creerlo.

—Entonces… ¿por qué me hablaste así, aquel día? —preguntó con un sollozo.

Joe cerró los ojos un instante, como si luchara contra sí mismo. Luego golpeó suavemente la pared con la mano abierta, exhalando un suspiro áspero.

—Porque me desquiciaste. Porque ningún hombre con sentido común soportaría tener a una joven escondida entre marineros que no saben lo que es la decencia. Porque pensé en todos los peligros que corrías… y casi pierdo la razón.

Matilda dio un paso más, hasta que apenas los separaba un palmo. Alzó la mano, temblorosa, y la apoyó en el pecho de Joe, sobre el uniforme.

Sintió el latido poderoso de su corazón.

—Yo tampoco sé qué me pasa cuando estás cerca —confesó con voz baja—. Es como si el mundo se volviera más grande y más terrible a la vez. Como si me faltara el aire y al mismo tiempo no pudiera respirar sin ti.

Joe abrió los ojos y la miró como si fuese la primera vez que la veía de verdad.

—Eres una insensata… —murmuró, pero su voz estaba cargada de ternura—. Una insensata que ha conseguido torcer mi rumbo.

Matilda tragó saliva, incapaz de apartar la mirada de sus labios.

—Y tú… eres el hombre que me ha hecho descubrir que tengo un corazón.

Un silencio espeso cayó sobre ellos. La tensión era insoportable. Joe levantó lentamente la mano, rozó con los dedos la mejilla húmeda de Matilda y le apartó un mechón rebelde de cabello corto que se empeñaba en colarse en su ojo.

—Tu pelo… —susurró, con un atisbo de sonrisa—. Ni siquiera eso puede restarte belleza.

Ella cerró los ojos un instante, estremecida.

—Todos se ríen de mí… —murmuró—. Pero tú… tú me miras distinto.

—Yo te miro como lo que eres —respondió él, con voz grave—: la mujer más valiente y más terca que he conocido en toda mi vida. Y a la vez la mujer más perfecta que existe en el mundo.

El silencio se volvió insoportable, pero ninguno de los dos se movió. Solo se escuchaba la respiración acelerada de ambos. El corazón de Matilda latía tan fuerte que estaba segura de que Joe podía oírlo.

Finalmente, él apartó la mano y dio un paso atrás, como si de repente hubiera recordado dónde estaban.

—No debería… —murmuró, llevándose una mano a la frente—. Maldita sea, Matilda, no debería ni siquiera estar aquí contigo.

—Entonces vete —susurró ella, aunque sus ojos suplicaban lo contrario.

Joe la miró con tal intensidad que Matilda sintió que se derretía por dentro.

—No puedo. —La confesión salió como un rugido.

Ella dio un paso hacia él, con el corazón en la garganta.

—Ni yo.

—Matilda… —empezó él, con la voz tensa, pero firme, mientras se acercaba, con sus pasos resonando sobre la madera—. Antes de que digas nada, déjame hablar.

No pude contenerme más. Mis brazos rodearon su cuello, y nuestras respiraciones se entremezclaron. El mundo desapareció fuera de aquel despacho, y todo lo que existía era la proximidad de nuestros cuerpos. Sus labios se encontraron con los míos con una urgencia desesperada, primero con un roce suave, como probando la realidad de lo que ambos sentíamos.

Sentí sus manos sobre mi espalda, apretando ligeramente, pero con una ternura que me hizo derretirme. Su boca recorrió la mía con una mezcla de necesidad y cuidado, y yo correspondí con la misma intensidad, mis dedos enredándose en su cabello oscuro. El mundo entero desapareció en aquel instante; no había barcos, ni tormentas, solo nosotros y la electricidad de aquel primer contacto verdadero.

—Mat… —susurró entre beso y beso, con la voz grave y ronca—. No sé cómo… cómo he esperado tanto para esto dijo Joe.

Me aparté ligeramente, solo para poder mirarlo, y nuestros alientos se mezclaban, cálidos y temblorosos. Sus ojos me devoraban, y pude ver en ellos la lucha entre la disciplina que debía

mantener como capitán y el hombre que moría por mí en ese instante.

—Joe… yo… —empecé, pero la urgencia de su boca sobre la mía me dejó sin palabras de nuevo.

Se inclinó, dejando caer un beso en mi cuello, y un escalofrío recorrió mi espalda. Mi mente intentaba razonar, pero mi cuerpo se rendía al deseo, a la intensidad de su proximidad. Cada gesto, cada roce de sus manos, cada suspiro compartido nos acercaba más al límite de lo prohibido.

—Matilda… —dijo finalmente, su voz baja—. Debemos… debemos contenernos. Esto no puede… —tragó saliva, frustrado consigo mismo—. No aquí… no aún.

Me aparté un poco, jadeando, sintiendo el calor de su cuerpo que todavía me rodeaba. Quería protestar, quería decirle que no importaba, que nada importaba más que nosotros, pero un golpe de realidad nos recordó que estábamos solos, sí, pero no del todo.

—Lo sé —susurré, apoyando la frente contra la suya—. Pero… lo siento tanto. Lo he deseado… tanto… —mi voz se rompió.

Sus manos bajaron hasta mis brazos, apretándolos con firmeza, y sentí cómo un temblor de emoción recorría su cuerpo.

—Mat… —dijo—. Tú me has cambiado, me has hecho sentir cosas que no sabía que podía sentir… y ahora… ahora debo ser fuerte. Pero te juro que no puedo apartarte de mi mente.

Me atrajo hacia él nuevamente, nuestros labios se rozaron con un roce breve, ardiente, que dejó a ambos sin aliento. La tensión entre nosotros era casi tangible, como un hilo de electricidad que nos mantenía unidos y al borde del precipicio. No había necesidad de palabras; cada mirada, cada gesto, cada roce hablaba de todo lo que sentíamos.

—Joe… —susurré contra su pecho—. Te amo.

Él suspiró, como si esa confesión le diera permiso para relajarse, y me estrechó entre sus brazos, dejando que mi cabeza

descansara sobre su hombro. Sentí cómo su corazón latía con fuerza contra el mío, y por un momento, todo el miedo, toda la cautela, toda la tensión de la vida en alta mar desaparecieron.

—Y yo… yo a ti —murmuró, con un hilo de voz lleno de ternura—. Pero aún debo… debo hacer algo antes.

Nos quedamos así, abrazados, compartiendo el calor de nuestros cuerpos, el olor de su camisa, la sensación de sus labios aún cerca de los míos. Un silencio cómodo nos envolvía, y mi mente no podía decidir si temblar de miedo o de deseo.

Fue entonces cuando un golpe suave en la puerta nos sobresaltó. Nos separamos de inmediato.

—Viene alguien —susurré, intentando recomponerme.

Joe me miró, los ojos todavía estaban llenos de un fuego que me hacía temblar, y me acarició suavemente la mejilla antes de retroceder.

—No hemos terminado —susurró cerca de mi oído—. Pero ahora… debemos esperar.

Asentí, conteniendo un suspiro mientras lo veía apartarse hacia la puerta, y yo me quedé apoyada contra la pared, escondida con el corazón palpitando nervioso, con las manos temblando por aquel momento vivido.

Y mientras los segundos pasaban y la puerta se cerraba tras él, sentí alegría. Porque aquella confesión, aquel primer beso, aquel roce de labios y manos… solo había sido el principio de algo que yo jamás había imaginado pero que parecía bonito para vivir.



Capítulo 26

Salí del despacho con el pulso aún desbocado. Sentía mis labios arder y el recuerdo de sus manos sobre mi piel me perseguía como una sombra imposible de apartar. No podía dejar que nadie notara nada, así que me obligué a caminar despacio, con aparente calma, respirando hondo hasta convencerme de que la fiesta seguía exactamente igual, como si el mundo entero no se hubiese incendiado dentro de mí.

Busqué con la mirada y encontré a mis hermanas al otro lado del salón. Brook estaba junto a la mesa de ponche, con esa elegancia natural que siempre parecía rodearla, mientras que Cecilia jugueteaba con un abanico y reía a carcajadas de algo que ni siquiera debía tener gracia.

Me acerqué, procurando que mis mejillas no delataran la tempestad interior.

—Ah, ¡por fin! —exclamó Cecilia en cuanto me vio—. ¿Dónde te habías metido, Matilda? —me miró con ojos curiosos, inclinándose

hacia mí con esa picardía indiscreta que la caracterizaba—. Te vi hace un rato con el capitán Fuller…

Sentí cómo el corazón me daba un vuelco.

—No inventes, Ceci —respondí con rapidez, intentando sonar natural—. Solo hablamos un momento.

Brook, más observadora, arqueó una ceja mientras me entregaba una copa de vino.

—¿Un momento, dices? —dijo con suavidad, como quien no quiere la cosa—. Pues ha debido de ser un momento muy largo.

Bajé la vista al borde de mi falda, fingiendo distraerme en alisar una arruga que ni existía.

—No seas malpensada. Solo hablamos.

—¿Y de qué? —intervino Cecilia, que parecía incapaz de dejarlo pasar—. ¡Ay, dime que te ha pedido bailar o… algo más! —me dio un codazo, sonriendo de oreja a oreja.

Brook rodó los ojos y cambió de tema con un gesto elegante de la mano.

—Deja de acosar a Matilda, Ceci. Mira mejor hacia allí. —Señaló discretamente hacia donde Edward intentaba pasar desapercibido.

Seguí la dirección de su dedo y no pude evitar sonreír. Mi pobre hermano estaba arrinconado por una joven de vestido rosa empolvado que agitaba las pestañas con tanto ímpetu que temí que se desmayara.

—¿Esa no es lady Harriet? —preguntó Brook en voz baja, apenas disimulando una risa.

—La misma —contesté con un hilo de voz divertido—. ¿Habéis visto cómo lo mira? Parece un gato que acaba de encontrar ratón.

—Más bien un lobo con cordero —añadió Cecilia con una carcajada—. ¡Pobre Eddie!

Nos quedamos observando cómo Edward, con su habitual incomodidad, buscaba cualquier excusa para escapar. Justo cuando parecía lograrlo, otra muchacha lo interceptó en el camino: lady Margaret, conocida por hablar sin respirar y reírse siempre un segundo antes que los demás.

—Oh, no… —murmuré llevándome la mano a la frente—. De la sartén al fuego.

Brook suspiró con teatralidad.

—Si lady Harriet era un gato, lady Margaret es un perro de caza.

Las tres nos miramos y estallamos en una risa sofocada.

—¡Mira, mira! —Cecilia señaló de nuevo—. Va directo hacia la tercera. ¿No es lady Frances?

Y, efectivamente, lady Frances —con su vestido verde chillón y su fama de coleccionar pretendientes como quien colecciona abanicos— bloqueó el paso de Edward con una sonrisa que me heló la sangre solo de verla.

Nuestro hermano comenzó a sudar visiblemente, jugueteando con el puño de la chaqueta, incapaz de pronunciar palabra.

—No lo resiste —dijo Brook con firmeza, ajustándose la falda—. Si no hacemos algo, se desmaya ahí mismo.

Yo asentí.

—Entonces vamos a salvarlo.

Avanzamos juntas, disimulando entre el gentío, hasta llegar donde Edward parecía a punto de ser devorado. Brook tomó la iniciativa, posando una mano en el brazo de nuestro hermano.

—Hermano —dijo con su voz más dulce—, te hemos estado buscando. Papá necesita hablar contigo.

Edward nos miró como si acabásemos de lanzarle un salvavidas en medio del mar.

—Sí, claro, papá… —respondió con rapidez, dejándose arrastrar por nosotras.

Las damas protestaron con suspiros decepcionados, pero Brook no les dio oportunidad de insistir. En pocos segundos lo teníamos a salvo, junto a nosotras.

—Gracias —murmuró Edward, secándose discretamente la frente con un pañuelo—. No sabéis lo insoportable que ha sido.

—Insoportable para ti, divertido para nosotras —dijo Cecilia entre risas.

Yo, aun conteniendo la sonrisa, observé a mi hermano y sentí un cariño inmenso. Discreto, tímido y siempre intentando huir de la atención… al final éramos nosotras, sus hermanas, quienes teníamos que protegerlo.

Brook me lanzó una mirada cómplice, y yo respondí con otra. No necesitábamos palabras: sabíamos que aquella noche apenas había comenzado y que aún nos esperaban secretos, emociones y, quizá, un destino imposible de detener.

Los murmullos comenzaron como un murmullo lejano, un siseo contenido que se deslizó entre los invitados, creciendo como un viento helado. Bastó una sola carcajada disimulada, un comentario al oído, para que el rumor se propagase de un extremo al otro del salón.

—¿La ves? —susurraba una dama envuelta en plumas—. ¡El pelo! No me extraña, con lo que hizo…

—Subirse a un barco vestida de hombre… ¡Una vergüenza!

—Una Langford, además. Quién lo diría…

Las risas ahogadas se mezclaban con las miradas furtivas. Yo lo sentí. Sentí cada cuchicheo como un puñal directo al pecho. Las manos me temblaban, los ojos ardían y la vergüenza me atenazaba hasta el punto de querer huir.

Pero entonces, una presencia se alzó en medio del salón. Joe Fuller.

Con paso firme, el uniforme de capitán resplandeciendo bajo la luz de las lámparas, avanzó hasta el centro de la estancia. Se detuvo, erguido, y con un gesto decidido alzó las manos y dio un par de palmadas.

El sonido seco retumbó como un cañonazo. El salón entero quedó en silencio.

Yo contuve la respiración.

Joe recorrió a los presentes con la mirada, y cuando habló, su voz grave, clara y resonante, se extendió hasta el último rincón de la sala.

—¡Silencio! —dijo, y no fue una petición, sino una orden. Todos obedecieron al instante. Entonces prosiguió—: He escuchado lo que se murmura. He visto las miradas, las risas ahogadas, los dedos señalando a la señorita Matilda Langford. Y no pienso quedarme de brazos cruzados.

Un murmullo inquieto recorrió el salón.

—Sí —continuó él, avanzando un paso más—, ella se subió a mi barco vestida como un hombre. Lo hizo porque deseaba aprender, porque anhelaba un lugar en un mundo que injustamente se le ha negado solo por haber nacido mujer. Y yo fui testigo de su valor.

Me quedé helada.

—Vi en ella —siguió diciendo— una determinación que no he visto en ningún oficial bajo mis órdenes. Se enfrentó al mar embravecido, soportó privaciones, y jamás, jamás, perdió la dignidad. Mientras muchos habrían desfallecido, ella se mantuvo firme.

Las damas dejaron de cuchichear. Los caballeros, incómodos, bajaron la vista.

—¿Y se atreven ustedes a llamarla imprudente? ¿A burlarse de su pelo, de su osadía, de lo que no comprenden? —alzó la voz,

resonando más fuerte—. ¡Yo les digo que la señorita Langford es más valiente que cualquiera de los presentes!

Mi corazón latía tan fuerte que me dolía.

—Ella no huyó del peligro —añadió Joe con solemnidad—. Ella lo buscó, lo enfrentó, y lo venció. Y eso, señores, no es motivo de vergüenza, sino de orgullo. Deberían desear para sus hijas la mitad del coraje que posee Matilda Langford.

Un silencio reverente se extendió por la sala.

Él me buscó con la mirada. Me encontró entre la multitud y, de pronto, ya no existía nadie más que nosotros dos.

—Y si todavía alguien osara señalarla, que sepa que tendrá que enfrentarse a mí. Porque yo, Joseph Fuller, capitán de la Marina Real, digo aquí y ahora que la amo.

Mi aliento se cortó.

Un murmullo colectivo se alzó, como una ola incontenible.

Joe no vaciló. Dio un paso hacia mí, y sus botas resonaron con fuerza sobre el suelo de mármol, y se detuvo justo delante de mí. Su mirada me atravesaba, firme, ardiente, cierta.

Entonces, ante los ojos de toda la buena sociedad de Kent, él se arrodilló.

El salón entero contuvo el aliento.

—Matilda Langford —dijo con una voz cargada de emoción—. No me importa lo que diga el mundo, no me importa el escándalo, ni los cuchicheos, ni las habladurías. Te amo tal como eres: valiente, decidida, libre. Y quiero pasar mi vida a tu lado.

Sacó de su chaqueta una pequeña cajita de terciopelo, y al abrirla, el brillo de un anillo de compromiso arrancó un destello bajo la luz de las lámparas.

—¿Me concederías el honor de ser mi esposa?

El silencio que siguió fue absoluto. Ni un murmullo, ni un crujido, ni un suspiro. Solo mi corazón, latiendo desbocado, y la

certeza de que en ese instante el universo entero contenía la respiración, esperando mi respuesta.

El aire me faltaba. Sentía las piernas temblar y un calor inexplicable subirme hasta las mejillas. Joe seguía de rodillas ante mí, con ese anillo brillando entre sus dedos y esa declaración resonando todavía en mi cabeza.

No supe qué hacer. No supe qué decir. Durante un instante, solo pude apretar mis manos contra el vestido para impedir que se notara el temblor que me recorría.

Y entonces, instintivamente, busqué con la mirada a mi padre.

Lo encontré a un lado del salón, serio, erguido, observando cada detalle. Su opinión era la que decidía mi futuro; nada podía hacer sin su consentimiento. Durante un segundo temí que su rostro reflejase desaprobación, ira o vergüenza.

Pero no.

Su expresión se suavizó, y por primera vez en mucho tiempo, lo vi sonreír. No fue una sonrisa amplia, sino leve, firme, suficiente para decírmelo todo. Una sonrisa que llevaba implícitas las palabras: *sí, hija mía, tienes mi bendición.*

Las lágrimas acudieron a mis ojos.

Volví la vista hacia Joe, y lo vi todavía arrodillado, mirándome como si el mundo entero dependiera de mi respuesta. El uniforme impecable, el rostro decidido, y esa pasión en su mirada que incendiaba mi alma.

—Sí… —susurré al principio, con la voz apenas audible, quebrada por la emoción. Pero enseguida respiré hondo, dejé que las lágrimas rodasen libremente y lo dije con toda la fuerza de mi corazón—: ¡Sí, Joe Fuller, acepto casarme contigo!

Un murmullo de asombro recorrió la sala, seguido de un aplauso espontáneo que rompió toda la tensión. Algunas damas se llevaron las manos al pecho, otros caballeros asintieron con respeto,

y hasta Cecilia chilló emocionada sin entender del todo qué ocurría, pero feliz de celebrarlo.

Joe se levantó de un salto, me tomó entre sus brazos y, sin importarle testigos ni protocolo, me besó con la intensidad de quien ha esperado demasiado tiempo para hacerlo.

En ese beso ardió mi vergüenza, mi miedo y la sombra de todos los cuchicheos. Solo quedamos él y yo, dos almas destinadas a encontrarse.

Y aunque sabía que el escándalo sería recordado durante generaciones, en ese instante comprendí que nada de eso importaba. Porque, con la aprobación de mi padre, con la fuerza de su amor y con el mundo entero como testigo, había encontrado por fin mi destino.

El beso se rompió entre aplausos y algún sollozo de alegría; sentí las manos de Joe en mi cintura, firmes y seguras, y la mirada de mi padre clavada en nosotros, orgullosa y tranquila. Fue entonces cuando una voz fina y afilada, cargada de todos esos rencores que habitan en las puntas de los abanicos, se alzó desde la orilla del salón:

—¿Y qué será de la reputación de la casa Fuller? —dijo la señora Wetherby con esa sonrisa pequeña que siempre intenta arrojar una puñalada—. Casarse con una muchacha que se disfraza de grumete… ¿es esa la prudencia propia de una familia respetable?

Un silencio asomó en la sala, como si la frase hubiera dejado un frío invernal antes de tiempo.

Mi corazón se encogió; por un instante vi reflejado en todas las miradas el juicio que tanto había temido que llegase.

Antes de que pudiera humillarme más, Brook se plantó a mi lado. No hubo florituras en su gesto: puso la mano en mi hombro y, con la voz baja pero cortante como un acero, dijo:

—Señora, si no distingue entre cobardía y valentía, mejor que guarde sus palabras. Mi hermana ha enfrentado tormentas, ha vivido entre hombres que no la dejaron morir de vergüenza porque ella no

se rindió. Si usted no tiene valor para entender eso, calle ahora y deje de mancillar lo que no comprende.

La sala pareció contener la respiración. La señora Wetherby palideció un instante, murmuró algo que no pude entender y retrocedió, eclipsada por la claridad de la defensa de Brook. Sentí que me temblaba todo el cuerpo, pero esta vez no era por miedo: por gratitud y por orgullo. Brook me apretó la mano con tal fuerza que me dolió; sus ojos decían más que cualquier palabra.

Joe me volvió a besar, esta vez despacio, como si quisiera sellar ante todos un pacto que ya no admitía vuelta atrás. Mi padre alzó la copa y sonrió otra vez, y en ese gesto supe que, por primera vez desde que crucé el umbral de aquella casa hecha de normas, tenía permiso para ser quien era y para amar con toda la torpeza y la fuerza que me pertenecía.



Epílogo

Unos meses después…

La cena en casa de los Langford, aquella noche, parecía como tantas otras: el fuego chisporroteando en la chimenea, los platos de porcelana dispuestos con orden impecable, el señor Langford presidiendo la mesa con gesto sereno. Sin embargo, el aire estaba cargado de una expectación que ninguna de sus hijas podía disimular.

Brook, con las mejillas encendidas por la ilusión, fue la primera en romper el hielo:

—Creo que ha llegado el momento de fijar una fecha. —Su voz sonaba firme, como quien lleva tiempo meditando la decisión—. He esperado con paciencia, padre. Primero a Julian, y ahora… bueno, creo que ya es mi turno.

Cecilia dejó el tenedor en el plato y alzó las cejas.
—¿Tu turno? —repitió, con esa mezcla de dulzura y picardía que solía usar en las discusiones—. Brook, tú siempre has esperado, es

cierto, pero ¿no crees que eso mismo te hace más fuerte? Yo en cambio no pienso esperar ni un minuto más. ¡Estoy lista!

—¿Lista? —Matilda, que hasta ese momento había estado removiendo distraída el guiso, levantó la cabeza con un brillo travieso en los ojos—. Si alguien merece casarse primero, soy yo. He pasado tormentas, batallas y hasta traiciones en alta mar. ¡Alguien tiene que compensar tanto sufrimiento con una boda inmediata!

—¡Eso no es un argumento! —protestó Cecilia, fulminándola con la mirada.

—¡Claro que lo es! —replicó Matilda, cruzándose de brazos—. Nadie en esta mesa puede decir que ha sufrido tanto como yo por amor.

Brook chasqueó la lengua.

—Sufrir no convierte a nadie en prioritaria, hermana. Yo acepté esperar y ahora me corresponde.

Las tres comenzaron a hablar a la vez, subiendo el tono, interrumpiéndose, lanzándose pullas con la ligereza de quien se quiere demasiado como para herir de verdad. El salón se llenó de un auténtico gallinero de voces femeninas, cada una defendiendo con uñas y dientes el derecho a ser la primera en vestir de blanco.

El señor Langford, al principio, observaba en silencio, con el codo apoyado en el brazo de la silla y un aire casi divertido. Pero cuando el bullicio se convirtió en un verdadero caos, alzó la mano, cerró el puño y golpeó con fuerza sobre la mesa.

El estruendo hizo vibrar la vajilla.

—¡Basta! —tronó su voz.

Las tres hermanas se quedaron quietas como estatuas, con la boca a medio abrir y las mejillas encendidas por la disputa.

—Os casaréis las tres a la vez —dictaminó el señor Langford, mirándolas una por una con severidad—. No hay discusión que valga aquí. Os encargaréis de todo vosotras mismas, juntas, sin diferencias ni privilegios. Y no quiero escuchar más réplicas sobre este asunto.

Hubo un silencio que duró un latido eterno. Y entonces, casi al unísono, las tres hermanas se miraron, primero incrédulas… después, sonrientes.

—Las tres… —susurró Brook, como si saboreara la idea.

—El mismo día —añadió Cecilia, con una risa suave.

—La mejor celebración de todas —concluyó Matilda, incapaz de contener la emoción que le encendía los ojos.

El señor Langford, satisfecho, retomó el tenedor con gesto solemne, como si nada hubiese pasado. Pero, en el fondo, no pudo ocultar la leve curva de orgullo que se dibujaba en sus labios.

Y así, entre miradas cómplices y un entusiasmo creciente, quedó sellado el destino de las tres hermanas Langford: un mismo altar, un mismo día, tres corazones entregados al amor.

Dos meses más tarde…

La casa Langford estaba abarrotada por la boda de las tres hermanas. Música, risas, conversaciones y copas de vino circulaban de un lado a otro. Edward, como siempre, había buscado un rincón tranquilo, lejos del bullicio, con un libro en la mano. Su refugio habitual. Nadie solía prestarle atención… y eso le resultaba cómodo.

Mientras caminaba por uno de los pasillos menos transitados, hojeando distraído, oyó una voz suave a su lado:

—No leas esa página ahora… —dijo la muchacha que pasaba cargando un jarrón de flores—. Si lo haces no podrás dejar de leer, y creo que no es día para entregarte a la lectura, además de que la tristeza te invadirá, él muere en el siguiente capítulo.

Edward se detuvo en seco. Nadie, jamás, había comentado un libro con él de esa forma. Levantó la vista. La joven vestía como sirvienta de la casa Fuller —quizá enviada para ayudar en la celebración—, con delantal limpio y cabello recogido, pero sus ojos

tenían un brillo especial. Había en ellos una picardía que nada tenía de servil.

—¿Qué has dicho? —preguntó él.

La muchacha sonrió, inclinándose un poco como si compartieran un secreto:

—Digo que si sigues leyendo ahora no podrás volver a sonreír en todo el día. ¿Eso es lo que deseas en una boda?

Edward parpadeó. Se sintió desnudo, expuesto, como si le hubieran arrebatado el único muro que lo protegía del mundo.

—¿Lo… lo has leído? —murmuró incrédulo.

Ella asintió, segura, como quien confesaba haber visto amanecer mil veces.

—Claro. Más de una vez. Y cada vez que llego al final me digo lo mismo: ningún héroe debería sufrir tanto por amor.

Él cerró el libro con torpeza, nervioso. Nadie en la alta sociedad con la que convivía mostraba interés por sus lecturas, y mucho menos alguien que parecía ser una sirvienta.

—¿Quién… quién eres? —preguntó él, con la voz quebrada, y un cosquilleo extraño en el pecho.

La muchacha arqueó una ceja, divertida.

—Mi nombre es Ale —rápidamente se corrigió—. Alexandra.

Y antes de que Edward pudiera reaccionar, siguió su camino por el pasillo, dejándolo solo con el libro apretado contra el pecho.

En ese instante Edward Langford sintió que su historia estaba a punto de comenzar.

Continuará...